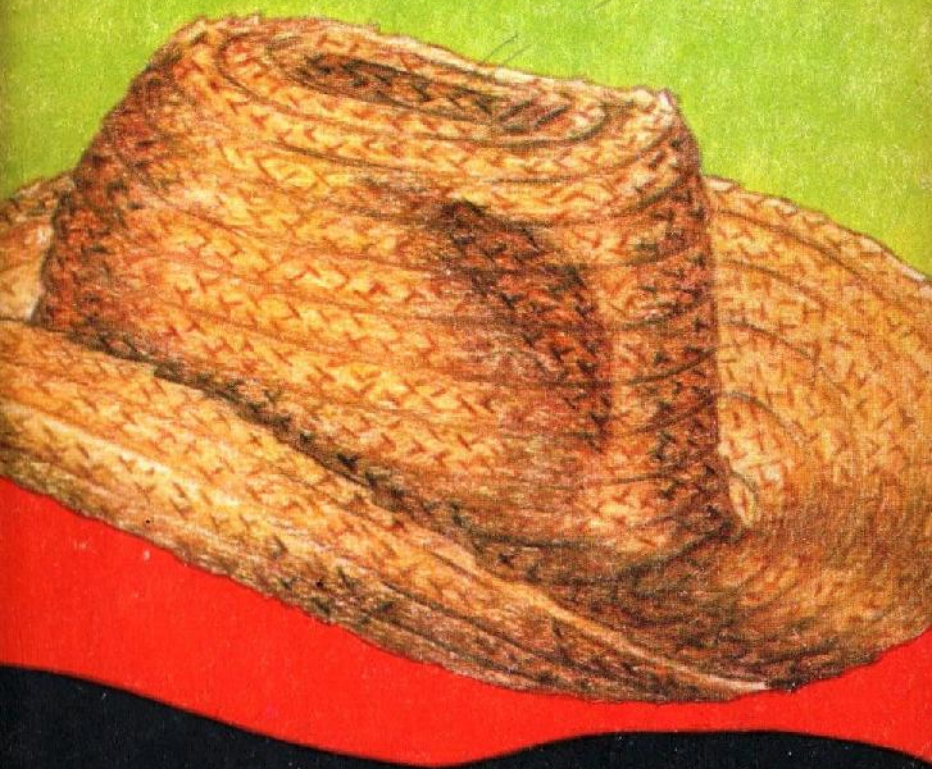


CON LOS POBRES DE LA TIERRA

Ángel L. Beltrán Calunga



CON LOS POBRES DE LA TIERRA

Angel L. Beltrán Calunga



EDITORIAL ORIENTE, Santiago de Cuba, 1988

EDICIÓN: Lic. Ana María Rodríguez Carpio
DISEÑO: Deguis Fernández Tejeda
REALIZACIÓN: Wilfredo Martínez
EMPLANE: Milagros Carballo
CORRECCIÓN: Zoe González M. y Carlos O. Betancourt

© Ángel Luis Beltrán Calunga, 1988
© Sobre la presente edición:
Editorial Oriente, 1988

EDITORIAL ORIENTE
José Antonio Saco No. 358, Santiago de Cuba

A modo de preámbulo

El día 9 de mayo de 1983, Año del XXX Aniversario del Moncada, antes de que el sol iluminara en toda su extensión a la ciudad, arribamos a la heroica, rebelde y hospitalaria Santiago de Cuba, los combatientes del Moncada Israel Tápanes Vento, Ricardo Santana Martínez, Francisco González Hernández, Severino Rosell González y quien hace la presentación de este libro.

En el aeropuerto internacional Antonio Maceo, nos dieron la bienvenida los compañeros Carlos Sarabia, miembro del Buró Provincial del Partido y Arturo Duque de Estrada, jefe de la Sección de Historia e integrante del Comité Provincial del Partido.

A las diez de la mañana del propio día fuimos recibidos por los compañeros José Ramón Balaguer Cabrera, miembro del Comité Central y su primer secretario en la provincia Santiago de Cuba, Sarabia, Duque, y otros dirigentes y funcionarios de la organización partidista en esa instancia.

En la reunión, le informamos a Balaguer y a los presentes, el proyecto del plan de trabajo, que, a petición de ellos, habíamos confeccionado para reeditar la ruta de Fidel Castro Ruz y los diecinueve combatientes que tuvimos la oportunidad de acompañarlo hacia las montañas, el 26 de julio de 1953, después del revés militar del Moncada.

El proyecto del plan de trabajo consistía en señalar en un mapa cartográfico, con el consenso de los asaltantes, los guías y colaboradores, la marcha seguida por Fidel y demás combatientes; así como la ubicación de los bohíos donde recibimos ayuda de sus moradores y los lugares y fechas de permanencia nocturna. Asimismo, debíamos señalar los puntos de separación en subgrupos, sitio donde fue sorprendido Fidel en unión de Alcalde y Suárez, por el segundo teniente Sarria y soldados de su pelotón, y otros lugares de interés histórico.

El proyecto incluía la posibilidad de confeccionar un plano de la zona con todas las incidencias de la ruta seguida por Fidel y sus acompañantes, hace treinta años.

Al amanecer del día siguiente, desde la Granjita Siboney, Monumento Nacional, iniciamos la caminata que concluimos tres días más tarde, una vez cumplidos los objetivos propuestos.

Aparte de los asaltantes señalados, la comitiva, para rememorar la ruta, estuvo integrada por los compañeros siguientes: Miguel Ángel Manals

Rodríguez, combatiente del Ejército Rebelde y activista de la Sección de Historia del PCC en la provincia Santiago de Cuba, y el licenciado Edgar Ivonnet Prats, de Planificación Física; además de los guías, Esmérito Rivera Ruá, Justino Rigel Boris, Alfonso Feal Despaigne y Ramón Veitia Barrientos. El colaborador Juan Leizán y otros que se fueron sumando al grupo, a lo largo del recorrido; el doctor Reinaldo Lavalle Hernández (médico), Francisco Hechavarría (fotógrafo) y Ángel Beltrán Calunga, reportero del diario Sierra Maestra, órgano oficial del Comité Provincial del Partido en Santiago de Cuba.

El compañero Beltrán, de caminar ligero, mirada escrutadora y penetrante —cualidades propias del sagaz reportero— ágil de mente, sencillo, respetuoso, periodista que sabe localizar a través de las preguntas, las respuestas que busca, es un apasionado de su profesión y un trabajador incansable. En varias oportunidades, bien avanzada la noche, mientras la mayoría dormíamos, él escribía o transcribía algunas de las cintas grabadas, o realizaba entrevistas de interés para sus artículos, que oportunamente publicó el diario Sierra Maestra.

Hoy, esos escritos y otros afines al tema, fueron seleccionados y ordenados por Beltrán y ven la luz en este libro que acertadamente ha titulado: Con los pobres de la tierra. Escrito fundamentalmente de forma testimonial, recoge en sus páginas la odisea vivida por Fidel y los demás asaltantes que permanecieron en las montañas después de la acción del Moncada, el 26 de julio de 1953. Redactado en un lenguaje directo, sencillo y ameno, expone la ayuda desinteresada y decidida, prestada desde el primer momento por los campesinos "pobres de la tierra", como los llamara el Autor Intelectual del Moncada y Héroe Nacional de Cuba, José Martí.

Al hacer este breve análisis del mismo, estimo que el compañero Beltrán Calunga, sin agotar toda la investigación relacionada con la odisea vivida por Fidel y los moncadistas en las montañas, así como la cooperación del campesinado, ha tocado la mayor parte de esta materia y, por primera vez, se publica un libro que aborda esta interesante temática.

Creemos, además, que ha sido también un acierto del autor el cerrarlo con el artículo del moncadista Raúl Castro Ruz, General de Ejército y Segundo Secretario del Comité Central del Partido, titulado: "Consideraciones sobre el significado histórico del 26 de julio de 1953"

Sería conveniente que el propio Beltrán —u otro periodista—, escribiera un libro con el tema referente a la ayuda prestada por el pueblo santiaguero a los moncadistas; pueblo al que quiero patentizarle en estas líneas mi eterno agradecimiento por el valioso apoyo que me brindaron en aquellos difíciles días. Y, a mi vez, felicitarlo por haber sido condecorado

por el Consejo de Estado con el título honorífico de Ciudad Héroe de la República de Cuba y con la orden Antonio Maceo.

MARIO LAZO PÉREZ

Ciudad de La Habana, 23 de octubre de 1983
"Año del XXX Aniversario del Moncada"

Introducción

La recopilación de los trabajos periodísticos de las series "Por la ruta de Fidel, 30 años después", "Los moncadistas con los pobres de la tierra" y "Para que Martí siguiera viviendo en el alma de la Patria", publicadas en el diario Sierra Maestra, en Santiago de Cuba, dan lugar al libro Con los pobres de la tierra, con el cual pretendemos, de manera modesta, hacer un aporte a nuestra historia, cargada de heroísmo y grandes sacrificios por la independencia, libertad, felicidad y soberanía, logradas al fin con el advenimiento de la Revolución Cubana y el comienzo de la construcción del socialismo.

Con el título recopilador de las series aparecidas en la publicación mencionada durante los meses de mayo, junio y julio de 1983, como saludo al XXX aniversario del Moncada, llevamos a los lectores interesantes facetas de la solidaridad ofrecida a Fidel y a sus compañeros por parte de campesinos pobres y obreros en las montañas y en la ciudad.

El 26 de julio de 1973, en ocasión del acto conmemorativo del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada, efectuado en Santiago de Cuba, el Comandante en Jefe Fidel Castro expresó:

Sin la prédica luminosa de Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de Julio.

Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de Julio.

Martí, Marx, Engels y Lenin guiaron nuestro pensamiento político.

Con estas palabras, el Comandante en Jefe reitera su convicción en la significación de los versos martianos:

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

EL AUTOR

I. El bohío de Chicha, primer apoyo campesino

La tierra, la industrialización, la vivienda, el desempleo, la educación y la salud del pueblo eran las seis problemáticas que más incidían en la situación cubana, cuando un puñado de valientes, encabezados por el joven abogado Fidel Castro Ruz, asaltó, el 26 de julio de 1953, a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo.

Fracasado el factor sorpresa en el Moncada, un grupo de asaltantes logra regresar a la Granjita Siboney, desde donde habían partido horas antes hacia la digna cita con la Patria y el honor de todos los cubanos.

Mario Lazo Pérez, asaltante al Moncada y autor del libro *Recuerdos del Moncada*, editado por la Editorial Letras Cubanas en 1979, narra lo siguiente (p. 51):

En la reunión de análisis sobre la nueva situación, el compañero Fidel, tras revisar los resultados de la acción y las posibilidades futuras del Movimiento, expresó que en su opinión teníamos dos alternativas: La primera, dirigirnos a las montañas y hacer contactos con la ciudad. Desde allí, para procurar salir del país, organizarnos con mejores armas y poder continuar la lucha. La segunda, salir de la Granjita Siboney y establecer contacto con otros compañeros de la Ortodoxia, con el fin de regresar a nuestros respectivos pueblos. Señaló Fidel que él se decidía por la primera alternativa, es decir, marchar hacia las lomas; y aclaró que aunque él haría eso, nos dejaba a nuestro arbitrio el seguirlo o no.

Diecinueve moncadistas dieron el paso al frente. Los que adoptaron esa decisión en aquellos momentos fueron: Juan Almeida Bosque, Jesús Montané Oropesa, Oscar Alcalde Valls, Reinaldo Benítez Nápoles, Francisco González Hernández, Israel Tápanes Vento, Armando Mestre Martínez, José Suárez Blanco, Roberto Galán Betancourt, Orlando Galán Betancourt, Severino Rosell González, Rosendo Menéndez García, Mario Lazo Pérez, Ricardo Santana Martínez y Emilio Hernández Cruz. También, Jaime Costa Chávez, Mario Chanes de Armas, Gerardo Granados Lara y Eduardo Montano Benítez. Más tarde estos cuatro traicionaron a la Revolución.

En el nuevo gesto heroico, sobresalió el coraje del moncadista Reinaldo Benítez Nápoles, a quien una bala de rifle Springfield le atravesó un muslo durante el combate en el cuartel. Israel Tápanes cuenta que

él, ingenuamente, le aconsejó que se quedara allí, ya que como estaba herido lo curarían, una vez capturado. No obstante, Benítez, apoyado en un improvisado bastón, siguió tras sus compañeros. Gracias a eso sobrevivió.

Señalar la ruta para la posteridad

Cinco de los combatientes que acompañaron a Fidel por las montañas de la Cordillera de la Gran Piedra, hace 30 años, mochilas al hombro y vestidos con el glorioso uniforme de las FAR, reeditaron la ruta por las intrincadas lomas y trillos plagados de tupida vegetación y piedras de disímiles dimensiones. ¿Propósito?: relocalizar los lugares, donde Fidel y sus acompañantes recibieron ayuda de los campesinos, descansaron, se dividieron en pequeños grupos y fueron detenidos algunos de ellos. Eso se hizo durante los días 10, 11 y 12 de mayo de 1983, como saludo al XXX aniversario del asalto al Moncada. Posteriormente correspondería a la Sección de Historia del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del Partido, en Santiago de Cuba, la colocación de tarjas y otras señalizaciones, en esos sitios, con la finalidad de que las generaciones venideras los conozcan.

Los reeditores del recorrido fueron los moncadistas Mario Lazo Pérez, Israel Tápanes Vento, Severino Rosell González, Ricardo Santana Martínez y Francisco González Hernández.

Formaron parte de la comitiva, Miguel Ángel Manals Rodríguez, colaborador de la Sección de Historia del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del Partido, en Santiago de Cuba; el licenciado Edgar Ivonnet Prats, geógrafo de la Dirección de Planificación Física, quien ubicó los lugares en un mapa cartográfico; Justino Rigel Boris, en cuyo bohío comieron los moncadistas la tarde del 26 de julio de 1953; Esmérido Rivera Ruá, primer guía de Fidel ese día; el doctor Reynaldo Lavalle Hernández, médico de los reeditores; dos fotógrafos y el autor del libro.

El bohío de Chicha, primera casa visitada

Al filo de las siete de la mañana, después de transitar unos dos kilómetros, los 12 hombres reeditores de la ruta llegan a una casa vieja y deshabitada. Otrora allí estaba el bohío de la anciana Eleocadia Garzón, *Chicha*; primera morada campesina, adonde llegaron Fidel y sus acompañantes, tras asaltar al Moncada.

Conforme a lo convenido, allí nos encontraríamos con Esmérido Rivera Ruá, primer guía de los moncadistas y nieto de Chicha (ya falle-

cida), quien viajó desde Camagüey, donde reside desde el triunfo de la Revolución. Esmérido aprovechó la ocasión para saludar a unos familiares que viven por los contornos. Se esperó por él, mientras se consumía un desayuno de campaña. Aún no se habían terminado de ingerir los alimentos, cuando apareció Esmérido acompañado de su tía Tomasa Rivera Garzón, hija de Chicha.

Las sonrisas fueron amplias, fuertes los abrazos. Los corazones palpitaban estrepitosamente. La hija de Chicha tenía 21 años cuando los moncadistas llegaron allí. Treinta años después, los recuerdos galopan en su mente.

El pobre bohío de Chicha estaba situado en la margen izquierda del río Carpintero, en una pequeña elevación de 50 metros sobre el nivel del mar. Para llegar hasta él los asaltantes dejaron atrás el estribo de la Loma de Moya.

En la obra citada, *Recuerdos del Moncada* (pp. 52-54) Mario Lazo Pérez escribe:

Como a las tres horas de fatigosa marcha, Fidel ordenó hacer un alto para descansar y aprovechamos la ocasión para informarle sobre la desaparición de Emilio.¹ Emprendimos nuevamente la marcha y tan pronto como divisamos una casa en las estribaciones de la montaña, Fidel, preocupado por encontrar un práctico, nos indicó a Montané, a Rosendo y a mí, que nos acercáramos a ésta con el objetivo de indagar sobre la posibilidad de lograr nuestro propósito, mientras el resto de los compañeros se mantenía a resguardo a cierta distancia. Avanzamos con sigilo y al llegar, comprobamos que se trataba de una típica vivienda campesina de piso de tierra y paredes rústicas con techo de guano, compuesta de dos secciones de igual construcción, una dedicada a habitación y otra a cocina-comedor, unidas entre sí por su canal de zinc. En aquellos momentos no había nadie en la casa. Entramos a la cocina, donde dormitaba una gata con sus críos encima de la leña y observamos que el fogón todavía tenía brasas, por lo que dedujimos que sus moradores no podían estar lejos, aunque no se les viera. Llamamos:

¡Familia... Familia... Familia!

¡Familia... Familiaaa... Familiaaa...!

Nadie respondió. Entonces decidimos volver a informar a Fidel, pero al salir se presentó una anciana, a la que saludamos con afecto

¹ Emilio Hernández Cruz se extravió y fue capturado y asesinado por sicarios de la tiranía.

y alegría, y procedimos a explicarle que necesitábamos un guía. La viejecita respondió que ella estaba sola en la casa, pues su nieto, el único que nos podía ayudar, no estaba en aquellos momentos, ya que había ido al río por agua, pero si queríamos ella podría avisarle.

Aquel 26 de julio de 1953, con más de ocho décadas auestas, la anciana campesina devino primera colaboradora de los asaltantes al Moncada.

Invitó a los jóvenes a tomar café. Montané y Menéndez fueron a avisar a Fidel y a los demás, mientras Lazo quedó ayudando a Chicha a atizar la candela.

En la humilde choza, los 19 hombres tomaron el café preparado por la anciana, la que, además, regaló varias cajetillas de cigarrillos a los revolucionarios.

Uno de los párrafos citados subraya: "Fidel comenzó a conversar con Chicha e inquieto por conocer el desarrollo de los sucesos acaecidos en el Moncada, le preguntó si tenía radio. Leocadia² explicó que estaba roto y todos nos quedamos con el deseo de conocer la situación."

El grupo de valientes, comandado por Fidel, se despidió de Chicha, alrededor de las 11:30 a.m. de aquel 26 de julio.

Esmérito salió tras las huellas

Una vez consumido el desayuno, ahora con Esmérito Rivera Ruá sumado a la columna, los moncadistas y sus acompañantes reanudan el camino recorrido hace tres décadas.

Se ha avanzado aproximadamente un kilómetro y medio, cuando Esmérito, un robusto hombre que hoy frisa los 54 años de edad, detiene la caminata con una exclamación que a todos sacude de emoción:

—Aquí, aquí fue donde yo le di alcance al grupo. Ustedes estaban descansando debajo de este algarrobo...

Mario, Tápanes, Santana, Francisco y Severino reconocen el lugar. Las palmadas en las espaldas, los abrazos vuelven a producirse.

Esmérito, el 26 de julio de 1953, de regreso a su casa, fue avisado por su abuela de la presencia de los moncadistas en la zona. Salió tras el rastro, y al encontrarlos, recuerda que les dijo: "Ustedes están en una ratonera, los guardias andan cerca, yo les voy a servir de guía..."

² Su nombre correcto era Eleocadia, aclara hoy la hija.

En *Recuerdos del Moncada* (p. 54), el asaltante y escritor Mario Lazo Pérez recuerda:

A las dos horas de marcha, los que íbamos en la retaguardia oímos unos silbidos y...

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritamos a coro.

Un jovencito se acercó:

—Mire, compay, soy el nieto de Chicha. Ella me mandó para enseñarles el camino.

Y más adelante continúa:

Enseguida avisamos a Fidel, quien iba a la vanguardia; la columna se detuvo y condujimos al recién llegado hasta donde se encontraba nuestro jefe.

Tras salir de la casa de Chicha, Fidel y sus compañeros de armas caminaron por las riberas del río Carpintero hasta el lugar donde contaron con su primer guía.

Los dejó en el cruce del río Carpintero

Continúa la comitiva avanzando próxima a las riberas del río Carpintero. La marcha presenta llanuras, pero también tiene amontonamientos de rocas de dimensiones variadas.

Se atraviesa por una vegetación de bosques de galerías: algarrobos, ceibas, guásimas, palmas reales, mangos, guayabas... El suelo, en parte, cubierto por gramíneas.

Debajo de un mamoncillo, donde Fidel ordenó descansar, ahora también se decide hacer un receso...

"Vamos a darnos un palo de café pa' que nos respeten", dice Israel Tápanes, mientras hurga en su mochila en busca del recipiente con el aromático líquido.

Edgar Ivonnet Prats, especialista en condiciones naturales, explica que: "...a partir del Carpintero empezamos a ascender; la vegetación es más tupida, densa... La inclinación del terreno es considerable. Los asaltantes tuvieron que trazarse su derrotero entre los cangilones... Caminaban entre los cauces de los arroyos, donde se hacía más accesible..."

—¡Continuemos!, convoca, con voz estentórea, Miguel Ángel Maná. Las mochilas vuelven a colgar de los hombros. Los pasos rompen

el silencio de la jungla. Yaya, júcaro, algarrobo, yagruma, majagua y mango constituyen la flora del camino en tránsito. Se asciende. En la Cordillera de la Gran Piedra, cada medio kilómetro de ascenso significa 100 m de altura sobre el nivel del mar.

Aproximadamente 2,5 km después de la primera casa, donde los asaltantes al Moncada encontraron el primer apoyo, Fidel, en horas de la tarde del 26 de julio de 1953, le pidió a su primer guía, el joven Esmérido Rivera Ruá, que lo dejara allí.

Ahora, 30 años después, la comitiva, guiada por el propio Esmérido, se detiene allí. Es el cruce del río Carpintero y el camino de la Gran Piedra (hoy carretera a la Gran Piedra).

Esmérido recuerda que él quiso continuar, pero a Fidel le pareció que ya era bastante, y que le dijo: "Para la próxima te avisamos."

En este lugar hoy existe una escuela multigrados, la cual fue visitada por los cinco moncadistas. Muy cerca, un modesto obelisco recuerda a seis asaltante que fueron trasladados y asesinados allí, el 28 de julio de 1953.

II. Cruce del río Carpintero

El lugar está situado a casi 4,5 km de recorrido, desde la Granjita Siboney. La comitiva de moncadistas reeditores de la ruta seguida por ellos y sus compañeros hace treinta años, se detuvo allí un buen rato.

Esmérido refiere que, a petición de Fidel les explicó por dónde debían ascender para llegar a la Gran Piedra, que era el propósito de los asaltantes.

"Bueno, vamos a visitar a la escuela", invita sonriente Mario Lazo. La pequeña columna dirige sus pasos hacia el cercano plantel multigrados. Erigido por la Revolución, el centro de estudios en las montañas ostenta el nombre de Menelao Mora.

La maestra, Milagros Rivera, prima de Esmérido, el primer guía de Fidel, manifiesta su alegría en virtud de la presencia de los cinco moncadistas, de su familiar Esmérido y de toda la comitiva.

Otrora las escuelas en esta zona brillaban por su ausencia. Los niños crecían en la ignorancia. Esmérido, el guía, era analfabeto a los 24 años de edad.

Mario Lazo e Israel Tápanes se interesan por conocer quiénes son los vanguardias del aula. Los propios niños señalan a Isabel Chirino Deroncelé y a Orestes Revilla Rivera, pioneros de cuarto grado.

Los asaltantes los exhortan a estudiar mucho a todos, y premian a los mejores con almanaques de bolsillo con la efigie del Comandante en Jefe Fidel Castro. La escena es matizada con aplausos y exclamaciones de "seremos como el Che".

Los marchistas penetran —una parte queda en la entrada de la puerta— en el aula contigua. Clases simultáneas de primer y tercer grados reciben, en ésta, los hijos de campesinos.

El asaltante moncadista Israel Tápanes pregunta por los de mejores notas. Una preciosa niña, de primer grado, dice que la vanguardia es Noralia Barroso Despaigne. Surgen otros nombres: Janeira, María... A manos de varios niños van a parar los pequeños calendarios.

Como respuesta a una interrogación nuestra, Miriam Hernández Fernández, la joven educadora, informa que el aula funciona mañana y tarde con diferentes grupos.

Ante el recuerdo de seis moncadistas asesinados

Al fondo de la escuela, a un costado del camino, un modesto obelisco recuerda a seis combatientes moncadistas que allí fueron asesinados.

Estos desdichados no formaban parte del grupo de los 19 que escalaron las montañas en un intento de formar guerrillas. A 30 años de la monstruosidad, aún se desconocen los nombres de los valientes jóvenes allí ultimados por la furia de la tiranía batistiana y proimperialista.

En ocasión del XIV aniversario del 26 de Julio, los asaltantes moncadistas Mario Lazo Pérez y Oscar Alcalde Valls recorrieron la ruta de Fidel con la finalidad de viabilizar la publicación de un reportaje en la revista *Verde Olivo*.

El 23 de julio de 1967, el trabajo periodístico, bajo la firma del hoy teniente coronel Alfredo Reyes Trejo, periodista del órgano oficial de las FAR, apareció en la mencionada publicación con el título "Del Moncada a las montañas".

El reportero expone que conversaron con varios vecinos de los alrededores para ver si sabían algo relacionado con el crimen. Les señalaron la casa de Cundingo, un campesino que vivía allí cuando los sucesos del Moncada.

Rafael González, *Cundingo*, declaró a *Verde Olivo*:

Era de tarde, el 28 de julio. Los trajeron en un carro amarillo cerrado; yo no los vi a ellos; el que los vio fue Clavijo. Tronaron los tiros. Les dieron tantos balazos que se conocían que eran personas por el pelo. Estuvieron tirados allí hasta el otro día por la tarde que se los llevaron; lo que quedaba de ellos, porque los machos se los habían comido.

Por aquí vivía una mujer que todavía anda mal de los nervios, porque un lechón se le apareció en la casa comiéndose el brazo de un muchacho. Luego hicieron el paripé del combate. Llegaron aquí y nos dijeron que la zona estaba llena de bandoleros, pero que ya estaba limpia.

Por esa época, yo hacía carbón, y uno de ellos me dijo que le llevara un saco a su casa, a Santiago; me dio su nombre y dirección en un papelito. Yo guardé aquel papelito unos cuantos años. Después me alcé y cuando se acabó la guerra vine por el papelito, y le arreglamos cuentas a aquel asesino que había ayudado a matar a los muchachos.

Los iban sentando en la lomita

Por su parte, el campesino Clavijo recordó a *Verde Olivo*:

Eran como las 5 y 15 del martes 28, cuando los mataron. Había llovido esa tarde.

Yo entonces era lechero; bajaba a llevar leche. Vi que bajaban de un carro amarillo. Me escondí detrás de un matojo, cerca de ellos, los vi...

Tenían sudarios blancos, limpios. Ojos vendados y las manos amarradas hacia atrás con alambre. Los iban sentando en la lomita, donde está el obelisco, los sentaban sobre un tronco.

Les grité: "¡Oigan qué van hacer!" Un guardia flaco me palanqueó el fusil: "Lárgate de aquí que te matamos so..."

Corrí, pasé el río crecido. Fui a casa de Cundingo. Al otro día apareció en los periódicos la batalla... ¡Qué cosa más grande!

La falacia publicada en la prensa

En su edición 29 de julio de 1953, en la primera plana de *Diario de Cuba*, periódico que se editaba en Santiago de Cuba, bajo el título "Sostuvieron fuego cerca de la Gran Piedra con el Ejército los asaltantes del Moncada"; y los subtítulos "Muertos seis insurrectos en la pelea", "Resultaron heridos tres alistados" y "Bátense en retirada", publicó la falaz nota:

A las cinco y media de la tarde de ayer, en la finca "San Enrique", situada en el Camino de la Gran Piedra, uno de los lugares más intrincados y de difícil acceso por sus estribaciones, cerca de la toma de agua de Siboney, fuerzas de la Guardia Rural del Regimiento Maceo sostuvieron fuego con los fugitivos que atacaron al Cuartel Moncada con un balance de seis revolucionarios muertos de la partida que se compone de unos veinte hombres. Las fuerzas del Ejército tuvieron que lamentar tres heridos. Los fugitivos continúan batiéndose en retirada por los montes de esa zona siendo tenazmente perseguidos.

La breve nota no dice los nombres de los caídos en el supuesto combate. Tampoco se da a conocer quiénes son los alistados heridos. Es curioso, porque en la edición del día anterior relacionan los nombres de los militares muertos y heridos en virtud del asalto al Moncada. Todo tiene su explicación, muy fácil, por cierto, no hubo tal combate. No hubo ni muertos ni heridos en la pelea. Hubo asesinato a mansalva, tal como lo vio el campesino Clavijo. El pueblo cubano, hoy en el socialismo con Fidel al frente, jamás permitirá que regresen los asesinos de los moncadistas y de más de veinte mil cubanos.

III. La casa de Justino en Altos de Ocaña

La reedición de la ruta de los 19 continuó montaña arriba, el 10 de mayo de 1983, en la Cordillera de la Gran Piedra.

La meta de esta primera jornada es llegar hasta la que fuera casa de Justino Rigel Boris, en Altos de Ocaña. Alguien comenta que para ascender hasta allá aún falta por lo menos una hora y media de marcha.

La pequeña columna –12 hombres con los guías, geógrafos y reporteros– pasan por un lugar conocido por Asiento de San Esteban. Por allí también pasaron Fidel y sus compañeros el 26 de julio de 1953.

Justino Rigel, el campesino anfitrión de los 19 moncadistas que tras la imposibilidad de tomar el Moncada escalaron las montañas, anuncia que ahora vamos a pasar por San Patricio. Una vez allí, nos encontramos en la cooperativa agropecuaria Renato Guitart Rosell.

Los cinco asaltantes conversan con un cooperativista. Se interesan por la producción de litros de leche por vaca. Les informan, además, que la institución de formas superiores de producción, constituida hace tres años, dispone de 16 caballerías de tierras.

Ah bueno, compay, eso sí yo lo puedo hacer

Perseguidos, hambrientos y con las ropas hechas jirones, la tarde del 26 de julio de 1953, el grupo de los 19 vieron a un campesino sentado al pie de una mata en el costado de su bohío.

En su libro *Recuerdos del Moncada*, Mario Lazo Pérez, uno de los 19 “montañeses” y escritor cuenta (p. 55):

Fidel lo saluda y comienza a hablarle para que nos vendiera un lechoncito. Necesitábamos comer, pues habíamos realizado la larga caminata sin ingerir alimentos. El campesino tomado por sorpresa gagueó al responder: –Qué va, compay, yo no puedo matar ni vender mi machito. Es lo único que tengo.

Fidel, agotados los recursos que podía utilizar para insistir, continuó con voz persuasiva:

–Bueno, ya que usted no nos quiere vender su puerquito, hágame el favor de enseñarnos en qué lugar podemos hablar con alguien que nos prepare la comida.

–Ah bueno, compay, eso sí yo lo puedo hacer. Era Felipe Rigel, un humilde campesino que vivía solo en los Altos de Ocaña, quien considerando el asunto dispuso:

–Vengan por aquí. Vamos a casa de mi hermano. Él sí tiene bastantes machos, seguro resolverá...

Casi treinta años después, la comitiva moncadista, con la excepción de Mario Lazo, se halla ahora en el mismo lugar. Tras el asalto al Moncada, Lazo volvió allí en 1967, ocasión en que en compañía de otro de los 19, Oscar Alcalde, volvió a hacer la travesía para provocar la publicación del reportaje “Del Moncada a las montañas”, del periodista y teniente coronel de las FAR, Alfredo Reyes Trejo.

Esta vez Felipe no se encuentra en su pequeña y humilde morada. El grupo de los 12 –equipo reeditor e investigador– se detiene frente a la casita campesina. Mario Lazo da instrucciones en el sentido de arreglar la misma. Sugiere que posteriormente se coloque allí una fotografía grande del bohío original. Recuerda que en 1967 se le tomó foto para la revista *Verde Olivo*. La casita de Felipe Rigel se halla a 350 m sobre el nivel del mar.

“Aquí –explica el geógrafo Edgar Ivonnet– se terminan las alturas de la precordillera de la Gran Piedra, y comienza, por lo tanto, la cordillera...”

En casa de Justino, donde comen por primera vez ese día

Reinaldo Lavalle Hernández tenía sólo cinco años de edad aquel 26 de Julio. Hoy va en la retaguardia de la pequeña columna, como médico, por si alguien se ve afectado por la caminata. El galeno no tuvo necesidad de asistir a nadie, pero si después de partir de casa de Felipe, él hubiera reconocido cardiovascularmente a Justino Rigel, seguramente hubiera comprobado que las pulsaciones del corazón del excampesino se hallaban multiplicadas.

Justino, ante la proximidad de la que fuera su casa, donde al atardecer de aquel 26 de Julio, él decidiera preparar comida para Fidel y sus 18 acompañantes, va delante. Con felina agilidad aprieta el paso por el angosto trillo. Un kilómetro después, el grupo está frente por frente a la choza de techumbre de guano y tablas de palma. Es el original. El mismo de 1953. Se exceptúa que no existe la cocina que estaba delante.

Algo extenuada, la pequeña columna se sienta sobre piedras y bajo varios árboles. Para llegar hasta allí se ha transitado por montañas, derriscos, bosques y peñascos. Quizás nos parece que hemos transitado muchos kilómetros pero el longímetro del geógrafo sólo marca 5,7 Km.

Miguel Ángel Manals, destacado luchador del llano y la Sierra Maestra, quien representa a la Sección de Historia del Departamento de

Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del Partido, en Santiago de Cuba, invita al primer almuerzo de campaña. De su pesada mochila, extrae comestibles ligeros y los distribuye.

Rememora la llegada de los asaltantes

Alto y delgado, Justino Rigel Boris porta un libro de firmas de visitantes de la Granjita Siboney, donde trabaja. Con sano orgullo muestra las tres piedras de regular tamaño que sirvieron de fogón, donde se montaron los calderos para hacer la comida a los moncadistas, el 26 de Julio. "Nunca permití que esas piedras se quitaran de ahí", expresa.

En los Altos de Ocaña, a más de 400 m sobre el nivel del mar, frente a su antigua vivienda, Justino, hoy con 62 años de edad, relata con voz entrecortada por la emoción los sucesos de hace tres décadas:

"Ellos van llegando. Llegaron dos... Yo me había enterado del tiroteo en el cuartel, pero no sabía na'... No teníamos radio. Entonces yo me siento ahí en la casa, porque la mujer estaba cogiendo un poco de maíz en el campo que yo tenía ahí. Yo estaba conversando con Felipe Despaigne, un vecino. Cumbito le llamaban... Los cuatro muchachos míos en la sala..."

Una pausa para ordenar los recuerdos, y continúa:

"Estábamos sentados a orilla de la puerta. Yo veo dos jóvenes que se paran por este lado, porque la cocina no dejaba ver. Yo pienso que como es domingo era una visita que venía, pero al momento veo que se juntan como doce. Algunos traían pistolas, fusiles 22... Empezaban a entrar y a pedirme agua. Ellos me decían somos buena gente. Se sientan todos. Les doy agua a todos. Pasaron algunos minutos. Venía el resto del grupo con mi hermano Felipe. En ese grupo estaba Fidel. Entra el resto... Uno de ellos me pregunta ¿quién es el dueño de la casa? Un servidor, le dije. Entonces me dice: venga acá que tengo que hablar con usted. Bueno, yo dejo to' aquello: el agua que estaba dando y salgo... Nos paramos en este lugar..." Otrora discriminado por negro, pobre y guajiro, Justino relata los hechos fuera de su antigua morada, a un costado del frente, donde mismo conversara con el jefe del asalto al Moncada.

—¿Usted y Fidel nada más? —indagamos.

"Fidel y José Suárez. Fidel aquí; Suárez, allí; y yo por aquí", explica, mientras señala cada sitio con el índice de su mano derecha.

"Óigame —me dice Fidel—, yo necesito que usted nos prepare algo de comer. Desde ayer no comemos nada, y asaltamos al Moncada y no tuvimos éxitos. Entonces yo le digo: óigame, yo no tengo arroz suficiente para cocinarle a tanta gente... Fidel me dice: ¿Tú no tienes viandas?

Dígole: Sí, yo sí tengo viandas. Bueno, chico, si tú tienes viandas, ya está hecha la comida, me respondió."

Justino hace más detallado el relato:

"Aquí tenía puercos de todos los tipos... de 50, de 100... Pasó un puerquito por delante... Era de unas 25 libras, y Fidel me dijo: con un puerquito de éstos. Yo le dije que no, que ése era muy chiquito. Entonces yo le digo: mire, yo necesito ir a buscar una lata de agua ahí a un manantial. Sí, cómo no, ve... Los dejo a todos aquí, con Felipe, mi hermano y mis tres muchachos, la mayor tenía 6 años; 4 y 2 años los otros; y un varón sobrino mío que yo estaba criando."

Su voz ahora es más reposada:

"Voy y le aviso a Efigenia, familia de la casa. Le digo: necesito que tú vayas para allá para que ayudes a la mujer a cocinar. La mujer no había regresado. Estaba todavía cogiendo maíz. Cuando yo vengo, ya estaban trabajando en la cocina."

En cada una de sus palabras hay una carga de emoción:

"Ya hecha la comida, como a las seis y media de la tarde o siete, comieron. Después Fidel se cambia de ropa. Trata de pagarme la comida. Yo le dije que eso era un favor que yo le hacía, y que no podía cobrarle. Él me dijo que yo tenía que cobrarle, porque ése era mi trabajo. Yo le dije que no. Fidel se sonrió y me pidió: 'Justino, necesitamos que tú nos saques de aquí.' Felipe Despaigne, el que cortó los plátanos y mi hermano, que también se llama Felipe, se brindaron..."

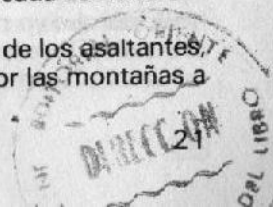
"Yo cogí alante por esta montaña. Los otros guías, puse uno en el medio y el otro en el fondo. Descansamos después de caminar por lugares peligrosísimos. Llevaban a Benítez herido. Lo llevaban en brazos. Así de esa manera estuvimos caminando más o menos hasta las once de la noche del 26. Ya cuando llegamos a un lugar que le dicen Santa Ana, donde hay una aguada... Tres kilómetros y pico de aquí a allá..."

Yo le digo que aquello es loma terrible

Una vez en Santa Ana, Justino pensó que iban a descansar un rato, mas Fidel le dijo: "Bueno, Justino, déjanos aquí, y explícame para donde tenemos que coger. Yo le indiqué la orilla de una cerca. Siguiendo la orilla llegarían a otra aguada, donde sentirían los gallos cantar. Ésa era la orientación para llegar a El Cafetal, porque El Cafetal todavía les iba a quedar arriba."

El tono de la voz del honrado campesino se torna cada vez más exclamativo:

"De acuerdo con lo que más tarde me contó uno de los asaltantes, ellos no continuaron por la cerca, sino rompieron por las montañas a



un lugar que le dicen La Redonda. Yo le digo que yo conozco el lugar y aquello es loma terrible. Todo el mundo no es el que se lanza a esa loma. Lugares que hay que subir agarrados a los bejucos, y por allí subieron y fueron a El Cafetal."

Justino aprieta más fuerte el libro de firmas que sostiene en su mano izquierda, y comenta sobre el orgullo de haber sido, junto con los dos Felipes, los segundos guías de Fidel en las montañas. Recuerda que a Felipe Despaigne le atacó una tos pertinaz, después de avanzar cientos de metros y Fidel, persuasivamente, lo hizo regresar. "La luna estaba muy fría", subraya Mario Lazo en *Recuerdos del Moncada*.

El primer comité de vigilancia revolucionaria

El asaltante Severino Rosell le recuerda a Justino lo que califica de "cosa muy importante", la vigilancia que se hizo aquí.

La alegría crece en el jovial rostro de Justino:

"Sí, yo mandé a que se cuidaran bien los alrededores. Cualquiera que se acercara que avisaran enseguida pa' nosotros saber..."

—¿Cuántos eran los vigilantes? —preguntamos.

"...aquí eran unos cuantos... Familiares... Y aquí déjeme decir que el trabajo de los campesinos parecía una cosa que se había coordinado. Yo le avisé a la viejita... Vinieron los jóvenes. Uno mató el macho. Otro peló maíz..."

Una mirada reporteril hacia el pequeño bosque de árboles, bajo cuya sombra están las tres piedras conformadoras del fogón donde se hizo comida.

—¿Esos mismos árboles estaban ahí?

—Sí —responde Justino.

Su índice se mueve semicircularmente: "Aquella es una anacahuita. Ésta, una guásima... Dos de guásima. Otras tres de..."

Fidel me aconsejó que dijera que sí

Ahora es el moncadista Israel Tápanes quien sugiere la continuidad del relato. Es referente a la detención de Justino:

"Sí —recuerda Justino—, los guardias primero me detuvieron. Fue el día 28. Sí, tenían confianza de lo de la comida, pero Fidel me dijo que si los guardias venían que no negara nada... Que les dijera que sí, que yo había hecho la comida para unos guardias. Ésa fue la salvación mía, porque yo pensaba decir que no. Me detuvieron. Me soltaron al otro día. Después, como a los tres días volvieron a registrar. Me advirtieron: 'Óyeme, si la gente esa te dejó armas, entrégalas, porque te

vamos a meter al presidio'. Dígoles, aquí no hay armas. Nadie ha dejado nada. Se fueron. Ni sé desmontaron de los caballos."

Escondí la pistola con el pantalón de guardia de Fidel

Indagamos sobre el destino de la pistola que, como agradecimiento, Fidel le regaló, y Justino expresa: "La escondí conjuntamente con el pantalón de guardia que llevaba Fidel. La metí a la orilla de una cerca, y parece que el arrastre del agua se la llevó."

Lo hice con la voluntad de que eran ellos

Volvemos a la carga: ¿Por qué usted ayudó a los moncadistas? y la respuesta de Justino no se hace esperar:

"En primer lugar por la forma y la sinceridad con que Fidel se presentó delante de mí. Me manifestó claramente que eran asaltantes al Moncada. Yo vi en ellos la buena forma y al yo ver la situación que tenía el país, decidí ayudarlos. Todos los campesinos que trabajaron aquí aquel día lo hicieron, conscientes de que ayudaban a asaltantes al Moncada."

La situación personal de Justino en aquella época era más que suficiente para avalar su actitud solidaria con los moncadistas:

"Yo era pequeño agricultor. Sembraba. Las mercancías las llevaba a Santiago. Pasaba mucho trabajo en la venta. Se las entregaba a un intermediario y al otro día tenía que esperar hasta las nueve de la mañana que él las vendiera para entonces cobrar algo, lo que el intermediario entendiera..."

Justino labora en el cuidado de las áreas verdes de la Granjita Siboney, desde 1976. Desde entonces vive en Sevilla. Tiene seis hijos. Tuvo siete, pero uno murió. Era hembra. Era profesora. Dos de las hijas son maestras. El mayor es teniente de las FAR. Otro es técnico medio en Veterinaria. Uno está finalizando el preuniversitario y una hembrita, la más chiquita, va para quinto grado. El hijo de crianza, que estaba muy pequeño cuando lo del Moncada, es trabajador de las FAR.

Se puso un pantalón que yo le di

Nos dirigimos al interior del histórico y deshabitado rancho. Justino nos conduce a la habitación de la derecha: "Aquí, aquí fue que se cambió Fidel. Se quitó el pantalón de guardia, y se puso el que yo le di."

Interviene el moncadista Mario Lazo: "La cama de aquí, donde Fidel se sentó para cambiarse... Sería bueno que se pusiera esa camita y lo que estaba en la sala, sobre todo el sofá, donde atendieron a Benítez."

Una máquina de coser histórica

Salimos hacia la parte trasera de la campestre casa. Penetramos, con cierto trabajo por la estrechez del rústico inmueble. Justino aclara que esa cocina fue hecha después. Ante nuestra vista una vieja máquina de coser Singer: "En esta máquina, María Eugenia, mi mujer, cosió las ropas rotas de varios atacantes."

Yo estaba joven cuando eso

Finaliza la estancia en la que fuera la casa de Justino. Se reanuda la marcha. Minutos después, estamos en casa de Efigenia, una de las vecinas familiares de Justino y la esposa que ayudaron a cocinarles a los moncadistas.

Los asaltantes se identifican, y son fuertes los abrazos con la venerable anciana.

—Tengo 83 años que voy a cumplir el 21 de septiembre, y siempre he vivido aquí. Voy a Santiago por temporada...

—Así que tenía 53 años cuando el Moncada comentamos.

—Ah, yo estaba joven cuando eso...

—Estaba hecha un pollo, y ahora también —expresa Lazo.

—Bueno, no van a sentarse, aunque sea un rato. Les voy a hacer un poquito de café.

—Pero vieja, ¿usted tiene café para tantos? —continúa Lazo.

—Yo les puedo hacer un poquito de café... Fidel es como si fuera mi papá. Mira, yo tengo una nieta que es abogada en Santiago. Ha salido afuera y to'.

Mientras algunos familiares la ayudan a preparar el café, Efigenia recuerda el 26 de julio de 1953:

"Había que ayudarlos. Ellos pidieron recursos a Justino, y él estaba solo con su señora. Entonces yo acudí allá. ¡Ay!, la pobre Eugenia, que es mi sobrina, cómo la iba a dejar sola con tantos... Fui. Los hijos míos, también."

Especialista en sacrificios

En casa de Efigenia nos encontramos con Gilberto Despaigne, autor de la muerte del macho que sirvió de comida a los moncadistas el 26 de Julio.

En su libro *Recuerdos del Moncada* (p. 57), Mario Lazo expresa:

Despaigne era el certero "especialista en sacrificio" designado para realizar la operación y, a pesar de nuestras bromas, cumplió con una

sola puñalada. Mientras, algunas mujeres nos zurcían las ropas y Fidel se interesaba por un radio; pero no existía uno en todo el caserío de los alrededores.

Yo de ayer y lo de hoy

Laboreado el aromático café en casa de Efigenia, descendimos ligeramente. Llegamos a la tienda del pueblo, en Altos de Ocaña, donde nos esperarían los jeeps, y así terminar la primera jornada reeditora.

—¿Qué había aquí en aquella época? —preguntamos a Justino: "Por esta parte de aquí lo que había era una escolita virá'. Se estaba cazando. Hace unos años vino el comandante Almeida, y mandó a localizar un lugar... Yo mismo fui quien buscó el lugar. Se hizo la tienda del pueblo, la escuela, círculo social y caminos."

Aparecen los transportes: dos grandes jeeps soviéticos. En ellos, llegan el geógrafo Fernando Boytel y otros. Partimos loma abajo. Larga sería la caminata del otro día.

IV. La solidaridad de los campesinos de El Cafetal

La continuación de la reedición de la ruta seguida por Fidel y otros 11 atacantes al Moncada, se desarrolló el 11 de mayo de 1983. Al filo de las cinco de la mañana, los integrantes de la pequeña columna se reunieron, en Sevilla, en la actual vivienda de Justino Rigel Boris.

No está presente Esmérido Rivera Ruá, el primer guía de Fidel, quien formara parte de los caminantes el día anterior. Ese día partiría de regreso a Camagüey, donde reside desde el triunfo de la Revolución. Sin embargo, la comitiva crece. Se suman Alfonso Feal Despaigne, otro campesino solidario con los moncadistas en aquellos difíciles días de julio; Ramón Veitía Barrientos, quien con sólo 14 años de edad, en 1953, suministró alimentos, en la finca Dorotea, a los asaltantes Mario Lazo y Severino Rosell; y el joven oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Mario Lazo Atala, hijo del moncadista Lazo.

Se saborean sendas tazas de café colado por la esposa de Justino y posteriormente los *jeeps* ascienden por tortuosos caminos hasta la proximidad de los Altos de Ocaña, donde se había terminado el día anterior.

Las mochilas vuelven a cubrir las espaldas de los integrantes de la pequeña columna. Los cinco moncadistas que reencuentran sus propios pasos de treinta años y las huellas de los restantes, van como la jornada anterior, a la vanguardia con los prácticos. En la retaguardia, Miguel A. Manals, en representación de la Sección de Historia del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del Partido, en Santiago de Cuba; y el médico Reinaldo Lavalle.

La jornada constituyó una dura prueba. Los ascensos fueron extraordinariamente pronunciados y descensos muy difíciles. Tal como se expresa en el capítulo anterior, los 19 héroes del Moncada quedaron momentáneamente, en las postrimerías de la noche del 26 de Julio, en Santa Ana, hasta donde los condujeron los hermanos Justino y Felipe Rigel.

Justino había aconsejado a los moncadistas que cogieran por toda la orilla derecha, para con la señal de los cantos de los gallos llegar a la zona conocida por El Cafetal.

En el reportaje del 23 de julio de 1967, aparecido en la revista *Verde Olivo*, bajo el título "Del Moncada a las montañas", el asaltante Oscar Alcalde Valls declara:

"Nosotros no seguimos; nos quedamos a dormir en un llanito, cerca del lugar donde tú nos dejaste, porque había compañeros que ya no podían dar un paso más."

En las Ruinas Francesas

Desde principio del siglo XIX hubo asentamientos franceses en estas distribuciones de la Cordillera de la Gran Piedra. Colonos galos que vinieron huyendo en virtud de la Revolución de Haití, se instalaron en esas laderas, y se dedicaron al cultivo del café. A nuestros pasos aún se ven las huellas o despojos de construcciones de esa civilización. Pasamos por caminos que todavía tienen rasgos de las manos francesas o mejor dicho de sus esclavos que eran los que realizaban el trabajo.

El geógrafo Edgar Ivonnet, después de marcar en su mapa cartográfico el sitio de Santa Ana, hasta donde la noche del 26 Justino condujera a los moncadistas, refiere que los caminos franceses eran hechos por el manual de Collin. El manual instruía sobre la construcción de caminos y veredas en zonas de altas pendientes.

Los caminos de esa tecnología mantenían una misma pendiente en todo el trayecto. Empleaban la curva de nivel del terreno, lo cual permitía viajar en quitrín (impulsado por caballo). Viabilizaba un descenso reposado para evitar que los frutos transportados se deterioraran.

Eran trillos, pero bien sustentados. Sembraban, a lo largo, bambúes y pomarrosas para evitar la erosión del suelo.

Por senderos de esas especies marchó la pequeña columna reedificadora en busca de otros lugares, donde Fidel y sus compañeros estuvieron.

Los moncadistas descendieron

Aquel 26 de Julio, una vez en Santa Ana, perteneciente al sistema orográfico de La Redonda, a unos 700 m sobre el nivel del mar, Fidel y sus compañeros continuaron deambulando. Descendieron por la zona de Santa Ana, entre las vertientes de los arroyos y fueron a parar cerca de las Ruinas Francesas, en la finca Soledad.

Pernotaron, avanzada la madrugada, en las proximidades de las Ruinas. Durmieron bajo unos mangales, a 300 m sobre el nivel del mar.

Los 19 moncadistas que escalaron las montañas no tuvieron posibilidad de tener en sus manos un mapa cartográfico. En esa época aún no se habían hecho estudios cartográficos en Cuba. Los primeros se realizaron entre 1955 y 1956.

Ese inconveniente explica las dificultades que tuvieron a la hora de orientarse. En la mañana del 27, avanzaron hacia el noroeste, al mismo nivel, oscilante entre 300-400 m sobre el nivel del mar. La topografía era muy accidentada. Casi hicieron prácticas alpinísticas en una inclinación del terreno de 30 grados. De abajo hacia arriba el máximo es de 90 grados, que es el ángulo recto.

Después de unas cuatro horas de dura marcha, desde el amanecer del 27, los únicos hombres que quedan sobre las armas, tras el ataque a la segunda fortaleza militar de la tiranía, llegan a la zona de El Cafetal, como también le llaman al lugar.

Mario Lazo Pérez, en su obra *Recuerdos del Moncada* (p. 59), narra

...divisamos a un hombre que parecía no tener piernas. Silenciosamente, tratamos de acercarnos, pero no se pudo evitar que nos viera. Después de las necesarias presentaciones conocimos a Eduardo Despaigne, joven campesino que tenía sus piernas secas por la parálisis y que, a pesar de ello, trabajaba en el campo y dependía de sus propios esfuerzos.

Y el escritor y protagonista de los hechos prosigue: "Fidel conversó con Eduardo, interesándose por las familias de las cercanías y en qué casa había radio. El joven, un poco asustado por nuestra inesperada presencia, informó que el único que tenía y vivía cerca del lugar era Feliciano Heredia."

Después del advenimiento de la Revolución es muy difícil hallar un hogar campesino, por muy intrincado que esté, sin un receptor de radio, e incluso, en muchas zonas disfrutaban de luz eléctrica. Ahora, no sólo radios, sino televisores, lavadoras, refrigeradores y otras comodidades. ¡Qué diferencia!

Pero sigamos con el libro *Recuerdos del Moncada* (p. 60): Sin pérdida de tiempo y siguiendo las indicaciones del campesino, Fidel ordenó que nos dirigiéramos allá. Como a las 11:30 a.m. llegamos a casa de Heredia, donde encontramos a su esposa, quien muy gentilmente nos brindó agua y accedió a conectar el radio.

Allí, Fidel y sus camaradas tuvieron oportunidad de escuchar una avalancha de infamias lanzadas por el dictador Fulgencio Batista.

En el humilde bohío de Feliciano (ya fallecido), Fidel tuvo elemento para el 16 de octubre del propio año, decir en su alegato *La historia me absolverá*:

Escuché al dictador el lunes 27 de julio, desde un bohío de las montañas, cuando todavía quedábamos 18 hombres sobre las armas. No sabrán de amarguras e indignaciones en la vida los que no hayan pasado por momentos semejantes. Al par que rodaban por tierra las

esperanzas tanto tiempo acariciadas de libertar a nuestro pueblo veíamos al déspota erguirse sobre él, más ruin y soberbio que nunca. El chorro de mentiras y calumnias que vertió en su lenguaje torpe, odioso y repugnante, sólo puede compararse con el chorro enorme de sangre joven y limpia que desde la noche antes estaba derramando, con su conocimiento, consentimiento, complicidad y aplauso la más desalmada turba de asesinos que pueda concebirse jamás. Haber creído durante un solo minuto lo que dijo es suficiente falta para que un hombre de conciencia, viva arrepentido y avergonzado toda la vida. No tenía ni siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya un cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres.

Hoy, que ya la verdad empieza a conocerse y, que termino con estas palabras que estoy pronunciando, la misión que me impuse, cumplida cabalmente, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Indignados los moncadistas

El puñado de valientes, radioescuchas en casa del guajiro Heredia, se indignó, cuando Batista profirió:

...unos criminales armados con dinero robado a la salud del pueblo, asaltan y matan a cuchilladas a nuestros hombres y les rociaban el rostro con perdigones de escopetas recortadas. Pero esta absurda realidad que más parece una pesadilla que sucedía en Oriente ha costado también numerosas vidas a los atacantes, que seguramente no estaban acompañados por los que han dirigido esta hazaña sangrienta.

La versión de las palabras del sátrapa, publicada el 28 de julio de 1953, en el *Diario de Cuba*, expone en uno de sus párrafos:

...el Presidente enjuició el ataque y lo calificó de obra de locos. Criticó que entre los detenidos y los muertos no aparezca uno solo de los dirigentes del movimiento, asegurando que se encuentran lejos, cómodamente instalados sobre mullidos colchones de billetes de bancos o de seda.

Cuando Batista hilvanaba este "paquete", ya había sido asesinado Abel Santamaría, segundo jefe del asalto al Moncada; mientras que Fidel y un grupo de combatientes dormían en el suelo y eran perseguidos por las montañas.

Meses antes, el 10 de marzo de 1952, Batista, uno de los más serviles títeres del imperialismo yanqui, se había apoderado por la fuerza del poder. Necesitaba un pretexto. Sólo faltaban menos de tres meses para las elecciones. En esas lides estaba seguro de salir mal parado. En las aviesas mentes del tirano y sus secuaces apareció la solución. Después del golpe explicarían al pueblo que lo habían dado, porque el candidato presidencial del corrompido gobierno de Carlos Prío, iba a dar un golpe de Estado al mes siguiente para hundir a la República. Es decir, que arguyó, que se había dado un madrugonazo para evitar otro madrugonazo. ¡Qué buen hijo de perra era el señor Batista!

Y al hablar aquel 27 de julio, aprovechó para reiterar la justificación del golpe del 10 de marzo. Su engolada y autoritaria voz tronó: "Esta salvajada más que imposible conato sangriento de rebelión, es una pequeña muestra de lo que hubiera sido el 15 de abril de 1952 si el 10 de marzo previsor y patrióticamente no lo hubiera evitado."

El tiranuelo, cobarde y asesino, hizo una pausa. Trató de aclarar su voz desagradable, y manifestó sofísticamente: "Estimula observar no sólo la reacción valiente de los jefes, clases y soldados en Oriente sino la forma en que correspondió el pueblo."

A la misma hora en que el dictador profería esas falsedades, Fidel y sus acompañantes recibían la ayuda solidaria de hombres y mujeres humildes, quienes corrieron todos los riesgos que la colaboración con los revolucionarios acarrea.

A la misma hora y durante varios días los "valientes" jefes militares de la tiranía, salvo honrosas excepciones, cazaban y asesinaban a los atacantes que caían en sus manos.

En *La historia me absolverá*, Fidel acusa:

...el 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 33 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaron 50.

En el discurso (por llamarle de algún modo) del dictador, escuchado por el grupo de moncadistas el 27 de julio, en el bohío de un campesino,

Batista dejó entrever que su orden era matar sin compasión a los atacantes:

Nuestra tolerancia ha sido mal comprendida: revolución democrática. Es algo que parece no ha sido muy bien entendido. Pero eso ha terminado ya. Ha terminado no porque lo decrete nuestro gobierno, sino porque lo han querido aquellos que se han dirigido en forma contraria hasta llegar a la tragedia que hoy lamentamos.

Se enteran del asesinato de Emilio Hernández

Al término del "discurso" del tirano, los moncadistas, hospitalariamente recibidos en el bohío del campesino Heredia, conocieron del asesinato de Emilio Hernández y de otros luchadores.

En *Recuerdos del Moncada* (pp. 60-61), Mario Lazo escribe:

Si el discurso de Batista nos había llenado de rabia e indignación, ¿cuáles no serían nuestros sentimientos al escuchar las noticias que posteriormente diera el locutor, al leer una lista de los hombres caídos en el combate del Moncada, incluyendo entre ellos el de Emilio Hernández Cruz, compañero que, como se recordará, se había extraviado de nuestra pequeña tropa a las 9:00 a.m. del día 26, cuando iniciábamos el ascenso a la montaña.

Almorzaron en casa de Pedro Despaigne

Después de escuchar la radio de pila en el bohío de Heredia, los 19 moncadistas prosiguieron la marcha. A esa hora, cada vez con mayor frecuencia, oían los vuelos de reconocimiento de la aviación castrense.

Los vuelos sobre las montañas comenzaron con los primeros claros del día 27. Entonces Fidel recomendó que todos se cubrieran las cabezas con ramas verdes. Al abandonar la casa del campesino, los moncadistas mejoraron su camuflaje, y minutos después llegaron a otra choza cercana, la de Pedro Despaigne (ya fallecido), quien ordenó hacerles comida.

Fidel pidió al hijo de Despaigne, Agustín, que fuera a comprar leche condensada, cigarros y galletas, a la bodega cercana relativamente. Le entregó un billete de veinte pesos y le pidió que el vuelto se lo trajera en billetes, de a peso.

De regreso, Agustín se reunió con Fidel para hacerle entrega de lo pedido. Cuando le dio el vuelto, Fidel observó que eran veinte billetes de a uno. El jefe del asalto al Moncada protestó e insistió en

que debían pagar los gastos, pero Pedro Despaigne, que había pagado la cuenta, se negó a recibir nada y convenció a Fidel para que aceptara el total del dinero. Fidel decidió repartirlo y entregó un peso a cada combatiente para que "tuvieran algún dinero".

El almuerzo estuvo listo como a las 3:00 p.m. del 27. No ingerían alimentos desde aproximadamente las 6.30 p.m. del día anterior, cuando comieron en casa de Justino, en los Altos de Ocaña.

Una vez devorado el almuerzo, emprendieron nuevamente el camino hacia las montañas.

30 años después, un encuentro con tres colaboradores

Cinco de los 19 moncadistas, volvieron el 11 de mayo de 1983, al lugar conocido por El Café. Allí, en las proximidades de lo que fuera la choza de Pedro Despaigne, vive su hija Esmérida Despaigne Tejeda con su esposo Alberto Despaigne Danger. También acudió a la cita el paralítico Eduardo, otro hijo de Pedro. Eduardo fue el que le informó a Fidel que en casa de Feliciano había un radio.

Tres décadas después, el júbilo y la alegría son tremendos en la humilde casa. Abrazos, palmadas, apretones de manos y la ingestión de un buen café carretero matizan el ambiente.

Esmérida, *Pucha*, recuerda que en 1953, apenas sabían leer y escribir, porque "aquí no había escuela, ni na".

Alberto narra que se encontraba trabajando cerca, cuando sintió un gentío en casa de Pedro, y pensó que eran gente que venían a hacer un desalojo.

Mario Lazo, el moncadista que en 1967 volvió allí, en ocasión de contribuir al reportaje de *Verde Olivo*, bromeó con el lisiado Eduardo. Le mostró su foto aparecida en la publicación militar, y le dijo: "Tú ves que bien localizado te tenemos... Por eso, yo te digo que no sigas jugando gallos finos, porque en seguida... estás preso."

El paralítico, hoy residente en Sevilla, rió a mandíbula batiente. Los demás, también.

V. El porqué de los grupos A, B y C

El 27 de julio de 1953, Fidel y los 18 asaltantes fueron atendidos hospitalariamente por los campesinos en la zona de El Cafetal o El Café. Después de almorzar en casa de Pedro Despaigne y Tomasa Tejeda, aproximadamente a las 4 p.m. mejoraron su camuflaje con ramas de árboles, en virtud de la intensidad de los vuelos de aviones de reconocimiento por esas montañas, y reanudaron la marcha.

Nuevamente encaminaron sus pasos hacia las elevaciones. Atrás quedaron aquellos honrados campesinos que les despedían con afectos, debatiéndose en los temores de posibles consecuencias.

Llevaban apenas una hora de marcha en pos de la loma de La Redonda, cuando comenzó a llover. En sus *Recuerdos del Moncada* (p. 64), Mario Lazo, dice:

Todos nos enfrentamos por primera vez a las dificultades de la montaña, agudizadas por el mal tiempo y el calzado inadecuado. El camino parecía de jabón y se convertía en una dura prueba. Se dio la orden de acampar en un pequeño monte para esperar que cesara la lluvia y, lejos de amainar, siguió cayendo con tal intensidad que al chocar las gotas de agua contra los cuerpos parecían brasas. La ineficacia de nuestro refugio nos tenía inquietos. Un compañero comenzó a mirar por los alrededores y descubrió una cueva, hacia donde nos dirigimos. No exagero si afirmo que aquel lugar fue considerado un palacio. Nos quitamos las ropas empapadas, las exprimimos y pusimos a secar, mientras el intenso aguacero continuaba.

El agua cesó alrededor de una hora después. Fidel ordenó continuar. El luchador Reinaldo Benítez, herido en un muslo, apoyado en su alta moral, hacía grandes esfuerzos por mantener el paso al nivel del grupo, no obstante lo resbaladizo de aquellos senderos montañosos.

Con la finalidad de no dejar huellas, los 19 caminaron por encima de las piedras, en busca de un lugar donde pernoctar. A rastras, agarrándose de bejucos, los moncadistas ascendían.

Los fusiles rodaban con nosotros

Israel Tápanes Vento, uno de los cinco moncadistas reeditores de la marcha, recuerda 30 años después: "Cuando nosotros subíamos

la loma de La Redonda, lo hacíamos arrastrándonos. A veces avanzábamos 10 m y retrocedíamos 4 o 5 de espaldas. Rodábamos por pendiente. Los fusiles se nos desprendían y rodaban junto con nosotros."

Sigue rememorando: "Recordamos que Oscar Alcalde gritaba: ¡Cada uno! Agárrense que se puede escapar un tiro... Yo estoy atrás y ustedes pueden matar... En fin, todas esas cosas se hablaban..."

Y Mario Lazo añade: "Alcalde decía que había que cuidar los fusiles que habían costado 120, 130, 140 pesos... Ahí se ve su carácter, cómo era y es el compañero preocupado por el ahorro."

En la actualidad Oscar Alcalde Valls es el presidente del Banco Popular de Ahorro, creado a mediados de 1983.

Más de 850 m sobre el nivel del mar

El ascenso a la elevación, además, se vio obstaculizado por el herido que llevaban. A Reinaldo Benítez lo conducían sujeto por los brazos entre dos compañeros.

Después de unas ocho horas de difícil ascensión, llegaron a la cima de La Redonda, a más de 850 m sobre el nivel del mar, en los Altos del Ermitaño.

En el libro *Recuerdos del Moncada* (pp. 64-65), leemos:

Como a las doce de la noche, Fidel orientó descansar a pesar de la inhóspita de la zona. Cada cual buscó un sitio para acostarse; yo traté de encontrar el mío en un lugar de pocas piedras. Extraje la pistola que Montané me había prestado y la coloqué delante de mí, al alcance, por lo que pudiera ocurrir. Nos dormimos.

El moncadista y prosista, Mario Lazo, cuenta a continuación:

No sé si al moverme hice contacto con la pistola o si fue algún arma mal, pero... el arma se disparó. Me desperté herido, me brotaba mucha sangre y quedé semiinconsciente. Se produjo una alarma general y todos acudieron en mi ayuda. No sentía dolor alguno, pero me daba cuenta que salía mucha sangre por la herida y me eché de bruces para evitarlo.

La primera división del grupo

Con la herida accidental de Lazo eran dos los heridos del grupo. Al propio tiempo, el joven Jesús Montané Oropesa había perdido sus espaldas y afrontaba dificultades para ver y caminar.

Al amanecer del 28, Fidel efectuó una reunión con la tropa, y analizó la situación. Ordenó el regreso a Santiago de Cuba de seis revolucionarios: los heridos Reinaldo Benítez Nápoles, Mario Lazo Pérez y Jesús Montané Oropesa. Para acompañarlos fueron designados Rosendo Menéndez García, Severino Rosell González e Israel Tápanes Vento. Hubo negativas por parte de los seis. Insistieron en seguir con el grupo, pero se les instruyó hacer contactos con dirigentes del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), en la otrora capital de Oriente, con el fin de que los heridos recibieran asistencia médica.

Para la historia se clasifican los grupos

El equipo de los cinco moncadistas reeditores del recorrido del grupo 10 años atrás, convinieron en clasificar los grupos, en virtud de su identificación histórica.

Por primera vez se hace la clasificación. Al término de la caminata de tres días de duración —del 10 al 12 de mayo de 1983—, se acordó llamar grupo A al original, es decir, al formado por los 19 que lograron penetrar en las montañas. De éste se desprenden los grupos B y C.

De acuerdo con lo expuesto, los seis integrantes de la primera escuadrilla pasan a la historia como grupo B, el cual comienza el descenso con la finalidad de llegar a Santiago de Cuba.

Los 13 restantes, con Fidel al frente, comenzaron también, a bajar de La Redonda, pero en otra dirección. Llegaron a una cota inferior, de unos 200-250 m sobre el nivel del mar. El lugar fue identificado posteriormente como la Cantera de Mármol de la finca Soledad. A esa hora, aproximadamente las 3 p.m. del propio día 28, la persecución de las tropas de la tiranía se ampliaba.

En ocasión de la marcha reeditora, realizada durante los días señalados, el atacante Ricardo Santana recuerda: "Comenzó a llover, y escampó cerca de las tres de la tarde. Hicimos un alto. En una cañada, al lado de una poceta, nos detuvimos. Fidel se sentó sobre una laja y analizó la situación: es difícil; estamos rodeados. Vamos a dividirnos y a coger distintas vías."

Al llegar junto a la Cantera de Mármol se produce la otra separación. El nuevo grupo, el C para la historia, lo forman cinco jóvenes: Ricardo Santana Martínez, los hermanos Orlando y Roberto Galán Betancourt, Jaime Costa Chávez y Gerardo Granados Lara. Traidores a la Revolución, los dos últimos.

De esa manera, el grupo primario, el A, queda integrado por ocho: Fidel Castro Ruz, Juan Almeida Bosque, José Suárez Blanco, Oscar Alcalde Valls, Armando Mestre Martínez, Francisco González Hernán-

dez, y los posteriormente traidores Eduardo Montano Benítez y Mario Chanes de Armas.

En los alrededores donde se produjo la segunda división, se hallaba la antigua mina de hierro de Ocaña. Cerca, el campesino Alfonso Feal encontró, dos días después, gran cantidad de cartuchos y dos escopetas. Manifiesta que los recogió y los ocultó debajo de unos árboles.

I. El destino de los grupos

El grupo tomó un rumbo diferente por las razones ya conocidas. El día 28, donde está Fidel, el 28 sigue hacia el este. Duermen en un punto dentro de los cangilones del río Ocaña.

Continúan deambulando. El 29 por la mañana, se detienen bajo la sombra de un mamoncillo, en el patio de la casa de un campesino. Este resulta ser Alfonso Feal Despaigne, quien al igual que los anteriores, colaboró con los asaltantes.

Alto, delgado, pero musculoso, de cabellos como crines, canoso; facciones y piel que denuncian su descendencia indígena, este guajiro, con 77 años de edad, salió al encuentro del grupo. Le dio de comer pan con bacalao. Procuró que su esposa no se enterara de la presencia de los revolucionarios, porque estaba recién parida y consideró que eso la podía afectar.

Feal acompañó al grupo hasta que Fidel le pidió que regresara a su hogar. El jefe de los asaltantes al Moncada se interesó por el camino para llegar a la Gran Piedra.

"Entonces —prosigue Feal— yo le señalo: subiendo derecho por aquí, dominándome siempre los bosques más cerrados, porque el Ejército usaba aquellas lomas de enfrente, con catalejos, si los ven a ustedes caminando por los claros... Ya saben..."

Feal refiere que les recalcó coger hacia el este, y que la distancia que los separaba de la Gran Piedra era como de tres leguas.

No lograron el objetivo de llegar a la Gran Piedra. Llegaron a las esribaciones de los Altos de Ocaña. Durmieron a campo traviesa.

El nuevo en el patio de la casa de Feal

El asaltante Francisco, *Pancho*, González, uno de los cinco moncadistas encabezadores de la reedición de la ruta, y uno de los ocho del grupo A, el de Fidel, subraya que deambulaban sin rumbo.

De esa manera volvieron a dar, al día siguiente, como a las 4:00 p.m. en los alrededores de la casa de Alfonso Feal, en la finca Soledad.

Ese día deambularon al norte y luego al sur. En esta oportunidad, Feal los lleva a la Cueva de los Chivos, a 400 m sobre el nivel del mar.

A partir de entonces al lugar se le conoce por la Cueva de Fidel.

La cueva, dos piedras calizas enormes que parecen besarse para formar un amplio boquete, mira al norte. De allí, por razones tácticas, se

trasladan al norte, a una cima de la colina, donde había un herbazal y se duermen asediados por perros jibaros.

El otrora campesino Alfonso Feal relata que en ese lugar de la finca Soledad, encontró al día siguiente ocho camas de guano, las cuales hizo desaparecer para despistar. Asevera que salió en busca de los jóvenes. Fue al lugar donde los había dejado, pero no los encontró.

Le di órdenes, pero no las cumplieron

Nos remitimos al reportaje "Del Moncada a las montañas", publicado el 23 de julio de 1967 en la revista *Verde Olivo*. En esa ocasión los asaltantes Oscar Alcalde y Mario Lazo encabezaron un recorrido por la ruta:

Alcalde: Yo recuerdo que la cueva estaba más oculta en aquella oportunidad; había un tupido bosque aquí al frente.

Feal: Sí, era un bosque de mangos, pero lo tumbaron para sembrar y para hacer carbón... Ahí en esta parte fue donde yo les dije a ustedes que pasaran de uno en uno y arrastrándose, porque no sabíamos lo que podía haber en la loma del frente. Fijense si me acuerdo, tan es así que me recuerdo como ahora el día que pasé a ser jefe de ustedes.

Los integrantes de la columna ríen, y Feal continúa:

—Ah, se ríen, pues así fue. Resulta que Fidel recalca en mi casa por segunda vez, porque se perdió y volvió a caer al mismo lugar de donde había salido, entonces él me dijo: "Mira, chico, perdóname que haya vuelto a llegar a tu casa, te pido que me saques de aquí." Y entonces yo le dije: "Bueno, tú me pides eso, y yo te pido otra cosa". ¿Qué cosa me pides?, me preguntó, y yo le respondí: "Lo que te pido es que yo sea el jefe de este grupo." Fidel me puso la mano en el hombro y dijo: "Ah, eso es lo que me pides, pues ya eres el jefe." Entonces lo encaminé y le di órdenes, pero no las cumplió...

Llegan a la finca de Leizán

Al día siguiente —31 de julio—, el grupo A desciende bordeando las montañas al sur. Sin guías, continúan perdidos. Se acercan a las proximidades de la carretera de Siboney. Hacen contactos con un obrero de la finca Las Delicias, de Leizán. Juan Leizán Montero, hijo del dueño de la finca, les presta ayuda: ropas y comida. Al otro día fueron detenidos por soldados al mando del teniente Sarriá.

Se escinde el grupo B

Los seis integrantes del grupo B, entre los cuales se hayan los heridos Reinaldo Benítez y Mario Lazo; Jesús Montané, con dificultades en los pies para avanzar, y en la vista, debido a perder sus espejuelos, al rayar el día 28, inician el descenso de la cima de La Redonda con la finalidad de regresar a Santiago de Cuba, y allí hacer contactos con la ortodoxia para viabilizar atención médica a los heridos.

Avanzaron en condiciones muy difíciles. Sin práctico y sin haber dejado huellas al subir, en tanto que los aviones enemigos habían multiplicado sus vuelos el día 28. Se les hacía difícil, además, sujetarse las ramas del camuflaje.

A Lazo la herida le seguía sangrando. A las tres horas de marcha, decidieron descansar. Desde el lugar, donde hicieron el alto, divisaron una casa en la lejanía. La lluvia, que había comenzado de nuevo unas horas antes, arreció. Buscaron refugio en un montecito tupido, pero el aguacero fue tan torrencial que se empaparon. Decidieron continuar bajo la lluvia. La casa que habían visto reapareció ante sus vistas. Hacia allá se encaminaron. Sin proponérselo llegaron otra vez a la casa de Pedro Despaigne, el campesino de El Cafetal, que el día anterior preparó comida para los 19.

Tomasa, la esposa de Pedro, tras exclamar "¡Ave María Purísima!" y preguntar "¿Cómo fue eso, hijo?", curó la herida de Lazo con azúcar, tela de araña y tabaco. Vendó la herida con un pedazo de refajo viejo. Además, de lo poco que tenían, entregaron un pantalón al herido. Alimentos, también.

En *Recuerdos del Moncada* (p. 67), Mario Lazo narra: "Al concluir de comer, nos despedimos de la familia. Infructuosamente nos registramos los bolsillos para hallar algo que dejar de recuerdo a estos buenos amigos, y Montané, no encontrando otra cosa, le entregó a Tomasa el llavero de su automóvil."

Continuaron el descenso. Después de caminar un buen trecho, una niña de unos diez años de edad dio alcance a los jóvenes, y le entregó a Lazo, en nombre de la madre, un saco de yute con leche condensada, galletas y dos pedazos de pan.

Siguieron avanzando loma abajo. El día 30, después de pernoctar esa noche en una porqueriza bajo tremenda tormenta, se acercaron a un bohío. Conversaron con un campesino. Lazo se interesó por conocer dónde había una vaquería con la finalidad no sólo de tomar leche, sino de hallar la posibilidad de trasladarse a Santiago de Cuba.

Por las indicaciones del guajiro se dirigen hacia La Dorotea, pero en el trayecto el camino se bifurca. Severino y Lazo sostenían que debían

tomar por la derecha hasta encontrar la finca. El resto insistía en seguir por la izquierda. Se escinden. Toman rumbos distintos.

Así, el grupo B se dividió. Y para la historia, el B-1 lo forman Mario Lazo Pérez y Severino Rosell González, quienes en definitiva encuentran la lechería La Dorotea, donde son ayudados por el dueño de la finca, y por un empleado de éste, un jovencito de 14 años de edad, a quien llamaban Papito. Su nombre es Ramón Veitía Barrientos. Y ahora, 30 años después, integra la pequeña columna reeditora de la ruta de los moncadistas.

Lazo y Severino Rosell permanecieron más de un mes en una elevación de La Dorotea, donde Papito les llevaba diariamente alimentos.

Desde allí, ayudados por el hijo del dueño de la lechería, hicieron contacto con la ciudad. Severino Rosell se ocultó en casa del padre de Vilma Espín, por donde ahora está la refinería, y luego se exilió en Costa Rica. Mario Lazo fue protegido por varias familias santiagueras, sobre todo por la Atala Medina. No fue detenido. Volvió a su casa, en Artemisa, después de la amnistía política de mayo de 1955.

En las proximidades de La Dorotea se produce una nueva división del grupo B. Reinaldo Benítez Nápoles, Israel Tápanes Vento, Jesús Montané Oropesa y Rosendo Menéndez García llegan a casa de Mercedes Silva y Domingo Badell, en el kilómetro cinco y medio de la finca La Redonda, carretera de Siboney, donde había un tejero. Allí curan a Reinaldo Benítez. Otra vez, como siempre la solidaridad de los santiagueros con los asaltantes y el repudio a la dictadura.

El cerco de los soldados de la tiranía se estrechaba por esta zona. Se dividen para tratar de evadirlo, tras abandonar la humilde morada. Entonces al dúo formado por Jesús Montané Oropesa y Rosendo Menéndez García, lo clasificamos como B-2; y B-3 al de Reinaldo Benítez Nápoles e Israel Tápanes Vento. En ese orden fueron detenidos en los alrededores del lugar.

El *Diario de Cuba*, en su edición del 31 de julio de 1953, publica, en primera plana, una foto de cinco detenidos con el mentiroso título: "Presentados al Ejército varios fugitivos". Y el pie de foto:

"Se presentaron en los alrededores de Siboney a una patrulla del Ejército los jóvenes Raúl Castro Ruz, Julio Díaz González, Israel Tápanes Vento, Jesús Montané Oropesa y Rosendo Menéndez García. Con ellos se presentó, también Reinaldo Benítez Nápoles."

Después del Moncada, Raúl Castro, quien al mando de cinco hombres había ocupado el Palacio de Justicia, no pudo regresar a la Granjita, y por lo tanto no estuvo en el grupo que escaló las montañas, aunque el diario lo da como capturado en las proximidades de Siboney,

fue detenido en la zona de San Luis. Julio Díaz González tampoco era del grupo de los 19 "montañeses".

En la propia página, en la parte interior, el periódico publica una foto de Reinaldo Benítez junto a un médico que le atiende la herida. Al galeno se le identifica como el teniente doctor Más Renedo.

En todos los casos, las noticias no se ajustaban a la verdad. Cuando detenían por sorpresa, empleaban el término: "se presentaron"; cuando asesinaban, publicaban que "murieron en combate".

Llama la atención, también, que después de asesinar a decenas de prisioneros, trataron de presentar una imagen diferente con el herido Benítez. Aparece en la foto atendido por un médico militar. La matanza de los días 26, 27, 28 y 29 fue tan conmovedora, que el arzobispo Pérez Serantes y las "clases vivas", los clubes aristocráticos, hicieron una serie de gestiones religiosas y sociales tendentes a detener la masacre.

También se subdividió el C

El grupo C, que como se recordará —cinco miembros— se separó en la Cantera de Mármol de la Soledad, a eso de las 3:00 p.m. del día 28, se escindió inmediatamente. De esa manera, Ricardo Santana y los hermanos Orlando y Roberto Galán confeccionan lo que llamaremos el subgrupo C-1; y Jaime Costa Chávez y Gerardo Granados Lara, el C-2.

Los tres asaltantes del C-1 deambularon trabajosamente y fueron a parar a la zona de las fincas Casa Azul y Aguadores, al sur de Santiago de Cuba. Allí fueron ayudados por Ibraín Zamora, los hermanos Núñez y los Díaz Rodríguez, *los Galleguitos*. Más tarde, Ricardo Santana marchó a México, en calidad de exiliado. Los hermanos Galán, por su parte, permanecieron allí con la colaboración de los vecinos mencionados hasta mayo de 1955, ocasión en que la presión popular obligó a amnistiar a los hombres del Moncada.

El C-2, formado por Jaime Costa Chávez y Gerardo Granados Lara (traidores posteriormente), se propone llegar a Birán; en el camino son auxiliados por varios campesinos; y sobre las 2:00 p.m. del día 30 de julio de 1953 llegan a casa de Juan Bautista García Gallardo, en Sumapax, El Cristo. En ese lugar fueron protegidos aproximadamente un mes. Transcurrido ese tiempo, Costa fue trasladado para la casa de Abelardo Rodríguez, en Santiago de Cuba y Granados para la vivienda de la doctora Zambrano, en la propia ciudad. Ambos asaltantes parten rumbo a Honduras, en los primeros días de octubre de 1953.

VII. La detención de Fidel

La marcha reeditora de la ruta de los 19 asaltantes al Moncada, quienes el 26 de julio de 1953 tuvieron la posibilidad de escalar la Cordillera de la Gran Piedra, finalizó, en su segundo día, el 11 de mayo de 1983, junto a la mata de mamoncillo, donde el 29 de julio de 1953, Fidel y otros siete moncadistas fueron ayudados por el campesino Alfonso Feal Despaigne. La caminata relocalizadora se extendió ese día a 11 kilómetros.

En la segunda reunión analizadora del trabajo tendente a preservar para las nuevas generaciones los lugares donde los moncadistas pernoctaron, y a recopilar los nombres de los campesinos devenidos primeros colaboradores del intento guerrillero, se trazó el plan para el día siguiente.

En el cambio de impresiones efectuado en Daiquirí, donde se alojaron Mario Lazo Pérez, Israel Tápanes Vento, Francisco González Hernández, Ricardo Santana Martínez y Severino Rosell González, los cinco moncadistas encabezadores de la pequeña columna contribuidora a enriquecer los conocimientos históricos del pueblo, convinieron en partir, al otro día, desde la casa de Juan Leizán Montero, hijo del dueño de la finca, donde Fidel y otros siete compañeros fueron apresados el 1º de agosto de 1953.

En la reunión participaron, además, Arturo Duque de Estrada, integrante del Comité Provincial del Partido y jefe de la Sección de Historia del Departamento de Orientación Revolucionaria al propio nivel, en Santiago de Cuba; Carlos Ortega Portuondo, de la propia Sección; y Fernando Boytel Jambú, geógrafo de Planificación Física.

Llega el grupo de Fidel al bohío de un obrero agrícola

El grupo que a partir de ahora, la historia recoge como A -asunto explicado en los dos capítulos anteriores-, formado por ocho moncadistas con Fidel al frente, después de dormir en la cima de una colina, en las cercanías de la Cueva de los Chivos (hoy conocida por Cueva de Fidel), lugar adonde inicialmente fueron conducidos por el campesino Alfonso Feal Despaigne, comienzan a descender en la mañana del 31 de julio.

Extraviados, bordean las montañas al sur y se acercan a las proximidades de la carretera de Siboney. Llegan al bohío del obrero agrícola Luis Piña.

En casa de Juan Leizán

Con las primeras luces del alba, los cinco moncadistas reeditores e investigadores de la ruta seguida por los 19, acompañados de los guías y restantes miembros de la comitiva, ya están en la vivienda de Juan Leizán Montero, en Sevilla, junto a la carretera de Siboney.

Leizán, hijo del dueño de la finca Las Delicias, junto a Luis Piña,³ obrero de su padre, prestaron solidaria ayuda al grupo de asaltantes al Moncada.

El primer lugar para visitar en esta tercera jornada de relocalización es el bohío de Piña, donde pernoctó Fidel y fue apresado al día siguiente.

Llegamos hasta donde podemos en *jeeps*. Juan Leizán conduce su propio *jeep*. La columna aumenta ahora con Leizán y el teniente coronel Alfredo Reyes Trejo, periodista de la revista *Verde Olivo*, autor del reportaje "Del Moncada a las montañas", aparecido en la mencionada publicación en julio de 1967. Llegan al pequeño bohío de guarío, donde fueron detenidos Fidel, Oscar Alcalde y José Suárez.

El geógrafo del equipo investigador, Edgar Ivonnet Prats hace aparecer un nuevo punto rojo en el mapa cartográfico. Leizán señala hacia su derecha las montañas bordadas por Fidel y los demás componentes del grupo A, es decir, Juan Almeida Bosque, Francisco González Hernández, Armando Mestre Martínez, Mario Chanes de Armas y Eduardo Montano Benítez. Traidores los dos últimos, después.

Recorrido un buen tramo, la pequeña columna guiada por Juan Leizán, se ve cobijada por un frondoso algarrobo, debajo del cual fueron apresados los luchadores ya aludidos.

Las ideas se combaten, no se matan

Como hemos dicho en capítulos anteriores, previamente al 26 de julio de 1967, los asaltantes Oscar Alcalde y Mario Lazo reeditaron la ruta de los 19, en cuya gloriosa lista aparecen ellos, con el objetivo de que el periodista Alfredo Reyes Trejo publicara un reportaje en la revista *Verde Olivo*. En la edición del 23 de julio de ese año, Oscar Alcalde cuenta:

Estábamos durmiendo aquí dentro del bohío, atravesados en el piso de tierra, Fidel, Pepe Suárez y yo. Ya era de madrugada cuando nos acostamos y Fidel nos había dicho por la tarde que íbamos a comer

³ Luis Piña abandonó el país en la década del 70. Reside en España.

y a dormir bien para nosotros tres volver a las montañas. Por lo cansados que estábamos, el sueño nos rindió enseguida. Yo era el primero a la entrada del bohío, atravesado junto a la puerta; después en la misma posición, Fidel y más atrás, atravesado también, Pepe Suárez. Cuando el sol salió todavía estábamos durmiendo.

Yo oí que le dieron un empujón a la puerta que estaba pegada a mí, y entonces desperté y lo primero que vi junto a mí fueron unas botas de soldado, entonces se me ocurrió decir: "nosotros somos gente buena". Contestaron con una catarata de insultos. Me hicieron salir con las manos en la cabeza, y me dieron unos culatazos; atrás salió Fidel y después Pepe Suárez. A Fidel no le dieron ni a Pepe tampoco. Los pararon aquí mismo y comenzaron a poner balas en el directo a los fusiles. Yo pensé, aquí terminó todo, pero ninguno dijimos nada. En eso llega Sarría y dijo: "¡Un momento!, ¡un momento!, que las ideas se combaten; no se matan".

El relato de Alcalde prosigue:

Nos amarraron las manos. Los soldados estaban insubordinados, querían matarnos de todas maneras. Le dijeron a Sarría: "Mire teniente, por allí hay más 'coreanos', por qué usted no los va a buscar y nosotros nos quedamos cuidando a estos presos." Sarría no aceptó y ordenó comenzar la marcha hacia la carretera.

En esos momentos se formó un tiroteo, cerca de nosotros, les estaban tirando a Almeida y a los demás, y Sarría nos ordenó que nos tiráramos en el suelo y él se tiró sobre nosotros para protegernos. Cuando Fidel vio el gesto de aquel militar le dijo: "Mire teniente, usted se está arriesgando la vida por nosotros, yo soy Fidel Castro", y Sarría le contestó: "Yo respondo de su vida con la mía."

Cuando la visita de Alcalde, Lazo y el reportero de *Verde Olivo*, al bohío, donde detuvieron a Fidel, aún vivía Pedro Sarría Tartabull, quien al triunfo de la Revolución fuera nombrado por Fidel, capitán ayudante del Palacio Presidencial. En ocasión de la anterior reedición, el otrora segundo teniente Sarría fue localizado y con él se sostuvo una amena conversación.

En esa oportunidad, Oscar Alcalde aprovechó para bromear con Juan Leizán y Luis Piña. Les manifestó que ellos creían que Leizán y Piña los habían denunciado, y Sarría respondió, conforme se dice en la revista de las FAR: "No, no, no hay nada de eso. Yo estaba en la carretera y miraba con los prismáticos para la loma; vi ese bohío y decidí registrarlo, así fue como dimos con ustedes."

Leizán y Piña rieron, relata el periodista Alfredo Reyes Trejo, en el reportaje "Del Moncada a las montañas".

En el propio escrito, Oscar Alcalde cuenta que se encontraban perdidos, pues creían que estaban por Songo, y sin embargo estaban cerca de la carretera de Siboney.

Unos que atacaron al Moncada y quieren hablar contigo

Juan Leizán Montero, el hijo del dueño de la finca Las Delicias, era un joven próximo a cumplir 28 años de edad, cuando lo del Moncada. A partir del triunfo de la Revolución, este hombre, de fuerte contextura y perenne sonrisa, es asediado por los periodistas en cada aniversario del 26 de Julio, pero para él es un placer y un orgullo contar la historia:

Bueno, después del asalto, por aquí, en la carretera, los guardias hacían continuos registros. Yo vivía un poquito más arriba de aquí con mi padre. Dos o tres veces al día el ejército de Batista iba a mi casa. Indagaban si habíamos visto a alguien por aquí... Que si venían, no se le diera auxilio a nadie, porque andaban con cuchillos, violaban y hacían... Ésa era la propaganda que hacía el ejército.

Se ajusta el sombrero alón y continúa: "Un día, el 31 de julio, un señor que estaba parando ahí en el bohío... que hacía unos trabajos en el fondo de la finca, se apareció a verme a casa, ya al oscurecer, y un poco asustado me llamó y me dijo: 'Ahí hay una gente que quieren hablar contigo'. '¡Hablar conmigo! ¿Quién quiere hablar conmigo?' 'Unos de los que atacaron al cuartel Moncada', me dijo."

El joven Juan Leizán y Luis Piña se dirigieron a un cañadón en las cercanías de la casa, por allí no se encontraban los moncadistas.

"Fidel tenía que usar todos esos tipos de precauciones... Entonces estando nosotros allí, apareció por allá un hombre que después supe que era Fidel. Estaba sin camisa... todo rasguñado. Primero me preguntó mi nombre, y luego me dio la mano y se presentó.

"Pepe Suárez era el que estaba al lado de él. Después vino el grupo. Fidel me dijo que por el momento necesitan ropa y comida... Digo, bueno, eso lo resolvemos ahora, y entonces fui a la casa y les busqué chorizos y pan gallego que hacía la vieja mía... pan gallego y leche. Fidel fue el último en comer, porque siguió hablándome de lo que le hacía falta. Se probó mi ropa, y me dijo: 'bueno, la ropa tuya me sirve'. Le busqué una muda de ropa: un pantalón de mezclilla... Bueno, la ropa que tiene en la foto de cuando lo cogieron. Ésa se la di yo."

Narra que Eduardo Montano Benítez tenía un pantalón, y Pepe Suárez, una camisa, pero que Fidel era el que estaba completamente "ripiao," sin camisa y la piel toda arañada.

Dividen el grupo

Leizán acota que Fidel le planteó que el grupo se iba a dividir, y él iba a volver a las montañas, y "me dijo que si yo podía atender al otro grupo". "Yo le dije que sí, porque yo, sin disparar un tiro, me sentía parte del grupo."

Recuerda que esa misma madrugada - 1º de agosto - el grupo se escindió en dos: uno formado por Fidel Castro Ruz, Oscar Alcalde Valls y José Suárez Blanco. Al otro no se le considera un subgrupo, sino un desprendimiento del A, y se le clasifica como A-1, integrado por Juan Almedida Bosque, Armando Mestre Martínez, Francisco González Hernández, Eduardo Montano Benítez y Mario Chanes de Armas.

"Fidel se quedó aquí con Pepe Suárez y Alcalde -dice Leizán mientras señala el bohío-, y los otros cinco por allá", explica, en tanto dirige su índice hacia un lugar no muy lejano.

Juan Leizán relata que el sábado 1º de agosto por la mañana, fue a Santiago de Cuba, y de regreso acudió a llevarle el desayuno al desprendimiento de los cinco, donde estaba Almeida entre ellos.

Una pausa y prosigue: "Estaba con los cinco, debajo de una mata grande, cuando sentimos un tiro... Un tiroteo: pi pa pa pa... Todo el mundo tirando ahí de momento... Bueno, cogieron el grupo que yo atendía por orden de Fidel. Salimos caminando y en eso veo que también traen a Fidel y a los otros. A Fidel no le dieron tiempo a ponerse la camisa. La camisa se había mojado por la noche, porque el rocío era mucho. Estaba sin camisa. Amarrado con la camisa.

"Cuando mi vista choca con la de Fidel, él se sonríe. Cuando lo veo así... Él me dio ánimo, la verdad. Entonces el teniente me dice: '¿Tu viejo tiene un camión ahí?' Digo: 'sí, hay un camión...' Ordenó a dos soldados que fueran conmigo: Correoso y otro más. Corriendo a casa... Cojo el camión, y cuando llego aquí, viene el teniente y abre... El teniente le abrió la puerta a Fidel y lo mandó a subir... Cuando yo vi esa deferencia me dije que la cosa parece que... Y lo montó ahí alante. Los demás en la cama, atrás..."

Se juntaron debajo de este mamoncillo

Previamente Juan Leizán rememoró que el subgrupo de cinco lo capturaron debajo de una frondosa mata de algarrobo. Allí, los columnis-

tas reeditores de la histórica ruta se detuvieron emocionados. Emoción multiplicada en el caso de Francisco González Hernández, el afaible Pancho, uno de los que allí fue hecho prisionero aquella mañana del 1º de agosto de 1953. A propósito, es digna de mención la magnífica preparación física demostrada por el quinteto moncadista buscador de sus propias huellas y las de los demás asaltantes "montañeses", tres décadas después. Con 30 "abrilés" más sobre sus anatomías, resistieron la escalada con el mismo vigor de aquellos días de julio, días incrustados en la historia de la Patria, de la Revolución, del socialismo.

Encomio especial merece Pancho González, el menos joven, con 57 años de edad. La caminata le fue dura, quizás más que en 1953, cuando eran asediados por aviones y tropas de la tiranía, la sed y el hambre, pero como buen moncadista, cubrió la ruta.

Bien, volvamos a la narración de Juan Leizán: "Los dos grupos se reunieron aquí", manifiesta parado debajo de la mata de mamoncillo, a la orilla de la carretera de Siboney, en el kilómetro 10. Refiere que a Fidel, Alcalde y Suárez los condujo Sarria con algunos soldados; mientras que otros guardias llevaron a los otros cinco hasta allí.

-¿Quiénes cogieron a los cinco? -indagamos.

-La misma gente de Sarria, la cual pasaba un peine en la zona -responde Leizán.

-¿Quién estaba al frente de los que capturaron a los cinco? -preguntamos otra vez.

-Todos estaban bajo el mando de Sarria -reitera alguien-. Pero es posible que hubiera un cabo, un sargento que fuera al frente de los soldados que capturaron a los cinco -comentamos.

-Sí, hay un cabo que está en Santiago... -responde Leizán.

-¿Como se llama? -pregunta Lazo.

-Suárez... se llama Suárez. Yo tengo su foto en la casa, porque el periodista Mario García del Cueto vino una vez a hacer un trabajo para *Bohemia*; yo le localicé a Suárez y lo primero que le dijo al periodista fue: "Fidel me preguntó ¿cómo tú te llamas? Sacó una caja de fósforos y apuntó mi nombre en ella..."

-Entonces yo le dije a Suárez: "Ni Fidel tenía fósforos, ni tenía lápiz, y, además, estaba amarrado." (RISAS)

En ningún momento sintió miedo

Después de la anécdota sobre las falaces declaraciones del mencionado excabo, Leizán rememora que Fidel en ningún momento sintió miedo, pues "mantuvo su misma voz y su jefatura... Por eso el teniente

Sarría se vio avalado por la personalidad tan grande de Fidel... por el valor que él ve en lo que tiene al lado".

—Hay que tener en cuenta también, Leizán, que Sarría, aunque no era amigo de Fidel... no se habían tratado, sí, más o menos, lo conocía, porque era estudiante de Derecho que es la carrera que estudió Fidel —expresa Lazo.

—Sí, era estudiante en ese momento de Derecho. Él estudiaba por la libre, como se decía...

—La vida de Fidel se le debe a Sarría. Únicamente un militar de sus condiciones humanitarias, de sus condiciones de hombre, hace lo que hizo, inclusive jugándose su...

—Todo... Mira... la cabeza también —manifiesta Leizán mientras desliza su índice por el cuello.

—Claro, y tanto es así que después, similar postura asumió cuando el desembarco del "Granma". Se negó a ir a perseguir a los expedicionarios y entonces cayó preso. Al triunfar la Revolución estaba preso en Isla de Pinos...

—Condenado a 12 años —expresa Leizán.

—Sí, cuando se escriba la historia de Cuba de esa etapa el nombre del teniente Sarría Tartabull tiene que estar escrito en letras de oro.

—Oye, Leizán, sería bueno que tú te refirieras al altercado que hubo por el camino con el comandante Pérez Chaumont que era el jefe de operaciones entonces, cuando Sarría llevaba a los prisioneros para Santiago.

—Mario, eso lo podemos hacer en el mismo lugar, donde se produjo el encuentro. ¡Vamos para allá!

VIII. Al vivac en lugar de al Moncada

Juan Leizán Montero, el hijo del dueño de la finca, donde Fidel y siete compañeros más fueron los últimos moncadistas capturados, tiene bien grabada en su memoria lo siguiente:

"Cuando yo regresé con el camión, ya todos estaban amarrados, agrupaditos aquí debajo de esta mata... Sarría 'cortó' con los guardias la carretera aquí. Y cuando todo el mundo estaba sobre el camión... ¡Pancho, tú te debes recordar bien! Vino Sarría, le abrió la puerta a Fidel. Le dijo que entrara. Sarría puso un pie en el guardafango y le dijo a los soldados: '¿Con qué responden ustedes por las vidas de los prisioneros?' '¡Con nuestras propias vidas!', respondieron los guardias. Luego les dijo que no permitieran por ningún concepto que se sumara alguien al servicio que habían hecho."

...Le pidió que le entregara a los prisioneros

Juan Leizán refiere que Sarría subió a la cabina del camión, y Fidel, en el centro, mientras él manejaba. Recuerda que Sarría llevaba en la cintura, aprisionada con el cinto, la pistola de Pepe Suárez; y que el teniente, una vez en la cabina, tiró la puerta, extendió una mano por detrás de Fidel, "y me hizo así... ¡dale!, y arrancamos..."

La comitiva se detiene por indicaciones de Leizán: "Aquí, aquí fue la cosa... Aquí fue el altercado entre Pedro Sarría y el comandante Andrés Pérez Chaumont."

Los vehículos de la pequeña columna reeditora de la ruta de los 19 asaltantes que escalaron la Cordillera de la Gran Piedra, después del ataque al Moncada, están detenidos entre los kilómetros 6 y 7 de la carretera de Siboney, y Juan Leizán narra:

"Aquí nos encontramos con Chaumont, al frente de un convoy. Sarría se tiró del camión andando; y me dijo: ¡para! Fue al encuentro de Chaumont. Chaumont le pide que le entregue los prisioneros, pero Sarría se niega. Discuten acaloradamente... Yo no podía oír bien, pero... Ahí, Fidel vuelve a demostrar su valor y serenidad. Mientras Sarría discutía con Chaumont, Fidel aprovecha para hablarme de las armas escondidas. Me dijo que las guardara bien, porque después se iban a necesitar."

Leizán acota que cuando conversaba con Fidel, volvió Sarría visiblemente molesto y tiró la puerta del carro violentamente, y "me dijo: ¡Vamos, muchacho! y arranqué."

Se acaricia ligeramente el mentón y prosigue:

"Arrancamos. Chaumont iba delante en un *jeep* descapotado. Iba sin uniforme con *pull-over* blanco, porque él presumía de bonito. Seguía hablando. Con él iba otro comandante... Era Tandrón. Tandrón no tuvo problemas después. No fue asesino."

Un comentario aflora en sus finos labios:

"Óigame, hay que reconocer el valor de Sarria... Sarria se las juega todas, porque si Chaumont descubre que uno de los prisioneros era Fidel, allí no queda nadie. Chaumont había salido a buscarlo con un con- voy donde quiera que estuviera Fidel para matarlo."

¡Aléjate del Moncada!

Juan Leizán, locuaz y atento, cree recordar que el altercado Sarria-Pérez Chaumont, se suscitó entre las 9 y las 10 de la mañana de aquel primero de agosto, y que en contraposición con la orden de Pérez Chaumont de conducir a los prisioneros al Moncada, el honesto teniente no cumplió la orden para salvar a Fidel y a los demás prisioneros.

Leizán sigue el curso del relato: "Una vez en Santiago, en calle Cuarta y Garzón, ahí donde hay un servcentro, Sarria me dijo que doblara por ahí, porque era muy peligroso el tránsito cerca del cuartel, y luego me dio vía libre: 'Tú que eres camionero, que conoces bien esto, aléjate todo lo más posible del Moncada. Entonces a partir de ahí, yo era el que decidía por donde coger... Me desvié. Seguí hasta Cuabitas buscando a Yarayó. Todo Yarayó hasta... Cuando eso no se podía seguir derecho hasta Bacardí. Había que salir a Martí. Busqué Lorraine hasta el reloj de la Alameda. Subimos Aguilera... Y ahí, Sarria volvió a 'cortar' la calle con los guardias. Y después mandó a bajar a la gente."

Leizán se ajusta sus espejuelos de marcos llamativos:

"El propio teniente me abrió la puerta. Yo fui el primero en bajar. Luego Fidel con la camisa aquí... Entonces yo cogí la camisa y se la puse por encima. Fidel sonrió."

No se lo cuentes a nadie

Juan Leizán, como se recordará, fue capturado con el subgrupo A-1, los cinco asaltantes que estaban en la mata de algarrobo, sin embargo, frente al vivac de Santiago de Cuba, adonde Sarria condujo a Fidel y a los restantes del grupo el teniente le hizo una señal con la mano al joven Leizán. Éste se le acercó:

"Te voy a dar dos soldados para que te acompañen a casa. Vete para allá. No salgas hasta que te avise. Y no le cuentes a nadie nada de esto... Y me sacó del lio."

Mi segundo padre consejero

Visiblemente emocionado, Juan Leizán valora:

"Sarria fue como mi segundo padre de los consejos. Dos días antes de la detención de Fidel, él me había visto. Se había dado cuenta que yo estaba ayudando a los asaltantes... Luego de mandarme para casa, nos encontramos y me aconsejó que tratara que nunca me cogieran solo, porque el día que me cogieran no iba a aparecer ni el camión... que yo iba a aparecer quemado."

Una breve pausa y acota:

"A partir de esos consejos, yo comencé a cuidarme..."

Una interrogación reporteril; y Leizán:

"Sí, la guardia vino a verme. Me vinieron a ver. Yo estuve detenido muchísimas veces, pero nunca enjuiciado... De ahí para adelante, lo que hacía era siempre por medio de otros... Yo era gente *quemada* totalmente. Colaboraba en la parte-civil... en lo que era investigaciones... y eso..."

En La historia me absolverá

El 16 de octubre de 1953, en su alegato *La historia me absolverá*, el más grande de los discípulos de José Martí, denunció:

Por la madrugada eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron.

En otra parte de su trascendental alegato, Fidel valoró:

...admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarria, el teniente Camps, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballeramente a los de-

tenidos. Si hombres como éstos no hubiesen salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina que un uniforme.

La prensa de la época en la detención de los últimos asaltantes

En su edición el 2 de agosto de 1953, el *Diario de Cuba* publicó una amplia foto de Fidel Castro Ruz con el siguiente pie:

Joven abogado oriental en La Habana, jefe del movimiento revolucionario que asaltó al cuartel Moncada de esta ciudad, capturado ayer en la zona de Sevilla, como culminación de las gestiones realizadas por el Arzobispo Monseñor Enrique Pérez Serantes para evitar nuevos derramamientos de sangre a causa de los lamentables y dolorosos sucesos del pasado domingo en esta ciudad.

Si bien es cierto que el dignatario religioso Pérez Serantes y las denominadas clases vivas de la época, los clubes sociales, hicieron una serie de gestiones para evitar que continuaran los asesinatos, Fidel y los restantes siete capturados el 1º de agosto, no se salvan por esas gestiones, sino por la actitud humanitaria y valiente del teniente Pedro Sarriá Tartabull.

En la parte inferior de la primera plana, el periódico inserta las fotos de los demás integrantes del que ahora se clasifica como grupo A. En la referida gráfica aparecen Juan Almeida Bosque, Armando Mestre Martínez, Oscar Alcalde Valls, Francisco González Hernández, José Suárez Blanco, Mario Chanes de Armas y Eduardo Montano Benítez.

En la parte superior izquierda de la primera página, a un costado de la foto de Fidel, el rotativo titula: "Cede notoriamente la tensión con la detención del jefe insurgente Fidel Castro". Sigue un subtítulo: "Trasladados anoche a Boniato todos los presos que por esa causa estaban en el vivac."

La primera plana de la propia edición está encabezada por el cintillo a dos líneas: "Batista llegará a Santiago en las primeras horas del día; Alliegro y seis ministros arribaron ayer."

A los lectores jóvenes, lo más probable es que el nombre de Alliegro no les diga nada, Anselmo Alliegro Milá era el Presidente del Senado en el gobierno del 10 de marzo. Connotado batistiano, Alliegro ostentaba el título de segundo ladrón.

Sólo Batista lo superaba en el arte de acumular millones de pesos a expensas de los sufrimientos del pueblo.

El politiquero baracoense era dueño y señor de una oratoria fluida. Manejaba con fina habilidad el arte de justificar lo injustificable y de injustificar lo justificable. A Sócrates, uno de los más relevantes sofistas griegos, no le hubiera quedado más remedio que el de inclinarse ante los demagógicos argumentos de ese personaje de apellido italiano.

Pero sigamos con lo del periódico. Al cintillo desplegado en letras bien destacadas en negro, sigue el subtítulo: "Viene a imponer la Cruz de Honor al Regimiento Maceo".

A partir de ahí, se escribe:

En horas de la mañana de mañana domingo dos del actual, arribará a esta ciudad el Presidente de la República de Cuba, Mayor General Fulgencio Batista Zaldívar, C. de H., * al objeto de imponer personalmente la Bandera al glorioso Regimiento No. Uno de la G.R. † "Maceo", la más preciada y alta condecoración militar que se concede por primera vez en la historia de la República de Cuba, a la Bandera de algún Regimiento del Ejército de la República.

Batista, el sargento del 4 de septiembre de 1933, se autotituló más tarde mayor general. Inició, con el apoyo de los amos del Norte, su carrera de robos y crímenes. Se hizo llamar el hombre fuerte de Cuba. Varias veces detentó el poder, y el 10 de marzo de 1952, con otros generales secuaces, volvió a apoderarse de la República.

En *La historia me absolverá*, Fidel refiere:

Pero el honor que ganaron los soldados para las armas, muriendo en combate, lo mancillaron los generales mandando a asesinar prisioneros después del combate. Hombres que se hicieron generales de la madrugada al amanecer sin haber disparado un tiro, que compraron sus estrellas con alta traición a la República, que mandan a asesinar los prisioneros de un combate en que no participaron: éstos son los generales del 10 de marzo, generales que no habrían servido ni para arrear las mulas que cargaban la indumentaria del Ejército de Antonio Maceo.

Condecoran a los asesinos

La siguiente edición de *Diario de Cuba*, la del martes 4 de agosto (no se editaba los lunes), divulga la ceremonia de entrega de la Cruz de Honor, por Batista, al Regimiento Maceo.

* Cruz de Honor.

† Guardia Rural.

Resalta en la primera plana una foto del tirano cuando entrega el trofeo a los jefes militares de la segunda fortaleza militar del régimen usurpador.

El decreto presidencial para la condecoración dice en uno de sus tres Por cuantos:

El Artículo 341-A, del Reglamento General para el Ejército, 1928 en vigor, establece la "Cruz de Honor" como condecoración adecuada para premiar hechos excepcionales, que superen extraordinariamente los requisitos exigidos para la concesión de la Orden de Mérito Militar.

Indiscutiblemente que los hechos eran excepcionales. Jamás en la historia cubana se había asesinado de esa manera. Jamás un combate registró más muertos que heridos, pero mejor le pasamos la palabra a Fidel en *La historia me absolverá*: "Si el Ejército tuvo 19 muertos y 30 heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido 80 muertos y 5 heridos? ¿Quién vio nunca combate de 21 muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont?"

Y a renglón seguido argumentó:

Aquí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora en la Guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosas como en las que fueron vencidas las armas cubanas: combate de los Indios en Las Villas: 12 heridos, ningún muerto; combate de Mal Tiempo: 4 muertos, 23 heridos; combate de Calimete: 16 muertos, 64 heridos; combate de la Palma: 39 muertos, 88 heridos; combate de Cacarajicara: 5 muertos, 13 heridos; combate del Descanso: 4 muertos, 45 heridos; combate de San Gabriel del Lombillo: 2 muertos, 18 heridos... en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces los modernos adelantos de la ciencia médica que disminuye la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de 16 muertos por cada 1 herido, si no es rematando a éstos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible.

Y Fidel prosigue en su alegato:

Es una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en un combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar 10

prisioneros por cada muerto... Ése es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles ascendidos a generales el 10 de Marzo, y ése es el honor que le quieren imponer al Ejército Nacional. Honor falso, honor fingido, honor de apariencia que se basa en la mentira, la hipocresía y el crimen: asesinos que amasan con sangre una careta de honor. ¿Quién les dijo que el honor de un Ejército consiste en asesinar heridos y prisioneros de guerra?

La hipocresía y falsedad de Batista

En una parte de su "discurso", al entregarle la Cruz de Honor al Regimiento número uno "Maceo", el dictador Batista expresó:

Pero la gloria sólo está reservada para los bravos y para los patriotas, como estos gloriosos soldados del también glorioso Regimiento Maceo. Esa sorpresa infame no volverá a producirse. Los enemigos del régimen deben saber que no habrá guerra preparada que nos venza. El triunfo de los soldados orientales no sólo significa el triunfo contra los atacantes; sino también el triunfo de la justicia y el triunfo del pueblo.

¡Caballeroos!... ¡Qué buen, pero qué buen hijo de p... era Batista!

IX. Sí, aquí vinieron cuatro

El 12 de mayo, después que los reeditores estuvieron en el bohío donde fue capturado Fidel y en el lugar de los alrededores donde apresaron a los otros integrantes del grupo A, la pequeña columna, esta vez en vehículos, continuó la búsqueda de otras personas y lugares, que sirvieron de refugios a jóvenes del grupo de los 19.

Los vehículos se detienen entre el kilómetro 6-7 de la carretera de Siboney, donde se suscitó, el primero de agosto de 1953, la discusión entre el teniente Sarria y el comandante Andrés Pérez Chaumont. Después de la evocación del hecho por Juan Leizán Montero, los marchistas se proponen hallar el sitio donde se separaron y fueron detenidos cuatro asaltantes de los seis del grupo B.

Mario Lazo se dirige a Israel Tápanes: —¿Y la casa esa a la que ustedes llegaron...?

—Sí, una familia... No puedo precisar cuántos eran ni cómo eran...

Lazo le pregunta a Juan Leizán: —¿Dices tú que por aquí hay unas gentes que dicen que ayudaron a los moncadistas...? —Sí, vamos allá... Es cerca de aquí.

Mario Lazo concibe un interrogatorio comprobatorio. Apenas un minuto después, en el 5,5 km de la carretera de Siboney, finca La Redonda, donde había un tejár, los reeditores descienden de los carros y avanzan hacia la casa, guiados por Leizán.

Tras el saludo, Lazo explica, frente a la puerta de la vivienda de mampostería, a una señora de negra piel y pelos canos:

—Unos 30 años atrás unos compañeros vinieron... y estamos recordando ese recorrido. Nos han dicho que por aquí pasaron. Yo quiero que usted me diga cuántos compañeros eran.

—¿Qué compañeros?

—¿Cuántos compañeros pasaron por aquí?

—Ninguno.

—¿Ninguno? ¿Ningún compañero del Moncada pasó...?

—Ah, bueno... del Moncada...

—Sí, del Moncada.

—Ah, bueno, ahora sí. Sí, aquí vinieron cuatro.

—¿Alguno estaba herido por la cabeza?

—No, en una pierna. Yo lo curé. Hay uno que se llama Nápoles.

—Reinaldo Benítez Nápoles. Ése es el herido.

—Nunca se me olvidará.

Mi casita era de guano

Los corazones palpitan aceleradamente. Mario Lazo le señala a Israel Tápanes y le informa a Mercedes Silva: "Éste es uno de aquellos compañeros."

Un fuerte y emocionante abrazo se produce entre el combatiente y la humilde mujer, la cual ya está rodeada por el esposo y varios hijos.

Visiblemente conmovida, Mercedes exclama: "Yo siempre los he estado esperando... ¡Coño, chico, pero nunca..."

Y Mercedes repite con orgullo: "Vinieron cuatro... Mi casita era de guano... Mira, ahí senté yo al herido en un banquito..."

Surgen conversaciones simultáneas entre los cinco moncadistas y los integrantes de la familia. El reencuentro 30 años después es indescriptible. Los estrechones de manos, las palmadas y abrazos entre Tápanes y los demás asaltantes con aquellas humildes personas que el 30 de julio de 1953, brindaron hospitalidad y ayuda, con lo poco que tenían, a cuatro jóvenes de la Generación del Centenario, se multiplican...

Les busqué la manera de salir

Domingo Badell Balart, el esposo de Mercedes, dice: "Yo fui el que les busqué la manera de salir de aquí... Dos por aquí y dos por allá. Les dije salgan por aquí... Recojan mangos y salgan a la carretera."

Obrero de un tejár en aquella época, Badell cree recordar que los revolucionarios estuvieron en su casa alrededor de media hora.

De lo poco que teníamos les dimos de comer

Ahora estamos frente a otro Domingo. Es de mediana estatura, pero fornido. Es hijo, uno de los once hijos del matrimonio Badell-Silva:

"Benítez Nápoles se presentó aquí con otros y nos dijeron que eran asaltantes al Moncada, que eran muchachos honrados. Les dijimos que nosotros éramos pobres, que no teníamos nada, y de lo poco que teníamos les dimos algunas ropas y un par de zapatos dos tonos..."

Refiere que Benítez: "...me estaba dando una medallita y un reloj por la ropa, pero le dije que no. En definitiva nos dejaron unas medallitas y un saco de un traje, pero estaba ensangrentado. El viejo dijo que era peligroso tener ese saco aquí, porque los guardias estaban merodeando. Cogimos el saco y lo tiramos río abajo."

Narra que les dieron algo de comer a los jóvenes en aquella choza de guano, donde no tenían ni un armario, pero: "...a mí no me dolió lo que

yo daba, porque ya yo tenía 20 años, y razonaba. Veía el atropello y las injusticias que se cometían a diario con los infelices”.

Una pausa y comenta:

“Por aquí, esta carretera era un escenario de muerte en aquellos días del 26... ¡Tantos jóvenes asesinados!”

Una interrogación reporteril y Domingo, hijo: “La situación que teníamos era muy mala... Lo más que yo tenía era un tercer grado. Mis hermanos tampoco iban a la escuela, porque mi padre no podía pagarla. El tejar era lo único que teníamos. Allí trabajaba con mi padre para subsistir.”

Once hijos

Vemos a Mercedes Silva un poco más calmada de la intensa emoción, y la abordamos:

“Bueno, tengo once hijos. Todos ya estaban nacidos cuando vinieron los del Moncada. Yo ayudé a los revolucionarios, porque aquí éramos y somos revolucionarios. Muchos de mis hijos luego se alzaron.”

Separación en la lechería

Seguidos de los miembros de la familia Badell-Silva, los reeditores abandonan la casa mencionada. Mario Lazo desea saber dónde se produjo la segunda división del grupo B. Israel Tápanes le informa que fue en la lechería que había cerca. Allí se separaron tratando de burlar el cerco Montané y Rosendo, los cuales cogieron la carretera... “Después nos vimos en el vivac. Nos informaron que los habían capturado dos guardias de caballo como a 2 km, mientras caminaban hacia allá... por la carretera hacia Santiago”.

Juan Leizán señala el lugar, donde estaba la vaquería, y el asaltante reeditor de la ruta prosigue:

“Benítez y yo seguimos solos. Nos encontramos una camioneta amarilla. Y la gente: ‘Pero muchachos, ustedes... Ustedes son los alzados. ¡Váyanse de aquí que por aquí están los guardias!’”

Entonces la pareja de asaltantes decidió virar de la lechería y meterse en un arroyuelo, en una cañada. “Sentíamos la bulla de los guardias por allá... y los perros...”

—¿Ustedes vieron cómo se nubló esto de guardias? ¡Si nos cogen a nosotros nos linchan! —expresa Domingo el padre.

—El que no va a morir, no muere... —comenta Mercedes.

—Mira Benítez con esa pierna herida tantos días. Ya tenía hasta bichos en la pierna... —inquirió Tápanes.

Tiren de la cintura para arriba

Se avanza. La pequeña columna se detiene junto a un riachuelo en las cercanías. Con la orientación de Leizán y los Badell-Silva, Israel Tápanes reconoce el lugar donde él y Benítez fueron capturados por los guardias. Él, Lazo y el reportero penetran en la cañada de la antigua finca La Redonda, Tápanes rememora:

“Estaba más seco que ahora. ¡Había una seca en aquellos meses! Este riachuelo estaba casi seco. No como ahora. Y el talud este era más pronunciado. No tan bajo como ahora. Se supone que en 30 años... Toda una... Cambio del arrastre. Crecida del río... Este terraplén era más elevado aquí. Los guardias pasaban por ahí... al lado de los árboles, y nosotros desde este ángulo los veíamos y sentíamos pasar un camión... un jeep... o un... Y nosotros nos agazapamos... Así, agachados... Los guardias pasando por arriba y no nos veían. Yo le dije a Benítez: ‘si pasan por el centro del riachuelo nos van a detectar...’ Y decían: ‘tiren de la cintura pa’ arriba...’ Efectivamente, al poco rato sentimos un chapoteo. Había muy poquita agua. Un guardia nos detectó. Nos apuntó... Por aquí... por acá nos salieron dos. Yo le decía ahorita que el talud era más elevado que ahora...”

—Aquí se hizo un movimiento de tierra para hacer la carretera. Esto era más elevado... Pa’ coger relleno... Pa’ hacer la carretera —comenta Leizán.

Minutos después la pequeña columna reeditora vuelve sobre sus pasos. En un recodo del camino, otros familiares y vecinos de los Badell-Silva nos aguardan. La alegría se desborda en los rostros. Entre los que aguardaban conocimos a Caridad, una hija del matrimonio que colaboró con los moncadistas. Ella hoy es la secretaria general del bloque de la Federación de Mujeres Cubanas en la barriada.

X. El niño que se portó como un hombre

Después de salir de la antigua finca La Redonda, donde el 30 de julio de 1953 fueron apresados Jesús Montané, Rosendo Menéndez, Israel Tápanes y Reinaldo Benítez, cuatro de los seis miembros del grupo B, la pequeña columna reeditora continuó la marcha.

Coincidentemente, los únicos integrantes del B que lograron burlar la tenaz persecución batistiana, Mario Lazo Pérez y Severino Rosell González, forman parte de la comitiva que a bordo de dos *jeeps* soviéticos ahora va rumbo a la antigua finca La Dorotea.

Sobran las razones para que los corazones de estos dos luchadores y el de Ramón Veitía Barrientos, *Papito*, palpiten aceleradamente. Los dos primeros permanecieron más de un mes allí, tras los sucesos del Moncada y del escalamiento por las lomas en el grupo de los 19. El último, Papito, era entonces un niño de 14 años de edad, cuya situación económica lo llevó a trabajar en la lechería de esa finca. Él era el que les llevaba los alimentos a la pareja de moncadistas, quienes se ocultaban en una elevación de las proximidades.

Un guardia se metió en el granero y no te vio

Treinta años después, de nuevo en la vaquería, Ramón Veitía Barrientos, el Papito de 1953, toma la palabra:

"Yo estaba limpiando aquí... Eran como las cinco y media o seis de la mañana... Entonces me llaman, y hago así y veo... Me halan y me preguntan: '¿Y la gente de la finca está... los dueños de la finca?' ¡Viven ahí, en la casa esa... Y corrimos para allá."

Reeditamos los pasos hacia la cercana residencia, un palacete campestre, y Veitía Barrientos expone:

"Aquí había una mata de granada... Entonces llamo a Benjamín*... Ustedes dos se pararon aquí. Benjamín y Barbarita, la esposa de Benjamín, vinieron. ¿Y ustedes qué han hecho, hijos?, les preguntó Barbarita. Les brindó un vaso de leche, pero creo que el compañero (señala a Lazo) no quiso tomar, y el compañero (se refiere a Severino) se tomó dos vasos..."

—Sí, pero yo me tomé las dos tazas de chocolate primeras que vinieron —comenta Lazo.

* Benjamín Arza, dueño de la finca La Dorotea, abandonó el país después del triunfo de la Revolución con su mujer e hijos.

—Barbarita le dijo a Severino: '¡Toma que está rica!' De ahí cogí y me fui para allá. Yo dormía en un cuartico que estaba por aquí... Ah, mira, el cuartico lo desbarataron... —expresa Veitía.

—El cuartico estaba por aquí, ¿no? —pregunta Lazo.

—El cuartico estaba aquí... Ahí había una mata de toronjas... muy grande —responde Veitía.

—¿Dónde estaba el granero? —pregunta Severino.

—El granero estaba allí. Lo desbarataron... Ah, bueno, en ese granero, ustedes no se dieron cuenta, pero aquí llegó una camioneta "Internacional" colorá con seis guardias. El compañero yo no sé dónde se metió (Lazo), pero tú estabas (Severino) metido en el granero. Uno de los guardias penetró en el granero, pero no te vio. Yo estaba asustado... —comenta Veitía.

—Nosotros dormimos arriba de una pila de sacos, —interviene Severino.

—Benjamín me dijo: coge el caballo, y ve a ver si esa gente se ha ido. Bajamos, pasamos por la portería, y yo me quedé arriba, en el altico, vigilando el rumbo de los guardias —inquirió Veitía.

Aquí, aunque venga la guardia

La emoción de los tres hombres va en aumento. Arden en deseos de ir a la elevación, donde hace treinta años la historia los identificó. Lazo, amablemente, convoca: "¡Los que quieran ir allá arriba que nos sigan!"

Guiados por Ramón Veitía, *Papito*, la mayoría de los reeditores emprende, a pie, el próximo periplo. Otros quedan esperando en la lechería.

El avance es dificultoso desde el primer momento. Rebasamos enormes lajas de un arroyo prácticamente seco. Ganamos una elevación, antesala de otra elevación mucho más pronunciada y cuajada de un alto herbazal.

Trasponemos una cerca de alambre de púa. Se decide hacer un alto junto a la cerca, debajo de un árbol.

Durante el receso, Mario Lazo, moncadista, prosista y siempre poseedor de una conversación atractiva, recuerda:

"Un día empezó a llover que aquello era... ¡señores!... Tuvimos que poner un palito... así... unas yaguas. Lluve... lluve... desde por la mañana hasta por la noche. Nos dijimos: 'Papito mañana no puede venir aquí, porque ese arroyo se lleva el caballito.' Y dijimos: 'vamos a pasar para allá... ¡Vamos para la lechería!' Y partimos por la tardcecita. Al acercarnos esperamos que oscureciera. Llegamos a la casa y tocamos: 'Benjamín, mire como estamos.' Y nos dijo: 'Ustedes tienen que irse

para allá, hijos.' Le dije: 'No, aquí, aunque venga la guardia.' 'Bueno, quédense esta noche aquí, aceptó. En un bohiito, nos quedamos allí esa noche.'

Mijitos, nos están comprometiendo

Una sonrisa contagiosa, y Lazo adiciona:

"Al día siguiente, Benjamín, con un farol, como a las cuatro y media de la mañana: ¡Arriba! ¡Arriba! Entonces me toca a mí por los pelos y me dice: Tú pareces medio jabaíto. Y le digo, Benjamín, mire cómo está lloviendo, nos vamos a... No, no, vayan para allá... Le dije: un ratito más a ver si escampa. Y todo el día llueve, llueve... y así estuvo 72 horas más o menos. Y al tercer día me dice Benjamín: Ya se tienen que ir, la guardia está cerca... Nos están comprometiendo, mijitos. Entonces ¡pan!, volvimos para acá. Ya nosotros, más o menos, sabíamos el camino."

Todos los días en un caballito

El tono de la voz de Mario Lazo adquiere nuevos matices, al evocar:

"Ahora, también hay otra cosa: *Papito*, Ramón Veitia, tendría unos 14 años. Y todos los días hacia este viaje en un caballito. Por la mañana, como a la diez, nos traía el desayuno: café con leche, pan con tortilla y también una caja de cigarros. Por la tarde, como a las tres: una lata de arroz, frijoles, carne, huevos, en fin lo que hubiera... café y un par de litros de agua."

Siempre de buen humor, Severino Rosell aprovecha para bromear con su entrañable compañero:

"La cuestión más importante es que Mario tenía herido el brazo derecho, pero 'bateaba' más rápido que yo con la zurda." (RISAS)

—En la misma lata teníamos que comer... —expresa Lazo.

—Cuando yo cogía una cucharada, éste daba cuatro —dijo Severino (RISAS).

Ramón Veitia, *Papito*, dirige una pregunta a Lazo, y éste responde: "Aquí estuvimos aproximadamente un mes."

El equipo reeditor vuelve al ascenso. Las hierbas son lo suficientemente altas como para tapar a los columnistas. Jadeantes, los hombres ganan la cima. Papito explorará con la vista los contornos: "¡Este no es el lugar!", comenta contrariado. Mira hacia una loma, en la distancia, y reconoce: "¡Es aquella!"

Treinta años después, cualquiera no recuerda bien. Los corazones de Lazo, Severino y Papito siguen su acelerada palpitación. Desean, de

todas formas, llegar al lugar, adonde se ocultaron los dos primeros. Hacia allá se sigue. La distancia no es muy corta que digamos.

El breve receso analizador de la orografía invita a continuar con el tema. Edgar Ivonnet Prats, el profesional de la Geografía, encargado de ubicar los lugares históricos en su mapa cartográfico, inquiere que quién hizo el contacto con Santiago de Cuba para que los dos combatientes se trasladaran a esa ciudad.

Lazo le responde que fue Radamés, un hijo del dueño de la finca, quien vio a Evelio Goderich y a Alfredo Guerra. Recuerda que antes de ir a Santiago tuvieron que cortarse el pelo y afeitarse allí mismo en la loma, pues "yo tuve que pelar, con la mano izquierda, a Severino".

El propio geógrafo indaga sobre la herida de Lazo, y éste: "Cuando llegué a Santiago, me vio un médico y me dijo que ya no había que hacer nada. La herida había sanado."

Lazo rememora que se ocultaron, Severino en casa de José Espín, padre de Vilma Espín; y él fue protegido por varias familias, sobre todo por los Atala-Medina.

¡Este es el lugar!

La voz de Papito retumba emocionada, mezclada con el susurro de la vegetación: "¡Este es el lugar!" Los "alpinistas" detienen la marcha. Todos hablan a la vez. "¡Al fin llegamos!", exclaman.

Papito trae a colación que la señal, cuando él les traía los alimentos a Severino y a Lazo, era un silbido que él hacía, desde una distancia prudencial. Adiciona que él, a veces llegaba con el caballo y otras, no.

Severino, aún sin despojarse de su mochila, pregunta: —¿La del lado allá también es La Dorotea?

—Estamos entre La Dorotea y La Begonia. El dueño de La Begonia también era lechero —contesta Veitia.

Un palo entre dos matas para no rodarnos

"Con un palo atravesado entre mata y mata dormíamos para no rodar loma abajo", recuerda Severino, Vero, Rosell.

Mario Lazo rememora que según los cálculos llegaron a la finca el 30 de julio de 1953, y que Papito los condujo hasta ese lugar indicado por el dueño de la lechería.

Lazo comenta que por allí, en los alrededores, durmieron en varios lugares para comprobar si las cosas marchaban bien, pues no conocían al dueño de la finca, y Papito era un niño.

Acota que después de escuchar el chiflido del niño, al llevarles los alimentos, "...a veces bajaba Vero, otras, yo... o los dos, según..."

Mario Lazo oprime levemente el hombro izquierdo de Ramón Veitia Barrientos, el Papito de 1953, y de sus labios brotan estas palabras:

"Ahora estando aquí, uno se pone a pensar en aquellos momentos difíciles para nosotros, y verdad vemos la grandeza... Papito, un muchachito que era... Tenía 14 años y se portó con nosotros como un hombre (estrecha la mano de Veitia)... y que esa emoción se revierta cada día en el trabajo de Papito, como un técnico, las innovaciones como las viene haciendo y actuando siempre como un revolucionario sabedor de que él fue uno de los que ayudó a los compañeros que iniciamos la Revolución el 26 de julio de 1953."

No sé por qué me pareció notar que los pardos ojos de Papito se humedecieron. Mario Lazo siguió hablando en aquel promontorio, donde él y Vero se ocultaron durante más de un mes:

"Y por eso está aquí Mayito, porque Mayito es la continuidad de este proceso... Mayito te tiene un gran cariño a ti, un aprecio... porque él conoce eso. Sabe que tu nombre fue escrito por Vero y por mí. Yo he hablado en distintas conferencias sobre ti... Aunque Mayito, mi hijo, no te conocía, tu nombre siempre salía a relucir."

Lazo entrelaza sus brazos:

"...Y nosotros queremos en todo momento saber que tus hijos y que tú son portadores de esa actitud revolucionaria que te impregnamos los compañeros que pasamos por aquí. Ése es el Partido, ésa es la Revolución como dice el compañero Fidel. Eso es lo que queremos llevarnos de ti, y que tú siempre recuerdes estas palabras. Que estas palabras te sirvan, ¡coño! de motivación para enfrentar los problemas en el orden militar, en el orden político, en el orden... en todos los órdenes."

Las manos de Lazo y Papito, 30 años después, se vuelven a estrechar fuertemente. El rostro de Papito se perla de sudor. Quizás esta vez no lo pudo evitar. El sudor de su rostro pudo haber disimulado lágrimas.

* Mario Lazo Atala, oficial de las FAR especializado en la URSS. Es hijo del moncadista Mario Lazo Pérez.

XI. Protegidos en Casa Azul y Aguadores

En horas del mediodía del 12 de mayo, los reeditores regresaron a la casa de Juan Leizán, en Sevilla. Allí la comitiva almorzó en campaña. Mangos de bizcochuelo de la finca de Leizán constituyeron un delicioso postre para los caminantes.

En las primeras horas de la tarde, con Juan Leizán, como guía, el automóvil conducido por éste y los dos *jeeps* soviéticos se dirigieron a Aguadores y a la antigua finca Casa Azul, al sur de la ciudad de Santiago de Cuba.

A esa zona fueron a parar tres de los 19. Los que allí llegaron en aquellos días de julio de 1953 pertenecen a lo que el equipo reeditor señaló como grupo C. Sus nombres: Ricardo Santana Martínez y los hermanos Orlando y Roberto Galán Betancourt. Como se recordará, el grupo C se escindió del original A, el día 28 en la Cantera de Mármol de la finca Soledad, mas inmediatamente se produjo una subdivisión. Cogieron rumbos diferentes tratando de escapar al cada vez más creciente asedio del ejército de la tiranía.

De esa manera, al subgrupo integrado por Ricardo Santana y los hermanos Orlando y Roberto Galán Betancourt, lo identificamos como C-1.

Quiere eso decir que a Jaime Costa Chávez y Gerardo Granados Lara se les subclasifica como C-2. Los dos fueron a dar a la zona de Sumapax, cerca de El Cristo, y, luego de un tiempo en Santiago de Cuba, salieron hacia Honduras en una embarcación de la compañía maderera Babún, como se expresa en el capítulo anterior.

Añorado encuentro

La pluma y el papel son insuficientes para describir las escenas del encuentro de los moncadistas con los vecinos de Casa Azul, El Marquesado y Aguadores, que contribuyeron a salvar las vidas de tres asaltantes al Moncada. Uno de ellos, Ricardo Santana Martínez, abraza emocionado a sus protectores, gentes humildes que corrieron todos los riesgos acarreados en virtud de la ayuda a lo mejor de la Generación del Centenario del Maestro.

Ifraín Zamora Acuña, los hermanos Pedro, José, Camilo y Mariano Díaz Rodríguez, *los Galleguitos*; y los también hermanos Félix, Teodoro y Ángeles Núñez Mora, los colaboradores más allegados de los tres asaltantes, vuelven a vivir momentos inolvidables, tres décadas

después. De ellos aún viven por allí Mariano Díaz Rodríguez y los Núñez. Los restantes, volvieron al sitio para tener el placer de abrazar a los reeditores de la ruta de los 19.

Los carros se detienen inicialmente en Aguadores, donde aguardan los colaboradores. Ahora, guiados por ellos, se prosigue el avance indagador hacia el lugar conocido por Casa Azul. Se desciende de los vehículos. Se avanza hacia una elevación poco pronunciada. Mario Lazo, de inmediato, quiere esclarecer la fecha y la hora aproximada en las cuales los tres miembros del C-1 llegaron allí.

Ifraín Zamora Acuña, máximo protector de los tres asaltantes, manifiesta su criterio. Trata de buscar en la memoria un hecho acontecido seis lustros atrás.

Ricardo Santana, uno de aquellos tres audaces jóvenes, rememora que deambularon desde el 28 de julio por la tarde, cuando el grupo se escindió en la Cantera de Mármol, y que de acuerdo con la distancia que hay hasta allí y su desconocimiento del terreno debieron llegar a la zona de Casa Azul, el 30 de julio. Se queda en esas conclusiones en cuanto a la fecha.

Sobre la hora, Ifraín recuerda que él había regresado a su casa a eso de las once de la mañana, y que sería ya el mediodía cuando los tres jóvenes llegaron a su humilde morada.

Ricardo Santana, por su parte, refiere que el mediodía era bastante avanzado. Y estima que recalaron allí tras dormir una noche en el camino, entre las dos y tres de la tarde. Ésta es la anotación que va a las libretas de Mario Lazo y del periodista, y a los documentos del geógrafo Edgar Ivonnet.

¡Métense ahí en el monte hasta que yo...

De india piel, pelo negro y dos inquietos ojos bajo cristales de finos aros, Ifraín Zamora Acuña recuerda a los 30 años del asalto al Moncada.

"Nos percatamos de su llegada, cuando ya estaban en mi casa... Estaban con las ropas desgarradas, porque toda la manigua es bejuco, diente de..."

El asaltante Israel Tápanes indaga:

—¿Llegaron atravesando todas esas lomas?

—Atravesaron todas esas lomas desde la carretera de Siboney hasta la playa de Aguadores —responde Ifraín.

Ricardo Santana coincide con lo dicho. Ifraín prosigue:

"Lo primero que hicieron fue pedir agua. Se les dio. Tomaron con ansiedad... desesperados. Nos dijeron que tenían varios días sin comer.

Les dimos leche. Ricardo se tomó una lata de esas de chorizo. Se la tomó llenita de leche."

La voz de Ifraín es cada vez más emotiva:

"Antes de la llegada de los muchachos, ya los guardias habían estado aquí preguntando si habíamos visto a alguien vestido de militar, aquella ropa amarilla que usaban..."

Una breve pausa:

"Después que los tres comieron algo, preguntaron si había salida hacia allá. Le pregunté qué por qué querían... No, nosotros somos asaltantes al Moncada, y estamos buscando salir para irnos a nuestro pueblo... Yo les dije: si ustedes salen de aquí los van a matar enseguida que los vean. ¡Métense ahí, en el monte, hasta que yo les avise!"

Ametralladoras en los caminos

De cuerpo enjuto y rápido andar, Pedro Díaz Rodríguez, uno de los cuatro hermanos conocidos por los galleguitos, 30 años después guarda en su memoria:

"Aquí era la casita donde estaba la viejita con el compañero Ifraín. Ella fue la que me avisó cuando ellos llegaron a pedirle agua. Ella le dio agua, un paquete de plátanos y una penca de bacalao, y en eso el Ejército que subía por donde mismo subimos ahora.

"Ella les dijo: ¡huyan! y ellos cogieron por aquí pa' bajo. Yo le pregunté a la mamá de Ifraín y me dijo que ellos iban por la mata de guayaba... Ese mismo día había ametralladoras 30 y 50 en los caminos. Comenzamos a buscar a los tres muchachos y la búsqueda duró hasta el otro día a las nueve de la mañana que Ricardo Santana sintió que le gritaban: ¡Ricardo, Ricardo...! Entonces Ricardo salió y le dijo a mi hermano: Nosotros somos de Artemisa, aquí nadie nos conoce."

Les hicimos una camita de cujes

Ifraín narra:

"Mi mamá se acordaba del nombre, porque Orlando Galán lo llamó por Ricardo cuando llegaron a casa. A mi mamá se le quedó ese nombre grabado... Llegó mi mamá y dijo: llámenlo por Ricardo. Es así como dice Pedrito que él y su hermano Pepe iban llamando a Ricardo... Ricardo... Acordamos que el primero que los encontrara diera un silbido. Yo salí a caballo dándole vuelta a todo esto... Sentí que estaban silbando. Era mi mamá y ellos que los habían encontrado."

Señala con su índice la loma de enfrente:

"Después los ubicamos ahí en la lomita que se ve... Les hicimos una camita de cujes y les echamos un matojo verde arriba pa' que no se

viera. Ahí estuvieron alrededor de seis meses. Mi mamá era la que les llevaba todos los días el desayuno y el almuerzo. La comida era yo el que se la llevaba... Y Pedrito y Pepe también."

El moncadista Ricardo Santana interviene:

"A los tres meses empezamos a bajar... a dejarnos ver. Nos quedábamos aquí..."

Ifrain vuelve a apoderarse del relato:

"Un día hubo un problema allá arriba con uno que le dicen El Tuerto, uno que cortaba yuraguana. Él no sabía nada del asunto de los tres asaltantes que teníamos escondidos allí. Andaba buscando yuraguana y se encontró con ellos..."

—El hombre es de apellido Limonta. Simpatizó con nosotros e incluso nos ofreció ayuda —expresa Santana.

—El hombre se portó muy bien. No le dijo nada a nadie. El Tuerto hoy está bien integrado a la Revolución. Está en la caña movilizado en estos momentos —comenta Ifrain.

¡Ese guajiro no sabe na'!

Un nuevo recuerdo evoca Ifrain:

"Como a la semana de estar escondidos los tres asaltantes, parece que los guardias tuvieron noticias de que los muchachos andaban por aquí, y estuvieron buscándolos. Llegaron los guardias en los caballos aquellos preguntando, y yo les dije que no había visto a nadie. Como a los tres o cuatro días volvieron y me dejaron una citación. Yo no estaba en casa. Era pa' que fuera al Escuadrón 11, en el cuartel Moncada. Allí me amenazaron. Me dijeron que yo sabía algo, que me iban a matar. Me enseñaron una celda allí. Te vamos a meter ahí... Entonces un sargento fue el que salió cuando me estaban apretando, y dijo: ¡Ese guajiro no sabe na'. Dejen a ese hombre que se vaya!"

Primos de mi mujer

"Como a los seis meses, los muchachos pasaron a vivir en mi casa. Pasaban como primos de mi mujer. Ellos para poder sobrevivir hacían carbón conmigo. Me ayudaban. Orlando un día se cortó... Una herida muy grande con un machete. Fue en la mano. Tuve que llevarlo a un médico amigo mío. Lo llevé en la carretilla. Y ahí fue cuando le pusimos a Orlando el nombre de Julio Planas".

Ifrain continúa:

"Tuvieron que hacerle una operación. Había que ponerle un nombre. El médico lo llevó al hospital. Lo curó, y lo volví a traer para acá."

Unas gentes firmes

Ifrain refiere que los Galleguitos, con los cuales se llevaba muy bien, eran unas gentes firmes y "...me decidí a comunicarles la presencia de los asaltantes, porque la situación de la época no era fácil, y ellos tenían más medios de vida que yo. Ellos ayudaron mucho."

Ricardo Santana aprovecha para reconocer la solidaridad de los Galleguitos, y trae a colación que uno de ellos, Pepe, iba a la loma todos los días a verlos y a llevarles algo.

XII. Encuentro en casa de los Nuñez un año después

Tres décadas después, Ifraín Zamora Acuña rememora:

"Aproximadamente al año de estar aquí, Ricardo Santana me dio la misión de ir a Artemisa para que su familia supiera de él. Ricardo dejó una clave con el dueño de una tienda allá: consistía en que yo me presentara y dijera: ¡Vengo de parte del número cinco!

"Así fue. Llegué. Pedí un refresco. Pregunté por el dueño. Lo llamaron y le di la contraseña. Me mandó a pasar a la trastienda. Mandaron a buscar a Nérida Chirino, la señora de Ricardo, la cual creía que a Ricardo lo habían matado. Su alegría fue tremenda. Fueron buscando a los familiares uno por uno. Mandaron a buscar al padre de Severino Rosell, Vero."

Ifraín se ajusta sus espejuelos de finos cristales y continúa:

"Me llevaron a casa del padre de Severino. Vero había sido protegido aquí en Santiago en casa del padre de Vilma Espín, y meses después se exilió en Costa Rica."

Subraya que lo llevaron a ver familias de otros asaltantes al Moncada. Le dieron nombres para ver si daba con ellos. Estuvo haciendo indagaciones, pero nada... Y cuando regresó, después de una semana en Artemisa, la alegría de los tres muchachos fue grande.

Maquinalmente los puños de Ifraín se cierran. Su voz denota uno de los momentos más angustiosos que vivió:

"Como al año y pico de estar los asaltantes aquí, el dueño de la finca me dijo que tenía que irme, porque el negocio no daba para pagarme los 35 pesos mensuales que me daba. No me habló de otros motivos, pero él sabía que yo había sido citado al Moncada en más de una ocasión. Parece que cogió miedo. Ésos fueron los momentos más difíciles que viví yo, pues no tenía, entonces, donde vivir."

Ahora los brazos de Ifraín se entrelazan. La tensión del amargo recuerdo parece haber disminuido algo:

"Un amigo me ayudó a sacar la mudanza para carretera de Bacardí, en San Pedrito, donde entonces vivía Plácida, mi madre, la cual murió hace más de dos años. Allí en el corredor de la casa hice una tiendecita, y puse a Roberto y a Orlando Galán de dependientes, porque Ricardo Santana ya había ido para La Habana, y luego se asiló en Méjico. Los hermanos Galán permanecieron aquí en Santiago hasta la amnistía política de mayo de 1955."

La madre de Vilma me consiguió trabajo

"Ya con el timbiriche en el corredor de la casa de mi mamá en carretera de Bacardí, conseguí trabajo en la construcción de la refinería. Conseguí el trabajo por mediación de doña Margarita, la madre de Vilma Espín. En casa de los Espín habían escondido a Severino Rosell. Ellos sabían que yo tenía escondidos a muchachos del Moncada."

"Era cuando empezaba la construcción de la refinería. Trabajé como 'machetero'. Eso ahora se llama cooperario. El 'machetero' era el que hacía tronchos... Iba tirando líneas. Entonces yo trabajaba allí, mientras los moncadistas Orlando y Roberto Galán me atendían la tiendecita. Ellos pasaban como primos de mi mujer."

Indagamos sobre cuántas personas conocían de la presencia de los moncadistas en su casa:

"Eran muy pocos. Además de nosotros y de los hermanos Díaz Rodríguez, los Galleguitos, y los Núñez, lo sabía Walfrido Vargas, el Botellero. Lo llamaban así, porque tenía un establecimiento de lavar botellas para la cervecería. Era mi compadre. Una gente de mi confianza; y también El Tuerto, el recogedor de yuraguana que se encontró con ellos casualmente como ya te conté. Este hombre se portó muy bien. No comentó nada, y ayudó, por lo tanto a salvar las vidas de los muchachos..."

Era tan horrible la vida que se vivía

La entrevista con Ifraín, comenzada entre los maniguales de la zona conocida por Casa Azul, ahora continúa en Aguadores, en casa de uno de los Galleguitos. La interrogación periodística es en torno a la causa de su colaboración con los revolucionarios:

"Bueno, chico, en primer lugar siempre he tenido un sentimiento revolucionario. Mi padre fue veterano en la Guerra de Independencia, y me enseñó a luchar contra lo malo. Era tan horrible la vida que se vivía, la opresión en que la tiranía tenía a uno. Vivíamos tan mal... ¡A esa gente había que tenerles odio, chico. El que no sentía odio por esa gente era porque era de las mismas condiciones de ellos."

Sacamos armas de la Base Naval

Hoy trabajador de la Empresa Constructora de Obras de Arquitectura No. 21 (ECO-A-21), secretario general de la organización sindical en esa, militante del Partido y político de un batallón de las Milicias de

Tropas Territoriales (MTT), Ifraín Zamora Acuña, a petición del reportero, refirió que en 1956 ingresó en las Milicias del Movimiento 26 de Julio. Perteneció a una célula dirigida por Walfrido Vargas. La misión era evitar que entraran refuerzos por la zona del matadero en caso de producirse una acción contra la tiranía.

Cumpliendo instrucciones del M-26-7, en 1957, comenzó a trabajar en la Base Naval de Guantánamo, donde vendía bonos de diferentes denominaciones y sacaba armas en coordinación con cubanos ocupantes de cargos de importancia en el enclave yanqui. "Las armas las metíamos debajo de un parapeto que se le preparó a un camión", recuerda emocionado.

Narra que las armas y balas antes de llegar a Boquerón, se las entregaban al comandante rebelde Félix Pena.

Una sonrisa de satisfacción aflora a su rostro:

"Para despistar, siempre llevábamos cantidad de cigarros y algunas ropas en el camión. Muchas veces los casquitos registraron. Nos cogían los cigarros y ropas. Las armas no la podían ver."

Nos sirve de gran satisfacción

El diálogo periodista-entrevistado regresa a la actualidad. Ifraín expone su satisfacción en virtud del encuentro con Ricardo Santana. Cuenta que Orlando Galán se pasó una semana en su casa el año pasado, y que cuando él va a Ciudad de La Habana es muy bien atendido por los tres moncadistas.

Ifraín hoy no se queja de nada. Tiene dos hijos cumpliendo misiones internacionalistas en Angola. Marcos Antonio y Guillermo son sus nombres. El primero es teniente graduado en la escuela Antonio Maceo.

En casa de los Núñez, Lazo se encuentra con los tres

La comitiva reeditora de la ruta de los 19 llegó, en la tarde del 12 de mayo de 1983, a casa de los hermanos Félix, Teodoro y Ángeles Núñez Mora, donde en 1954 se encontraron Mario Lazo, Ricardo Santana y los hermanos Galán.

La fecha la precisa con exactitud Ángeles. Se festejaba su cumpleaños. Ella nació un 2 de agosto.

Hoy, con 62 años de edad, Ángeles expone:

"Nosotros conocimos a los tres muchachos, en casa de Ifraín como a los tres meses de ellos estar aquí. Yo me imaginaba que Ibis Atala, una amiga mía, muy revolucionaria, debía saber de algunos moncadis-

tas, que entre los revolucionarios se comentaba que estaban en Santiago de Cuba. El día de mi cumpleaños vino ella con sus primas y trajeron a Mario Lazo."

Refiere que los otros moncadistas estaban jugando barajas debajo de una mata de mamoncillos cerca de la casa, y que cuando Mario Lazo los vio se asombró de la alegría. "Hablaron unas palabras y se alejaron... Después volvieron, porque estábamos asando un macho" ...ya tú sabes, era mi *santo*."

Con voz queda, la venerable anciana responde una pregunta del periodista:

"No, ésta no es la misma casa. Era de madera, pero está en el mismo lugar."

Ahora es Félix, quien contesta la próxima interrogación:

"Nosotros éramos lecheros. Ahora somos pequeños agricultores... Este lugar se llama El Marquesado."

No sabía en qué lugar estaban

El acontecimiento visto por Mario Lazo:

"Yo sabía que ellos estaban vivos, pero no sabía en qué lugar estaban. Hubo la coordinación entre la familia Atala Medina con la familia de acá. Me traen a una comida. Ellos sabían lo del encuentro. A mí no me habían dicho nada. Cuando llego aquí, me encuentro con Orlando, con Santana... Fue una gran sorpresa para mí."

Con el índice de su diestra, Lazo empuja suavemente su gorra verde olivo hacia atrás:

"Después de la sorpresa, estuvimos conferenciando cerquita de aquí. Salimos de aquí conversando y nos enteramos de toda la situación."

Los 19 sobrevivieron

El periplo de los reeditores concluyó allí en la zona de Casa Azul y Aguadores. La relocalización realizada durante tres días no sólo fue de lugares históricos, sino, además, de más de un centenar de personas que directamente, en las montañas y el llano, ayudaron a salvar las vidas de 19 moncadistas, entre ellas, la del hoy invencible Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz.

¹ Se le llama al cerdo en Santiago de Cuba.

Uno de los 19 es fallecido, Armando Mestre Martínez, quien cayó en la Sierra Maestra, tras el desembarco del "Granma"; y cuatro de ellos traicionaron a la Revolución.

En los próximos capítulos ofreceremos entrevistas con colaboradores de los moncadistas, que reiteran los versos martianos:

*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.*

XIII. Esmérido, primer práctico de Fidel

Con sumo gusto hacemos la presentación: macizo y negro como el ébano, Esmérido Rivera Ruá, el primer práctico de Fidel, después del asalto al cielo.

Esmérido viajó desde Camagüey, donde reside a partir del triunfo de la Revolución, para formar parte de la pequeña columna reeditora de la ruta de los 19 asaltantes al Moncada que tomaron las montañas de la Cordillera de la Gran Piedra, tras fracasar el factor sorpresa en la segunda fortaleza militar de la tiranía.

El primer guía de Fidel, conforme lo acordado, se unió a los reeditores el 10 de mayo, en el lugar conocido por El Refugio, donde estaba el bohío de su abuela Eleocadia Garzón, *Chicha*, desde donde partió el 26 de julio de 1953 detrás del grupo de héroes. Esmérido tiene la palabra:

"Yo tenía cuando eso 24 años. Me encontraba en un lugar llamado Bellavista. Al llegar a casa de mi abuela, ella me dijo que allí habían estado unos hombres que atacaron al Moncada. Sentí a unos perros ladrando. Miré hacia abajo y me pareció que los guardias se acercaban. Volé por una ventana y comencé a seguir el rastro hasta que los encontré. Me dieron el alto. Me llevaron con el jefe: un hombre alto, el más alto de todos. Yo no sabía quién era. Le dije que yo era el nieto de Chicha. El hombre grande me dijo: Óyeme, quiero que nos llesves a la Gran Piedra..."

La entrevista con Esmérido se lleva a cabo en Altos de Ocaña, frente a la antigua casa de Justino Rigel, ocasión en que los reeditores hacen un alto para el almuerzo en campaña.

A más de 400 m sobre el nivel del mar y tras el recorrido ascendente a 5,7 km, Rivera Ruá narra que en contraposición con la petición de Fidel: ir a la Gran Piedra, él le manifestó:

"No, a la Gran Piedra, no... Vamos río arriba a coger Ocaña que es más cerca. Ustedes están aquí en una ratonera. Están entre dos caminos, en un hoyo... Entonces empezamos a caminar. Llevaban herido a Benítez en una pierna. Como a 500 m antes de llegar al camino, nos sentamos debajo de una mata de mamoncillos. Yo llevaba un pantalón de kaki corte de tubo que se usaban en la época. Fidel me propuso cambiarme el pantalón, porque el que él llevaba era el amarillo de guardia, pero desistió del cambio ante el peligro de que el Ejército me fuera a coger..."

El hombre grande me dijo: ¡hasta aquí!

Esmérito rememora hechos que jamás escapan de su memoria:

"Seguimos avanzando, y ya en el cruce del río Carpintero y el camino de la Gran Piedra, el hombre grande me dijo: ¡hasta aquí! Entonces todos me dieron la mano."

Ya te avisaremos cuando llegue la buena

Ricardo Santana, uno de aquellos 19 jóvenes asaltantes al Moncada, interviene:

"Hay una cosa importante: cuando Fidel le dice a Esmérito que regrese, él manifiesta: yo quiero seguir con ustedes... Fidel le dijo: no, ya te avisaremos cuando llegue la buena."

Rivera Ruá continúa su relato:

"Después que todos me dieron la mano, les di los cigarros que llevaba... cigarros *Eva*. Armando Mestre me dijo: óyeme, no nos vayas a denunciar. Yo le respondí: no los hubiera traído hasta aquí."

¡Ese negro de m... no sabe na'!

Después de una breve pausa, Esmérito recuerda:

"Ellos siguen. Yo les indico por dónde deben coger. Comienzo a bajar. Me encuentro con los guardias. Uno de ellos me estaba halando con el cañón del fusil hacia un farallón. ¡Te voy a matar!, me dijo. Decían que yo había sacado a la gente de allá abajo. Entonces un guardia que estaba sobre un camión gritó: ¡Oye, deja al negro de mierda ese. Ese no sabe na'. Yo creo que eso fue lo que me salvó."

Un guardia de la tiranía me mandó a decir que huyera

Esmérito continúa con sus recuerdos:

"Ya en casa de mi abuela, llegó un guardia, un tal Correoso, y dijo: cuando sepamos quién fue el que sacó a esa gente de aquí, lo voy a pasar por la piedra. Yo estaba nervioso. Pasó eso, y a los dos o tres días un guardia de la dictadura que yo conocía, me mandó a decir que huyera, porque sabían que había sido yo el que había sacado a la gente. El guardia se llamaba La Rosa. Murió luego del otro lado, defendiendo a la tiranía."

Me dicen "el muerto"

El joven Esmérito se ocultó en la zona de la Gran Piedra, días después del 26 de Julio. Y sin esperar el aviso de Fidel, ingresó más tarde en el Movimiento. Relata que Hermes Sanz y otros revolucionarios hicie-

ron contacto con él, porque "...sabían que yo había sacado a Fidel de allí.

"Comencé a practicar el tiro hasta que el 29 de noviembre, me mandaron a acuartelar en Santiago de Cuba, y al día siguiente participé en la acción del 30 de noviembre de 1956".

Un rictus de amargura aparece en su rostro bondadoso al evocar: "Nueve hombres éramos los encargados de rodear al Moncada... Ahí, en Sueño, fui detenido. Me mataron casi. Me golpearon todo. Los compañeros me dicen 'El Muerto'."

Y de inmediato precisa:

"Estuve cinco meses y medio en la cárcel de Boniato. Lo poco que sé me lo enseñaron allí Frank País García y José Ponce Díaz." Ellos me enseñaron a leer... Después he tratado de estudiar, pero me he sentido mal por los muchos golpes que me dieron los guardias."

Al cabo del tiempo indicado, Esmérito salió absuelto y volvió a la Gran Piedra, donde organizó un grupo de escopeteros, a los cuales llamaban "los escopeteros de Esmérito". Eran más de 20 jóvenes amigos y familiares del primer guía de Fidel. Ya el jefe de la Revolución Cubana se encontraba luchando en la Sierra Maestra.

"Allí estuve hasta que Belarmino Castilla subió y nos fuimos para el II Frente. Allí con Belarmino y Antonio Enrique Lussón permanecí como ocho meses, pero como conocía bien todo esto, me mandaron para acá de nuevo."

—¿Por aquí, por dónde nosotros pasamos, hubo rebeldes? —interroga el moncadista Israel Tápanes Vento.

—Sí, en esta misma zona por donde pasaron ustedes, hubo rebeldes, responde Esmérito.

Tres pesos al mes y un par de alpargatas

El noble rostro de Esmérito se torna grave ante la nueva indagación reporteril:

"Desde la edad de 12 años tuve que trabajar. Yo no pude estudiar nada. Lo poquito que sé me lo enseñaron Frank País y Ponce Díaz, en la cárcel, como te dije... Yo donde trabajaba ganaba tres pesos al mes y un par de alpargatas. Ordeñaba vacas noche y día. Chapeaba... Recogía terneros... Y una comida muy mala. Recuerdo que hacían muchas sopas de harina de maíz. Unos catalanes eran los dueños."

Su semblante se ilumina al considerar:

"Por eso yo le digo que aquí hay niños del 59 para acá. Antes éra-

* Expedicionario del "Granma" y capturado herido tras el desembarco del yate.

mos perros. Éramos ni sé qué decir. Yo me siento orgulloso de haber ayudado a Fidel, y si una vez le dije: el hombre grande; hoy le digo: El gigante del mundo."

Quisiera que Fidel durara mil años

Por su valentía y arrojo, Esmérido ganó el grado de primer teniente en el Ejército Rebelde. Las tropas a las cuales él pertenecía, fueron destinadas a Camagüey, donde aún reside el primer práctico del Comandante en Jefe Fidel Castro.

"Ahora estoy retirado. Estuve mucho tiempo en las Fuerzas Armadas Revolucionarias... Me sentí muy mal de salud: una recaída por todos los golpes que me dieron en la cabeza el 30 de noviembre... Bueno, me jubilaron y me entregaron una finquita allí en Camagüey, pero veía que hacía mucho dinero en la finquita, y renuncié a eso. Entregué la tierra. Ahora tengo una pensión y, además, trabajo en Comercio Militar." Nuevas preguntas y nuevas respuestas:

"No, mi esposa es santiaguera. Ella también ayudó mucho en la guerra. Ella es de aquí... de Bellavista. Tengo cuatro hijos: una de 22 años, profesora de francés, otra es técnica de control de la calidad en el ferrocarril; el varón, de 16 años, está estudiando, y otra hembra que no pudo seguir estudiando, porque padece de dolores de cabeza... Bueno, lo que yo quiero es que Fidel viva mil años."

Los guardias me cogían los mejores puercos

Como si quisiera que sus palabras sirvan de reiteración a la nueva generación sobre lo que era el pasado, Esmérido vuelve a dar una mirada de perfil retrospectivo:

"Yo crecí con odio a los guardias. Los guardias de la tiranía me caían a tiros por los pies, a cada rato. Eso me llevó a estar contra ellos. Una vez yo criaba gallos finos y puercos. Iban allá y me cogían los mejores puercos y el mejor gallo fino... Por allá por un lugar que le dicen El Cruce, en una finquita que le decían La Sabaneta.

"Yo estuve un tiempo allí criando. Tenía un gallo canelo de lo más lindo, y llega un guardia y me dice: óyeme, negrito, vengo a buscar un pollo ahí... Llamé a las gallinas. El guardia me dijo: no, cógeme ese canelo. No, ése no, le contesté, y autoritariamente dijo: ¡cógeme ése! Todo sin pagar un centavo. Eran unos abusadores. Había un dicho que tenían los guardias: ¡Óyeme, tú fuiste el que le sacaste la muela al gallo y le diste candela al río! Le caían a tiros a uno pa' reírse... Aquello era de madre. A mí me lo hicieron unas cuantas veces."

XIV. Dos encuentros con Fidel

De canosos cabellos que parecen crines, piel bronceada, complexión esbelta y locuaz en el uso del verbo es Alfonso Feal Despaigne.

Feal se unió a los cinco moncadistas reeditores de la ruta de los 19, el segundo día de la marcha por las montañas de la Cordillera de la Gran Piedra.

"Yo contemplando mis montañas, donde mi existencia desde la edad de 18 años hasta los 60 fue dominando estas lomas. Aquí nacieron mis once hijos, en esta finca Soledad. El último nació a las 12:00 a.m., el día del ataque al Moncada, pero murió tres años después... y yo contemplaba mis montañas sentado en un banco de la Plaza de Marte, y me decía: si los espíritus existen, en espíritu daré unas vueltas, otra vez, por mis montañas, porque por ahora no pienso llegar a ellas. De eso hace sólo una semana, y míreme aquí en las montañas."

Hoy domiciliado en la calle 7 de Santa Bárbara, en la cuna de la Revolución, Feal hizo este comentario en ocasión de descansar la comitiva, en un recodo de un empinado camino de la otrora finca Soledad.

Al día siguiente, temprano en la mañana, hubo oportunidad de entrevistar, en la casa de Juan Leizán, en Sevilla, al enérgico anciano de 77 años de edad.

El primer encuentro con Fidel

El 29 de julio de 1953, lo que a partir de la reedición de la ruta de los 19, efectuada en mayo de 1983, se conoce como grupo A, llegó a las inmediaciones de la casa del minero-campesino Alfonso Feal Despaigne. Como ya se conoce el grupo lo integraron ocho asaltantes: Fidel Castro Ruz, Juan Almeida Bosque, Armando Mestre Martínez, Oscar Alcalde Valls, José Suárez Blanco, Francisco González Hernández, Eduardo Montano Benítez y Mario Chanes de Armas, traidores los dos últimos.

"Después de un día lluvioso fue que se me aparecieron en el batey de la casa. Yo entraba a la casa. Estaba un poco mojado... Cuando me paro en la puerta a exprimir la camisa, el perro ladra... Y los veo entonces a los ocho debajo de la mata de mamoncillos. No dejo que lleguen a casa, porque mi señora había acabado de dar a luz —el domingo 26— y un susto le podía dar una suspensión de parto. Les dije: ya yo sé quiénes son ustedes. ¡Háganme el favor de seguirme! Me los llevé para la parte de arriba de la casa, debajo de dos matas de mangos de mamey."

Los pequeños ojos de Feal relampaguean de emoción:

"Allí, el que después supe que era Fidel me preguntó que dónde quedaba Siboney. Yo le dije: mira, al sur de donde estamos queda la playa Siboney. ¿Y para dónde queda Santiago de Cuba? Le digo, ahí enfrente. ¿Y para dónde queda la Cordillera de la Gran Piedra? Le digo, estamos precisamente en las estribaciones de la Gran Piedra. La Gran Piedra queda aquí... al este de donde estamos. Por segunda vez me preguntó que dónde estaban los mismos lugares. Le volví a decir. Entonces me vuelve a preguntar por Siboney. Acabo de decirle para donde se encuentra, le contesté. Es entonces cuando yo recurro al que resultó ser Juan Almeida y le digo: Mira, tu compañero... Yo, como quiera que sea, hablo más claro que un asiático... Bueno, bien, después Fidel me dice que quería coger rumbo a la Gran Piedra..."

Le busqué un pantalón...

La narración continúa cabalgando en su fluida expresión:

"Echamos por un camino de esos que llaman franceses, pero un poquito más adelante... una sabana, un claro. Les digo, miren, por aquí nosotros no podemos pasar. Bueno, y ¿qué hacemos ahora?, preguntó. Les digo: vayan arrastrándose uno a uno por la arboleda que yo los espero allí... Entonces los eché para arriba, pero ¡qué caramba!, no lo hicieron así. Volvieron a caer donde yo estaba..."

"Después nos sentamos debajo de otro mangal tupido. Allí fue donde Fidel me pidió un pantalón. El pantalón que él llevaba, que después supe que se lo había dado Justino, estaba ripiado. El pantalón era más corto que el calzoncillo... un pedacito de pantalón. Entonces le digo: Pero ven acá, el más gordo de mi casa soy yo, ¿cómo te va a servir mi pantalón? Él me responde: le hago como éste, desabotonado aquí... dos botones. Regresé a la casa. Les llevé algo de comer y café. Le entregué el pantalón, y cuando llego con el pantalón, otros que estaban mojados... Había llovido mucho... Me piden que si no les podía conseguir unas alpargatas y sacos. Digo, sí, hombre, cómo no."

"Fidel me dijo que mandara a uno de los muchachos, porque la madre miró por las rendijas y vio que yo me alejaba con unos hombres, y se lo comunicó a mis hijos, los cuales salieron detrás, y nos alcanzaron. Él me pidió que mandara a uno de los muchachos por las alpargatas, yo le dije: no. Si yo tengo que ir 30 veces a la casa, voy."

"Después me dijo que quería coger rumbo a la Gran Piedra. Partimos... Fueron como 2 km después que los dejé en una curva que forma

el camino francés. Les indiqué por dónde tenían que seguir para ir a la Gran Piedra, pero allí nunca llegaron."

Alfonso Feal subraya que ese mismo día subió un capitán del ejército con un grupo de hombres, porque un avión de reconocimiento voló sobre la antigua mina de hierro, cerca de la Cantera de Mármol, y creyeron que habían divisado a los asaltantes al Moncada, y por eso los guardias fueron para allá.

"Yo me entero de la confusión, porque como a las 10 de la mañana, estando sentados en una piedra grande, un sargento y un cabo, le dijo el sargento al cabo, delante de mí, el avión se equivocó."

Mientras habla gesticula con las manos:

"Ese día, por cierto, por poco me matan a un hijo, porque estábamos dentro del túnel, y cuando ya había suficiente carga, sale mi hijo con una parihuela de mineral, y un guardia le tendió el rifle, pero en ese momento, un hermano mío, que en paz descanse, había ido a buscar una lata de agua a una pluma, y ve cuando el guardia le está apuntando y le echó un grito... Entonces uno de los camioneros que era el alcalde del barrio de Juraguá, al ver también al guardia con el rifle tendido hacia mi hijo, gritó: ¡No vayan a tirar un tiro aquí que esto está lleno de mineros!"

El segundo encuentro con Fidel

Feal precisa que al día siguiente, jueves 30, un hijo suyo corrió a avisarle a la mina: ¡Papá, la gente está allá, otra vez, a orillas de la casa, y quieren hablar contigo!

Partió hacia su morada, en la finca Soledad, y conducido por el hijo bajo dos maticas de palmas, donde aguardaban los ocho revolucionarios con Fidel al frente, el cual le dijo:

"Por el canto de los gallos nos hemos dejado rodar hasta aquí sin saber que era tu casa. Yo no hubiera querido molestarte más, pero ya que hemos llegado, y resulta que eres tú, quiero ver si tú puedes auxiliarme en algo que te vamos a pedir, y es que nos busques aunque sea un poco de viandas con sal, y agua para continuar... Le dije que eso se resolvía. Encargué a Ernestina Despaigne, una muchacha que estaba asistiendo a mi mujer, de preparar las viandas; y mandé a mi hijo Gerardo, en un caballo, a Sevilla, a comprar pan. El muchacho regresó enseguida... Preparé todo eso. Llené dos jabas y eché por un cañadón... porque eso es malicia que hay que tener. Si el ejército andaba deambulando por esas lomas... Tenían copado el camino de la Gran Piedra, el camino de Daiquirí, los Altos de Villalón... Todo eso estaba copado."

Y si llevaban catalejos para divisar mejor, todo el movimiento debía hacerse por debajo de los bosques más tupidos."

Una justificada expresión de emoción invade a Alfonso Feal:

"Todas esas instrucciones se las daba yo: caminar por debajo de los bosques cerrados... Entonces cogimos por el mangal pa' arriba, donde hay henequén. Ya estábamos cerca de la cueva... Ahí, les dije: no podemos continuar. Estamos cerca de la cueva, pero no debemos seguir en grupo, porque todo esto está claro, y si por esa loma de enfrente está el ejército, nos van a ver... ¿Qué hacemos ahora?, me dicen ellos. Dígoles: espérense un momento. Voy a explorar el terreno. Me aparté a un lado, donde había un guayabal... ¡Vengan arrastrándose uno por uno hasta donde yo estoy! Y así lo hicieron. Ahí fue cuando yo vine a saber que Fidel estaba en el grupo. Ya se decía por radio que Fidel Castro era el jefe del asalto, pero qué me iba yo a imaginar que uno de ellos era Fidel."

Feal trata de alisarse su rebelde cabellera y continúa:

"Cogimos por debajo de los mangles. Subimos, y los dejé en la Cueva de los Chivos. Es la cueva que desde entonces llaman Cueva de Fidel."

A solicitud del periodista, Feal se refiere a su situación en aquella época:

"Me dedicaba a las faenas del campo. Atendía algunos animalitos que tenía compartidos con el dueño de la finca y trabajaba en los cortes de minerales; y colaboré con Fidel y sus compañeros, porque luchaban contra el podrido sistema que teníamos... Batista nunca pudo posarse en mi cerebro."

Combatiente del Ejército Rebelde y poseedor de la medalla de la Guerra de Liberación, expone:

"Yo estoy jubilado del sector minero desde 1972, y me siento muy contento de haber colaborado con Fidel", finaliza con un dejo de orgullo en su voz.

XV. ¡Escóndelos en aquella loma!

Tres décadas después, entrevistamos a Ramón Veitía Barrientos, *Papito*, aquel niño de apenas 14 años en 1953, y que diariamente llevó alimentos a los asaltantes al Moncada: Mario Lazo Pérez y Severino Rosell González, quienes fueron protegidos en la finca La Dorotea, tras la heroica gesta del 26 de Julio.

"Ellos llegaron entre 5:30 a.m. y 6:00 a.m. del 30 de julio. Me silbaron y preguntaron por el dueño de la finca. Llamé a Benjamín, y éste los atendió. Luego el dueño me llamó y me dijo: mira, Papito, tú ves aquella loma. Lléalos allá. Escóndelos allá arriba."

"Bueno, entonces todos los días en un caballo llamado Avalancha, yo les llevaba el desayuno, y por la tarde, como a las tres, un almuerzo-comida. Llevaba los alimentos y un machete."

"Benjamín me decía: si te sorprenden, tú les dices a los guardias que tú vas a chapear y que el almuerzo es tuyo. Así estuve como un mes hasta que Mario y Severino se trasladaron a Santiago de Cuba."

Sus inquietos ojos claros parpadean rítmicamente:

"Yo le hacía un silbido antes de llegar: ésa era la señal. Siempre fraternizaban conmigo. Severino decía que cuando la Revolución triunfara yo me iba a salvar, y efectivamente, hoy tengo un oficio y estoy estudiando Ingeniería Mecánica. Sufrí un accidente, me partí una pierna en una moto, y tuve que interrumpir los estudios. Cuando el accidente, estaba en segundo año y no pude examinar, pero seguiré estudiando."

Preguntas van y respuestas vienen:

"Desde la madrugada, ya yo estaba ayudando a ordeñar, manear a los terneros, apoyar a las vacas... Limpiaba la casa de vacas y por la noche recogía el ganado... Todo eso por doce pesos mensuales."

En la evocación del pasado, su voz parece un susurro:

"Yo vivía con mi mamá en un cuartico de la calle Oriente, en el reparto Portuondo. Mi mamá lavaba, a veces, en casa de Benjamín; y otras, en casa de otros dueños de fincas. Éramos muy pobres..."

Veitía Barrientos cruza sus piernas y prosigue:

"A mi corta edad, yo veía la situación que había. Figúrese, usted, yo trabajaba a esa edad, cuando tenía que estar en la escuela... Yo había llegado hasta el tercer grado solamente... Y era mi mamá sola... Tenía que hacer algo para ayudarla."

Relata que en la vaquería La Dorotea pasó mucho trabajo, porque, además, tenía que cocinarles a los perros del dueño, "les cocinaba boniato y carne".

—¿Los niños por allí tenían asegurada la carne?— indagamos.

—Los niños! ¿carne?— responde con un dejo de tristeza en la voz.

"En la finca, yo dormía tirado sobre sacos en una barbacoa. Allí estuve nueve meses en esas condiciones. Decidí irme de la finca para tratar de mejorar mi situación. El dueño de la finca me dijo que el aprendizaje de un oficio me iba a coger como siete años, y que, por lo tanto, iba a pasar mucho trabajo en otro lado. ¡Te vas a morir de hambre!, me advirtió."

Las pupilas de Veitía relampaguean, y en el rostro de Papito momentáneamente vuelven a posarse las huellas de todo aquel que ha sufrido mucho:

"A la verdad que pasé muchísimo trabajo. Me metí en el taller de mecánica de Trocha y Cristina. Y al cabo de ocho largos años, me comenzaron a pagar un peso semanal, y recuerdo que como ropa sólo tenía un *pull-over* que me costó 15 centavos, un pantalón azul y un par de zapatos tennis. Todos los sábados yo mismo me lavaba para iniciar de nuevo la faena, el lunes."

En esas condiciones, Papito con el triste peso se veía precisado, a veces, a comer unas comidas muy malas y baratas que les decían "completas", en una fondita ubicada, también, en Trocha y Cristina, en Santiago de Cuba. Entonces su madre trabajaba como criada en casa de un rico en el lujoso reparto Vista Alegre; zona residencial de la aristocracia santiaguera.

Para Papito, nacido el 8 de abril de 1939, las cosas empiezan a cambiar con el triunfo de la Revolución. Un amigo, a quien conoce por El Chino, le propuso sacarlo del taller de Trocha y Cristina, el cual a principios de la Revolución seguía siendo privado. Marchó a otra entidad donde ya con ciertos conocimientos como tornero, ganó 9 pesos semanales. Luego laboró en Moa.

En la actualidad es mecánico-tornero, fresador e innovador de la Planta Reparadora de Motores y Camiones Soviéticos. En octubre de 1981, visitó la Unión Soviética, al destacarse nacionalmente como innovador.

De sus paupérrimas condiciones en el pasado, Ramón Veitía hoy tiene sobradas razones para ser un hombre feliz:

"Tengo cuatro hijos: Graciela, la mayor, va para el cuarto año de Licenciatura en Deportes; el que le sigue, Ramón, está en la secundaria básica, al igual que Ernesto Antonio; y Julio César, el más pequeño, entra ahora en la secundaria."

XVI. La audacia y desprendimiento del motor pequeño

"Es necesario echar a andar un motor pequeño que eche a andar al motor grande", decía el joven abogado Fidel Castro Ruz en los días precedentes al asalto al Moncada.

Ciento sesenta y cinco jóvenes, la pléyade más avanzada de la Generación del Centenario de José Martí, formaron aquel pequeño motor que hizo temblar a los personeros de la dictadura proimperialista, y sirvió para movilizar a todo un pueblo contra las torturas, el crimen, el robo y todas las lacras de un pasado de pesadillas.

El funcionamiento del motor grande, el pueblo, fue tan vigoroso, que apenas cinco años y medio después el podrido régimen se derrumbó estrepitosamente.

El Movimiento se gestó por jóvenes obreros, campesinos e intelectuales humildes, honestos y desinteresados, quienes haciendo grandes sacrificios reunieron \$16 480.00 (*Relatos del Asalto al Moncada*, p. 118) con los cuales compraron las armas y demás medios para la cita de honor con la Patria.

En su alegato *La historia me absolverá*, Fidel proclamó:

Con mayor orgullo que nunca digo que consecuentes con nuestros principios, ningún político de ayer nos vio tocar a sus puertas pidiendo un centavo, que nuestros medios se reunieron con ejemplos de sacrificios que no tienen paralelo, como el de aquel joven, Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se me presentó un día con trescientos pesos "para la causa"; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera los muebles de su casa; Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio farmacéutico; Jesús Montané, que entregó el dinero que había ahorrado durante más de cinco años, y así por el estilo mucho más, despojándose cada cual de lo poco que tenía.

El asaltante al Moncada, Mario Lazo, autor de los libros *Recuerdos del Moncada* y *Artemisa, uno de sus mártires*, a tres décadas del asalto al cielo, en virtud de sus investigaciones nos ha remitido datos muy valiosos.

Lazo, con exactitud, subraya que los 165 asaltantes a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba; y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, poseían 166 armas, clasificadas en:

40 escopetas semiautomáticas, calibre 12 y 16

55 fusiles Remington, calibre 22

- 24 fusiles Savage, calibre 22
- 20 revólveres de diferentes marcas, calibre 38 y 45
- 20 pistolas de distintas marcas y calibres varios
- 3 fusiles Winchester, época colonial, calibre 45
- 1 ametralladora defectuosa
- 1 subametralladora M-1, defectuosa
- 2 rifles (marca y calibre desconocidos)

Al ataque al Moncada fueron 125 revolucionarios: Abel Santamaría, al frente de 21 hombres, ocupó el Hospital Civil; Raúl Castro, con 5 combatientes, se apoderó del Palacio de Justicia; y Fidel, con el resto, atacó el campamento. Fidel llegó a la posta tres con un primer grupo de 45 jóvenes, precedido de una vanguardia de 8 que forzó la posta, donde se inició la lucha.

Los detalles recopilados en los archivos del Ejército de la tiranía batistiana por el moncadista Mario Lazo, precisan que la guarnición del campamento, en el Moncada, era de 810 soldados. Eso quiere decir que existían 6,4 guardias por cada asaltante.

Paralelamente, a 1 349 ascendía el número de armas, todas con abundante parque, en la segunda fortaleza militar de la tiranía. Los tipos de armas eran los siguientes, conforme datos publicados en la revista *El Oficial*, publicación del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, edición junio-julio de 1973:

- 2 ametralladoras Browning, calibre 30
- 865 fusiles Springfield, calibre 30
- 10 fusiles subametralladoras Thompson, calibre 45
- 471 revólveres, calibre 45
- 1 pistola, calibre 45

La proporción de armas muy superiores, era de casi once por una en relación con las portadas por los atacantes. Además, en el cuartel Moncada había 500 bayonetas para fusiles NS, calibre 30.

La proporción de armas a favor de la esbirrada era aún mayor, porque Fidel expuso en su histórico alegato:

El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación.

Debido al tipo de acción que se estaban desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecerse el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

El combate se inicia en la posta tres, al encontrarse el automóvil de Fidel con una patrulla de reconocimiento exterior armada de ametralladoras. En la historia me absolverá, el máximo líder de la Revolución Cubana valora:

El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

En su libro *Recuerdos del Moncada* (p. 47), el asaltante Mario Lazo Pérez evoca otra casualidad desfavorable:

Los combatientes que viajaban en el primer auto, ya han bajado y penetran en el cuartel en busca de la armería. El recorrido que tenían que hacer se había trazado de acuerdo con un plano del Moncada que el compañero Guitart había obtenido por canales clandestinos, razón por la cual él formaba parte de esta operación. Guitart dirigía el grupo, en el que también se encontraba Suárez. Al llegar al lugar y para su sorpresa, la armería ya no se encontraba donde indicaba el plano, la habían cambiado de lugar lo cual creó dificultades a la estrategia trazada.

Al ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, acudieron cuarenta revolucionarios. Allí, en el escuadrón 13, la guarnición era de 152 soldados. Como ya dijimos, en el Moncada el número de efectivos ascendía a 810, mas, después de los asaltos, todas las fuerzas del batistato en Oriente se pusieron en función de la persecución a los revolucionarios sobrevivientes.

A los ya mencionados enclaves militares, se sumaron el escuadrón 11, de Santiago de Cuba, con 75 soldados; el 12, de Manzanillo, con 159 hombres; el 14, de Palma Soriano, 164; en el 15, de la Maya, eran

122 efectivos; mientras que 165 militares formaban el 16, de Guantánamo; y 154, el 17, de Baracoa. De esa manera, 1 801 soldados de Oriente Sur, de una forma u otra, fueron puestos en alerta contra los atacantes en retirada.

En la zona norte de la antigua provincia de Oriente, el Regimiento de la Guardia Rural número 7 Calixto García, de Holguín, tenía 945 efectivos; en el central Delicias, Puerto Padre, había acantonados 128 hombres; y 208 en el escuadrón 74 de Mayarí.

La Marina contaba con 454 infantes en la provincia, de los cuales 267 estaban radicados en Santiago de Cuba; 129 en puestos de ese Cuerpo y 58 eran guardafronteras.

Súmeles la Policía y los chivatos del régimen en las ciudades, y esto propicia un salto de más de 3 500 esbirros contra unos 80 asaltantes sobrevivientes. Proporción: más de cuarenta contra uno.

Hace tres décadas, 80 jóvenes, asesinados la mayoría, se inmolaron en tierras orientales, y conmovieron con su heroísmo y el aporte de sus generosas vidas a todo el pueblo.

El pueblo cubano y los pueblos del continente americano, se inclinan eternamente ante el recuerdo de los héroes y forjadores del camino hacia la solución de los seis problemas fundamentales que afectaban a Cuba y exacerban hoy las ansias de libertad de millones de hombres y mujeres extendidos desde el Río Bravo hasta La Patagonia. Los héroes del 26 de Julio son un constante llamamiento a poner las tierras en manos de los pueblos; a industrializar a las naciones subdesarrolladas para terminar la dependencia económica; a solucionar el problema de la vivienda; a dar empleos a los desempleados; educación a los analfabetos; y atención médica a los pobres.

¡Héroes eternos de la Patria!, ante ustedes, juramos defender nuestra bandera, nuestro cielo y nuestra tierra, al precio que sea necesario.

¡Gracias al ejemplo de ustedes, el cielo fue en definitiva tomado por asalto! ¡Ustedes tuvieron la nobleza y el honor de morir para que viviera el pueblo! ¡Morir por la Patria es vivir!

XVII. La Cordillera de la Gran Piedra

El licenciado en Geografía Edgar Ivonnet Prats, uno de los integrantes de la comitiva reeditora de la ruta de los 19, describe aspectos de la Cordillera de la Gran Piedra.

"El recorrido dentro de los corredores de humedad, principalmente por el río Carpintero, es un trayecto bastante difícil entre piedras resbaladizas, franos de oritas... La orita es una piedra vulcanógena y granosa hasta cierto punto; en tanto que el basalto es lo que representa la base estructural de la Cordillera de la Gran Piedra."

El especialista en condiciones naturales de la Dirección de Información de Planificación Física, en Santiago de Cuba, hace una breve pausa, y añade:

"En la Granjita Siboney tenemos la parte litoral, luego cogemos la zona colinosa de la precordillera... Fidel salió por la precordillera para introducirse en la Cordillera de la Gran Piedra."

Ivonnet prosigue:

"Sus colinas son abruptas y en sus pendientes se elevan a más del 25 por ciento entre una vegetación bastante tupida en ciertos puntos, y por lo tanto se hace difícil el ascenso, sobre todo, para aquellos combatientes que ya habían atacado al Moncada, y se hallaban extenuados; y al propio tiempo, eran asediados por el enemigo. ¿Cómo sería ese ascenso?"

Expone que en 1953 había más vegetación en las montañas, porque la zona estaba incivilizada; y que en la actualidad el campesino tiene más contactos con la civilización.

Tiene caminos, escuelas y "los elementos antropogénicos han transformado el territorio, es decir, que lo que era completamente inhóspito es relativamente fácil hoy".

En ocasión del recorrido, el profesional nos manifestó que para alcanzar una altura de 20 m es necesario recorrer 30-50 m porque el ascenso es de altas pendientes, y acotó:

"Es una zona que tiene una ecología particular: seca y húmeda. Seca en los potreros, en los planos que son de solana, en los cuales incide grandemente el sol. Se reseca mucho la vegetación. En cambio en lo que podemos llamar corredor de humedad: el bosque de galerías: son la cantidad de ríos torrenciales que por la altura forman vertientes y por ellas se acanalan las corrientes de agua, y por donde la vegetación

es más exuberante, en las cuales crecen una cantidad enorme de mangos. La zona es muy rica en mangos de distintas especies, y hay grandes guásimas, almácigos, piñones floridos, cedros. En sí eso forma un bioma especializado en la zona."

Subraya que ese bioma especializado realmente ahora es que se está explotando, y que se explotará mucho más con la creación del Parque Baconao, y se protegerá constantemente la flora y la fauna de esas áreas, e "inclusive se está educando al pueblo en la conservación de estos elementos que son casi particulares dentro del país, y que representan una joya, una zona donde se puede aprender"

"Ésa es una zona, donde se pueden introducir animales exóticos y del área, y no muy lejos podríamos llamarle de vedado ante los elementos naturales de nuestro país."

TESTIMONIOS DE PROTAGONISTAS

Las raíces del "Granma" en la mente de Fidel

El pequeño se frotó las manos. Como de costumbre estaba allí, todas las madrugadas. Tomó algunos trozos de leña y procedió a encender el horno de la dulcería. Corría el año 1943. No tenía edad laboral, pero en la época era dable que dueños de negocios contrataran a niños—él contaba sólo 11 años—para trabajar y explotarlos tirándoles algunas miserables pesetas a la semana.

En el seno de una familia muy humilde, Mario Lazo Pérez, en su temprano enfrentamiento con la vida, interpretó la necesidad de acabar con aquel estado de cosas, y 10 años después, junto al joven Fidel Castro, estaría presente en el asalto al cuartel Moncada.

En febrero de 1983, el combatiente, hoy funcionario del Comité de Control y Revisión del Comité Central del Partido, viajó a la ciudad de Santiago de Cuba, acompañando a una delegación tanzana.

Amablemente Mario Lazo accedió a la entrevista desarrollada en dos partes: en la Granjita Siboney, primero; y a bordo de un yate, desde el muelle Romero hasta Punta Gorda, después.

A punto de concluir la estancia de los tanzanos en la Granjita Siboney, y después de abrazar a Justino Rigel, el campesino que preparó alimentos, en las montañas, aquel 26 de julio de 1953, para Fidel y otros 18 moncadistas, Lazo nos dice que Justino es hoy empleado de ese lugar histórico de donde "partimos hacia el cuartel Moncada".

Casi una treintena de años después, Mario Lazo Pérez recorre visualmente las piezas de la Granjita Siboney, e inicia su narración:

"Llegamos aquí aproximadamente a las 11:00 p.m. del 25 de julio. Las colchonetas estaban en el suelo; encontré a un buen número de compañeros de mi pueblo (Artemisa), a los cuales conocía desde pequeño, pero no sabía que pertenecían al Movimiento."

Subraya que allí imperaba la alegría; y rememora que nadie sabía que se iba a atacar al Moncada, aunque "sabíamos que se iba a realizar una operación grande".

"Nosotros—prosigue— hasta ese momento no conocíamos la orden, pero para ingresar al Movimiento una de las premisas era estar dispuesto a combatir en cualquier lugar a la tiranía que nos oprimía desde el 10 de marzo de 1952."

Recordó que Fidel llegó a la granjita alrededor de las 2:30 a.m. del 26, y allí ya estaban unos 125 revolucionarios... "Pues éramos 165, incluidos los 40 asaltantes al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo."

"Al llegar Fidel, se extraen las armas del pozo, se limpian; se reparten. Se planchan los uniformes por partes de Melba y Haydée... Y en este mismo lugar donde estamos (pieza fina del pasillo de la Granjita), aproximadamente a las 3:00 a.m. del 26 de julio de 1953, Fidel da a conocer el plan."

Lazo señala con el índice un letrero, y expone que: "Fidel expresó lo que dice allí: 'Aquí en Oriente damos el primer grito de Libertad o Muerte'."

Me pareció observar que la voz del asaltante al Moncada adquirió una nueva tonalidad al recordar que Fidel explicó que el plan que se debía seguir era muy difícil, y que aquellos que no quisieran participar, que no lo hiciesen. Lazo siente orgullo de haberse encontrado entre la inmensa mayoría que dio el paso al frente, y marchó junto al líder de la Revolución Cubana a escribir con su sangre y coraje una de las más bellas páginas de la Historia de Cuba.

"Abel Santamaría —subraya— también dijo algo sobre la acción; planteó que debíamos ser fuertes en la lucha, y que nuestro estoicismo sería premisa para mitigar el dolor que les pudiéramos causar a nuestros familiares queridos, y que la disyuntiva era de Libertad o Muerte."

Cuenta (Lazo que posteriormente escucharon a Raúl Gómez García con su poema "Ya estamos en combate", pero, ahora bien, "Aquí (en la Granjita) no se recoge un hecho, y es que aquí se entonó el *Himno Nacional*. Se hizo muy bajito...")

Es posible que Mario Lazo no advirtiera que sus puños se cerraron, al decir:

"He escuchado el *Himno Nacional* en Cuba, fuera de Cuba, antes y después del triunfo de la Revolución, y pocas veces las notas de nuestro *Himno* han vibrado por nuestra sangre, como aquella madrugada, aquí llamada de la Santa Ana."

Lazo retoma la narración preasalto. Manifiesta que se distribuyeron los hombres por objetivos: cuartel Moncada, donde estaban las armas que, de haber triunfado, serían distribuidas al pueblo; la Audiencia o Palacio de Justicia, debido a su altura, para evitar que la ametralladora de encima del cuartel nos pudiera tirar; y el hospital con la finalidad de curar tanto a "los heridos nuestros como a los de ellos".

Habla del factor sorpresa con el que se contaba, para lo cual iban vestidos con el mismo uniforme de los soldados, y "en caso de no poder

determinar si un uniformado era un guardia o uno de los nuestros, se diría: ¡Alto, quién vive!, y de tratarse de un compañero, éste diría una de estas tres frases: ¡Vive Cuba!, ¡Vive Martí! o ¡Vive Chibás!

A continuación un comentario:

"De las raíces de estas palabras, se pueden sacar la ideología de aquel movimiento revolucionario que en 1953 reiniciaba la lucha armada por el poder, en lo que después definiría como parte de los más de 100 años de lucha."

Ahora el atacante al Moncada hace una pausa, y relaciona, a continuación, sus vivencias con la perpetuidad de los caídos:

"Tan pronto piso esta tierra, aparecen ante mí las imágenes de los compañeros muertos; cuando venía por la carretera leía: Emilio, carpintero; Armando, albañil; Juan, parqueador; Mario, médico..."

¿A dónde van tantos jóvenes de Artemisa?

Veinticuatro horas después, el diálogo se reanuda. Ahora vamos de paseo con la delegación tanzana a bordo de un yate, que surca las aguas plácidamente:

"Fíjate —manifiesta Lazo— salimos de La Habana el 24 de julio a eso de las once de la noche." De las incidencias narradas por el combatiente, referimos la siguiente:

"En el ómnibus se suscitó una conversación sobre si la luna hacía daño o no a través de los cristales, y por los monosílabos que como respuesta daba la mujer al hombre, nosotros que éramos unos 10 futuros moncadistas, nos percatamos de la difícil situación de la joven, pero cuando todo eso acontece, ya el ómnibus llegaba a Santa Clara, donde dieron 15 minutos de receso."

Cuando los revolucionarios se bajaron para desayunar fueron sorprendidos por una pregunta en alta voz del cajero:

—Eh, ¿y a dónde va tanta gente de Artemisa?

Los jóvenes se volvieron y descubrieron al viejo conocido González Peña, quien había residido algunos años en Artemisa.

Lazo subraya que "nosotros nos quedamos atónitos", pero que inmediatamente, el inoportuno preguntador comentó: "¡Ah, ya sé, van para los carnavales de Santiago de Cuba!"

—Ésa fue una salida que nos planteamos afirmativamente, y la cosa quedó ahí mismo: "Para los carnavales de Santiago, sin saber nosotros si en Santiago había carnavales, y cuando aún desconocíamos la misión a cumplir."

Sacaron a la joven de la difícil situación

Comoquiera que observaron que el hombre que venía sentado junto a la muchacha, hablando de la luna, era un sargento de la tiranía, los revolucionarios decidieron quitarle la desagradable compañía.

Durante el receso del ómnibus y mientras tomaban refrescos, se decidió que uno de ellos se sentara al lado del sargento y la muchacha en el asiento del compañero, es decir, se hizo un cambio. Y cuando el militar subió y preguntó por la bella trigueña, el compañero que ocupó el lugar de ella le respondió: "En efecto, parece que la luna le hizo mal a través de los cristales. Usted tenía razón."

"Todo quedó así—adiciona Lazo—, en Camagüey se bajó el sargento, y más adelante, la joven."

No, compay, yo no se lo cambio...

Lazo recuerda que tuvieron que balancear bien los bolsillos para almorzar en Holguín, al detenerse allí el ómnibus. Refiere la compra de periódico en cinco centavos, hecho que al llegar a Santiago de Cuba originaría una anécdota que sirve para retratar la situación económica que vivía Cuba.

Rememora que llegaron a Santiago de Cuba, el 25 de julio a eso de las 5:00 p.m., y que en la terminal fueron recibidos por Renato Guitart a quien no conocían, pero la identificación estuvo dada en la referencia—ofrecida por Fidel—de que Renato tenía una mancha en un ojo.

Y a continuación lo relacionado con el periódico:

"Aquello del periódico tiene mucho que ver con la época. No es posible que en la actualidad ocho o diez jóvenes vayan a un lugar y sólo uno compre un periódico, porque hoy todo el mundo tiene recursos para adquirir más de uno. Pero eso no queda ahí solamente, sino que tras llegar a Santiago, y ya en compañía de Renato Guitart, recuerdo que un niño de unos diez años de edad, sin zapatos y sin camisa, con un paquete de periódicos bajo el brazo gritaba: *Orientee... Orientee...*"

Mario Lazo exhala una bocanada de oxígeno y continúa:

"El compañero Tomás Álvarez Breto (caído al día siguiente en el Hospital Saturnino Lora), que fue quien compró el periódico *El Mundo*, en Holguín, llamó al niño y le propuso cambiarle ése por Oriente: y el chiquito respondió: "No, compay, yo no se lo cambio, porque el mío vale 3 centavos y es más fácil de vender."

Añade que entonces, Álvarez Breto le regaló —al niño— una peseta, y que el chico, de lo más contento, siguió gritando, aún más fuerte: "*Orientee... Orientee...*"

Treinta asaltantes en la calle Celda número 8

Relata que Renato Guitart, aparte de la Granjita Siboney, también alquiló habitaciones en los hoteles Rex y Perla de Cuba, una casa en Sueño y otra en Celda número 8, en la cual "nos alojamos aproximadamente 30 compañeros".

Renato les advirtió que no se movieran de allí, y les dijo que él se ocuparía de preparar la comida, pero como a las ocho de la noche, regresó con la noticia de que los alimentos no pudieron garantizarse so pena de hacerse sospechosos a la cantidad de agentes represivos que en esos días se hallaban en Santiago de Cuba en virtud de los carnavales. Entonces tuvieron que salir a comer, y "el balance que tuvimos que hacer de nuestros bolsillos fue superior al de Holguín", recuerda Mario Lazo Pérez.

Esa noche, el grupo de Celda número 8 tiró sus pasillos en las congas, pero regresaron al alojamiento temprano, y a eso de las once de la noche fueron trasladados a la Granjita Siboney.

Con Fidei en la posta tres

Mario Lazo Pérez tuvo el honor de ser seleccionado para participar en la acción de la posta tres del cuartel Moncada, junto a Fidel, Jesús Montané, Ramiro Valdés, Renato Guitart, Pepe Suárez y otros asaltantes.

Ahora el relato del asaltante al Moncada versa sobre el conocido episodio de la posta tres: el "abran paso que ahí viene el General", la cadena dejada caer por el soldado de guardia para que el General pasara; el avance de la primera máquina de combatientes hacia el interior de la fortaleza; el movimiento del segundo carro; y un soldado que avanzaba por la parte izquierda observó algo anormal, e hizo un ademán de sacar su revólver, mas cayó fulminado por disparos de los ocupantes del tercer automóvil, donde iba Mario Lazo. La guardia cosaca se acerca. Toca el timbre de alarma. El carro que le seguía se fue contra el contén para no chocar con el precedente. En esos instantes también venían saliendo unos músicos de la Banda de la Policía Nacional. Comienza el combate...

Fue un combate desigual por la superioridad de las armas de los soldados de la tiranía, y por el mayor número de gentes por parte de los

militares, pues "nosotros teníamos escopetas calibre 20, 22... y una sola ametralladora que en el momento preciso no dio los resultados esperados".

Fidel valoró la situación en virtud del fracaso del factor sorpresa, y ordenó la retirada, la cual fue dirigida por Miret, Fidel Labrador y otros asaltantes.

El regreso a Siboney

Tan raudo como el deslizamiento del yate en que navegamos, es la continuidad de la narración de Lazo, uno de los héroes del Moncada. Cuenta que aunque no conocía a Santiago, tuvo la oportunidad de regresar a la Granjita Siboney, gracias a que uno de los atacantes conocía el camino.

Muchos revolucionarios no pudieron volver a Siboney, unos, porque desconocían el camino; otros se vieron imposibilitados en virtud de que sus carros fueron averiados; y algunos debido a que cayeron en la acción.

Las raíces del "Granma" en la mente de Fidel

Al volver a la Granjita, Lazo se preguntó: ¿y ahora qué hago?, pero al dar unos pasos se encuentra con que allí estaba Fidel al frente de un grupo de combatientes. Muy nítidamente están en su memoria las dos alternativas expuestas por el jefe del asalto al Moncada: quitarse el uniforme del ejército de la tiranía, y en ropa de civil subir a las montañas, y luego tratar de salir del país y volver en una embarcación.

Una pausa y una reflexión:

"Hoy, a la luz de 30 años, y con un poquito más de conocimientos en lo político y cultural, analizo que detrás de aquellas palabras de Fidel, estaban las raíces del 'Granma' en su mente."

La otra variante planteada por Fidel fue decirles a los compañeros, que si consideraban por una u otra razón, que subir a las montañas no era lo correcto, podían desistir, y volver a la ciudad, buscar a los compañeros de la Ortodoxia (Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo) fundado por Eddy Chibás, y regresar a su pueblos respectivos.

Con voz emocionada, Lazo Pérez, hoy licenciado en Ciencias Políticas, valora que ambas variantes tenían un valor extraordinario en aquel decisivo momento, y proclama satisfecho:

"Yo me acogí a la primera variante, es decir, ir hacia las montañas junto al resto de los compañeros que siguieron a Fidel."

A renglón seguido el relato de Lazo rememora facetas de la solidaridad hallada por el grupo, por parte de los campesinos en las mon-

tañas, detalles que ya el lector conoce en virtud de la narración de la reedición de la ruta de los 19 realizada en mayo de 1983, en ocasión de la proximidad del XXX aniversario del 26 de Julio, cuyo acto nacional se efectuó en la ciudad de Santiago de Cuba.

Fragmentos de una conocida poesía martiana aparecen en labios de Mario Lazo:

"Con los pobres de la tierra, quiero yo mi suerte echar..." y no es más ni menos —comenta— que tenía una razón tremenda: aquellos pobres de la tierra, los vilipendiados ayudaron a aquel incipiente movimiento del Ejército Rebelde, encabezado por nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro.

En su evocación, el moncadista refiere detalles sobre la decisión de su intento de regreso a la ciudad, después de él resultar herido accidentalmente; y que ese primer grupo escindido del original lo integraron seis combatientes. Habla de su estancia, junto a Severino Rosell, en la finca La Dorotea...

En Santiago hasta la amnistía de 1955

Mario Lazo Pérez —usaba un nombre supuesto— permaneció, en Santiago de Cuba, hasta la amnistía política de mayo de 1955."

En la casa del matrimonio Alfredo Guerra-Dulce María Fernández, en Anacaona sin número, Terraza de Vista Alegre, estuvo tres días. De allí pasó para la residencia de un abogado. Más tarde a San Fernando 409, entre Corona y Mejorana, casa de la familia Atala Medina. Después pasó a la casa de los Vivero Soler y finalmente, estuvo parando en Santa Rita 205 (altos), entre Corona y Santo Tomás (hoy Félix Pena), actual hogar de los Atala Medina.

Previamente narró que en la casa de la familia Atala Medina, donde él estaba, conocían que Ramón Cantalicio Valdés, padre de Ramiro Valdés, actual miembro del Comité Central del Partido, se encontraba en Santiago buscando a algunos compañeros de Artemisa.

Evoca que la joven Nayibe, una de las moradoras de la vivienda, le mostró la relación de nombres, y cual no sería "mi sorpresa al ver que Mario Lazo era el primero en la lista".

En la propia dirección, entre el 26 o 27 de septiembre de 1953, se sostuvo una reunión con el padre de Ramiro Valdés. Mas anteriormente, la familia de Lazo pudo saber de él por medio del abogado artemiseño Héctor Canciano Laborí.

" La dictadura se vio precisada a amnistiar a los moncadistas debido a la presión popular.

En esa casa, a Lazo lo conocían por Mariano Arce Medina, nombre que empleaba para despistar a los perseguidores de los asaltantes al Moncada.

En relación con el abogado artemiseño, Lazo explica que éste había hecho contacto con el colega, en cuya vivienda él también se había alojado, después de salir de la finca La Dorotea.

El relato del asaltante al Moncada es tan rico en sus detalles que no advertimos que el yate se detiene. Ha llegado a su meta.

Conocí a Fidel por medio de Marrero y Chenard

Oriundo de Marianao, Francisco González Hernández ostenta el honor de haber sido uno de los jóvenes de la avanzada de la Generación del Centenario y expedicionario del "Granma".

Pancho, como cariñosamente le llaman, fue uno de los 19, que con Fidel al frente, se internó en las montañas de la Cordillera de la Gran Piedra, después del asalto al Moncada, en un intento de proseguir la lucha contra la tiranía proimperialista.

Treinta años después, el combatiente moncadista, en unión de cuatro de sus camaradas, reeditó la ruta.

Con la amable insistencia de Mario Lazo, Israel Tápanes, Severino Rosell y Ricardo Santana, los otros moncadistas reeditores, logramos entrevistar a Francisco González, hombre de acción, pero de pocas palabras y modestia singular.

Pasada ya la media noche, madrugada del 14 de mayo de 1983, en su primera entrevista concedida a un periodista, González Hernández manifestó:

"Yo era dependiente en esa época. Fui dependiente de farmacias, ferreterías... Yo era un chibasista tremendo. Hicimos contactos con Fidel por medio de Pedro Marrero y Fernando Chenard. Ingresé al Movimiento, y después vino lo del Moncada, de lo cual se ha escrito y hablado mucho."

Treinta años después aprecia:

"Tras el ataque al Moncada, los momentos fueron muy difíciles en las montañas. No conocíamos el terreno. Estábamos sin agua, sin comida, sin ningún tipo de condiciones. Estuvimos días subiendo y bajando lomas. Hoy no es lo mismo que cuando aquello. Ahora se coge por un trillo y te lleva hasta el fin de la loma. Cuando aquello, nosotros las atravesábamos agarrándonos de los bejucos... a trocha y mocha."

Me impresiona todo lo que se ha hecho

Hoy responsable de servicios generales de la fábrica de cervezas Miguel Ángel Oramas, y con 57 años de edad, el moncadista Francisco González Hernández, considera:

"Esta caminata, aunque para mí, más difícil que la del 53, será de gran interés histórico para los jóvenes, porque ha permitido trazar la ruta que en lo sucesivo será conocida por ésta y posteriores generaciones."

Y a continuación:

"¿Qué me impresiona hoy de Santiago? Me impresionan las obras, los edificios, todo lo que la Revolución ha hecho en Santiago de Cuba."

Él se salva por ser un tipo decidido

De esbelta contextura física, jovial y afable, Israel Tápanes Vento, uno de los jóvenes que el 26 de julio de 1953, formó parte del motor pequeño que echara a andar al motor grande, nos trae un recuerdo del Moncada:

"Reinaldo Benítez Nápoles y yo pertenecíamos a la misma célula. Durante el combate, él me llamó. Estaba herido. Una bala de fusil Springfield le había atravesado un muslo. Lo levanté. Vi unos autos nuestros dentro del polígono, en una zanja. Paré uno de los autos. Les grité a los ocupantes que lo recogieran. En ese instante Severino Rosell me agarró por la solapa. Me arrastró y también pude meterme en el auto."

Con un palo en la mano venía cojeando

Tápanes, uno de los cinco moncadistas reeditores de la ruta de los 19 asaltantes, refiere a renglón seguido:

"Y así fue como nos retiramos del cuartel. Entonces ya de regreso en la Granjita Siboney, Fidel pidió voluntarios para continuar la lucha en las montañas. Benítez fue uno de los que dio el paso al frente y se dispuso a avanzar con nosotros. Yo le recomendé que se entregara. Estimaba que como él era un herido al fin, lo curarían. ¡Vaya, fue una apreciación muy ingenua de mi parte! Lo hubieran asesinado inevitablemente... Bueno, Benítez se quedó en la Granjita..."

En ocasión de un receso el primer día de la caminata reeditora por las estribaciones de la Cordillera de la Gran Piedra, el combatiente se ataza sus poblados bigotes y prosigue:

"Subimos la primera loma y al llegar a la punta empezamos a descender. Sentimos algo que se movía; miramos y resultó que era Benítez, quien con un palo en la mano venía cojeando... Quiere decir, que él se salva por ser un tipo empecinado y decidido. Nos siguió... Todo el tiempo estuvo con nosotros. Días después a Benítez y a mí, nos capturaron juntos."

Expedicionario del "Granma"

Posteriormente, al reorganizarse la lucha, Reinaldo Benítez fue expedicionario del "Granma", y hoy es presidente de la Casa de los Combatientes en el municipal Diez de Octubre, provincia Ciudad de La Habana.

Israel Tápanes hace otro curioso relato:

"Por orientaciones de Fidel, el grupo se dividió en pequeños grupos, de manera que pudiéramos evadir el cerco. El de nosotros era de seis compañeros. Los heridos aumentaron. Mario Lazo también se hirió —casual—; se atravesó la axila con un tiro de una pistola española que yo le compré, en La Habana, a un sargento del ejército de la tiranía. Me vendió varias cosas y entre ellas la pistola marca Jolohar, calibre 45, pero se partía como un vizcaíno. Además del magazine, se le metía una bala en el cañón. ¡Nunca más he visto una pistola igual!"

Hoy licenciado en Ciencias Sociales y jefe de sección del Departamento de Transporte y Comunicaciones del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Israel Tápanes comenta:

"Parece que Mario Lazo no sabía que esa pistola se montaba con una bala en la recámara, y por eso se hiere... Entonces con dos heridos (Reinaldo Benítez y Mario Lazo que necesitaban asistencia médica) y Jesús Montané en malas condiciones físicas, Fidel designó a Severino Rosell, Rosendo Menéndez y a mí para que los acompañáramos a regresar a Santiago de Cuba."

Como ya hemos escrito en páginas precedentes, sólo dos combatientes de ese grupo, el grupo B, no fueron detenidos: Mario Lazo y Severino Rosell, quienes se ocultaron en la finca La Dorotea.

Sobre lugares a los cuales fueron a parar los detenidos del subgrupo, Tápanes rememora:

"Nos llevaron para la azotea del Moncada. Allí ya estaban Montané, Rosendo y otros compañeros. Luego nos trasladaron a la cárcel de Boniato, donde la comida que nos daban era tan mala, que ya no teníamos deseos de comer nada: pan por la mañana, pan por la tarde, pan por la... Valía la pena hacerle un monumento al pan."

Llevaba a los compañeros a la práctica de tiro

Ricardo Santana Martínez, otro de los moncadistas reeditores de la ruta seguida en las montañas, dice:

"Nosotros, después que nos separamos del grupo por orientaciones de Fidel; Roberto y Orlando Galán y yo atravesamos, de nuevo, el camino de Siboney, y fuimos a salir a Aguadores, allá en la finca Casa Azul. Es la primera casa que encontramos, la de Ibraín Zamora, nos dieron agua y de comer, y a su vez nos plantearon que no nos fuéramos, que nos quedáramos en una loma que había enfrente... pues nos advertieron que si seguíamos nos iban a asesinar. El ejército de la tiranía estaba al bajar de la loma a un costado de la casa. Aquello estaba lleno de soldados."

Los recuerdos vivirán eternamente en su memoria:

"Así lo hicimos. Subimos a la loma... Ibraín se puso en contacto con los Galleguitos (4 hermanos que nos ayudaron mucho también)."

Conocí a Fidel en el 52

Se intercala una pregunta reporteril y Ricardo:

"Cuando lo del Moncada, yo tenía 23 años. Mi origen es campesino, hijo de pequeño agricultor en Pinar del Río. Y ya hecho un jovencito de 16 años, fui para Artemisa. Allí estuve de obrero agrícola, tractorista, chofer de alquiler... Y cuando salí para el Moncada, había puesto una ponchera... En fin había que estar inventando veinte cosas distintas para poder vivir."

Entrelaza los brazos, separa las piernas y manifiesta:

"A Fidel lo conocí en el 52 por medio de Pepe Suárez. Yo le manejé muchas veces a Pepe Suárez. Él andaba con una máquina, y me pedía que fuera con él a La Habana. Íbamos y veníamos. Llegábamos a la casa de Fidel... y así... Luego yo, con la maquinita que tenía, llevaba y traía a los compañeros que íbamos a hacer prácticas de tiro en la Universidad. Después se consiguió una finca para las prácticas."

En un camión llevé compañeros

"Un ciudadano de Artemisa tenía un camión abandonado. Se lo pedí, y me dijo: ¡Bueno, arréglalo y camínalo a ver si lo vendo! Así anduve con el camión, y aprovechaba y llevaba en él, a los compañeros que hacían prácticas de tiro en la finca."

Un grupo de cinco

Ricardo Santana, hoy jefe de transporte del organismo central del Banco Nacional de Cuba, recuerda que su grupo de cinco combatientes llegó a Santiago de Cuba, el 25 de julio de 1953, como a la siete de la tarde.

El viaje lo hicieron en un automóvil Chevrolet del 48, propiedad de Mario Dalmau. Y además de él y Dalmau, en el auto viajaron José Suárez, Gregorio Careaga y Severino Rosell.

Un ultimátum a Roberto Agramonte

Casi al año y medio de estar protegido en la zona de Casa Azul y Aguadores, Santana se trasladó a La Habana, donde "la cosa se puso difícil. Tenía poco donde esconderme. Mis relaciones no eran muchas en La Habana, porque yo soy de origen campesino como te dije... Por poco me detienen. Dos veces cogieron mi pista en cuestión de días. Y así, tuve que meterme en la embajada de México.

"La entrada a la embajada fue prácticamente bajo presión, porque ya hacía como quince días que estaba tratando de conseguir ingreso por medio de Roberto Agramonte..." Y este señor todos los días me decía que hoy, no; mañana, vuelve mañana... Hasta que ya cansado, le di un ultimátum. Mandé a un compañero que le dijera que lo iba a esperar hasta el otro día a las 8:00 a.m., y que si no resolvía el problema, yo me iba a esconder en su casa. Parece que eso lo hizo entender un poco mejor, y esa misma noche me vinieron a buscar, y al otro día me llevaron a la embajada".

El Jibarito Torres me puso de masajista

El 28 de enero de 1955, Santana llega a Ciudad México. A los tres días de estar en tierras aztecas fue víctima de un robo en la casa de huéspedes donde estaba, y en esas condiciones "me quedé desesperado... Me presenté en una iglesia bautista... Llevé una tarjeta que me había dado un pastor de esa religión cuando yo estaba en la embajada... Me hice pasar por bautista. Por medio de ellos me consiguieron un trabajo por un mes: limpiando pisos en un edificio comercial. Lo agarré, porque no tenía ni para tomar café. Lo que ganaba era sólo para desayunar. No me daba para almorzar ni para el hotel, ni nada. Ya se me estaba

¹¹ A la muerte de Eduardo Chibás, Roberto Agramonte, un tipo vacilante, asumió la dirección del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo).

acabando el trabajo... Fui al estadio de pelota, y veo que muchos de los jugadores eran cubanos..."

Una pausa corta, y prosigue:

"Logré meterme en el *dugout*, y allí me encontré con Gilberto Torres, el *Jibarito*, que era el *manager* del equipo, y cuando supo quién yo era, para ayudarme, me dijo que trabajara con él. Él dirigía a Los Diablos Rojos... Quitó a un masajista profesional, y me dio la plaza."

—¿Usted había sido masajista anteriormente? —preguntamos.

—¡No, hombre, yo no había visto ni dar un masaje!

Volví a Cuba después de la amnistía

Con parsimoniosa voz, Santana cuenta:

"Bien, ya con la plaza de masajista, el presidente del club me dio dinero para comprar las cosas para el trabajo. Yo no sabía que hacer con aquello, y es entonces que un gallego, el gallego Pepe, dueño de un restaurante, con el cual yo había hecho amistad, me dio instrucciones: Yo fui boxeador y sé lo que es masaje, me dijo. Me enseñó dos o tres días, y así me metí a masajista. Y estuve como tal hasta el día antes de volver a Cuba. Fueron tres o cuatro meses los que estuve allí. Regresé a Cuba en junio, después de la amnistía de mayo de 1955."

Una gran satisfacción

Inquirimos acerca de sus impresiones al volver a caminar por la misma ruta, y aquí va la respuesta de Santana:

"Chico, ésta ha sido una impresión muy grata. Nos ha dado una gran satisfacción, ya que anhelábamos andar otra vez por la ruta que recorrimos en aquella etapa... hace treinta años."

Se planeó asaltar al Presidio Modelo

"Se nos orientó concentrarnos en México, porque existía el plan de regresar a Cuba, asaltar al Presidio Modelo y poner en libertad a Fidel y a los demás compañeros presos."

A las puertas del XXX aniversario del 26 de Julio y en ocasión de la reedición de la ruta de Fidel por cinco de los asaltantes, uno de ellos Severino Rosell González, con él dialogamos.

Protegido por la familia Espín

"Después de salir de la finca La Dorotea, Mario Lazo y yo estuvimos aquí, en Santiago, en la Terraza de Vista Alegre, en casa de Alfredo Guerra, y allí nos dividimos. Me enviaron a casa de José Espín, el padre de Vilma. Allí me llevó un compañero que no recuerdo su nombre, e, incluso, pasamos por frente al cuartel."

De serena mirada, detrás de sus espejuelos de finos marcos Vero Rosell adiciona:

"La casa era una vivienda de verano en la playa, en la zona donde posteriormente levantaron la refinería. En el antiguo Club Náutico me esperó un compañero con una lancha, y me trasladó a la casa de José y Margarita, los padres de Vilma. Allí estuve aproximadamente dos meses. Mi nombre de guerra, puesto por ellos, era Juan Martínez, y me hacía pasar como sobrino de Pepé."

Un marinero me alumbró la cara

Una anécdota aflora a la narración de Severino:

"El tiempo que estuve en casa de los Espín, fue prácticamente de descanso. Casi todos los días salíamos en la lancha a dar recorridos por la bahía. En muchas ocasiones llegamos hasta El Morro. Una noche íbamos a pescar manjús. Yo estaba preparando los avíos de pesca, y de pronto se me aparece un marinero, en una lancha, y me alumbró la cara. Me preguntó quién era yo, y qué hacía allí. Entonces yo le expliqué la leyenda que me habían hecho para casos de emergencia. Claro, ya yo, en aquella época hablaba como los santiagueros. El dejó de me había pegado. Por eso me pude evadir. Le dije que yo estaba con la familia Espín, y que era sobrino de Pepé."

...que la identifique nada más

Recuerda que los Espín hicieron gestiones para que él saliera del país en un barco de la maderera Babún, pero como la embarcación no

ofrecía seguridad "ellos no permitieron que me fuera en el barco, aunque otros dos asaltantes se fueron por esa vía, y más tarde los vi en Honduras (son del grupo, C-2).

"Un día los Espín me llevaron una fotografía de mi hermano, debido a que mi familia no sabía dónde yo estaba. Me dijeron: ¿Tú conoces a éste? Sí... Bueno, él se encuentra aquí, pero lo que queríamos es que tú sólo lo identificaras, y que ellos sepan que tú estás bien, y que no tienes problemas. Eran medidas de seguridad que adoptaban ellos".

Severino valora que doña Margarita —la mamá de Vilma Espín, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas— fue una madre más para él en aquellos momentos de añoranza; y lamenta, por lo tanto, la muerte de quien lo trató con un cariño similar al de la autora de sus días.

Las ideas de Vilma ya eran comunistas

Revela el asaltante al Moncada que en aquella época, las ideas de Vilma Espín ya eran comunistas, pues "discutíamos sobre el tema. Ella me ayudó a comprender lo que era el Partido y lo que significaba ser comunista".

Como respuesta a una interrogación nuestra, afirmó:

"Sí, Vilma tenía libros de marxismo. Era entonces estudiante universitaria y ya estaba bien empapada en lo relacionado con un proceso revolucionario socialista. Yo no conocía mucho de eso, aunque teníamos la misma línea."

La guagua la metieron en el regimiento de Holguín

Severino expone que "el Movimiento aquí en Santiago me prestó una gran ayuda. Hizo las conexiones con mis hermanos en Artemisa y se señaló el día de mi partida. Un médico me llevó hasta Palma Soriano. Allí cogí la ruta 80 y salí para La Habana. Aproximadamente era el 29 de octubre de 1953, y aún a más de tres meses del 26 de Julio, los ómnibus a su paso por Holguín tenían que ir a parar al Regimiento, donde chequeaban a los pasajeros y equipajes.

"Pero, ¿qué hice yo? Yo iba con bigotes. Iba completamente diferente a lo que yo era. Me puse un pañuelo en la cara. Me hice el dormido. Y a través del fino pañuelo veía todo el movimiento. Hicieron bajar a todo el mundo... Yo no bajé. No me bajé del ómnibus durante todo el trayecto, en ninguna parada. Me hacía el dormido, porque cada vez que miraba hacia afuera, veía gente extraña, gente que aún vestida de civil, uno la identificaba como esbirros de la tiranía".

El Nuncio Apostólico no dio el asilo

De acuerdo con lo convenido, el joven revolucionario se bajó en El Cotorro, donde lo esperaban un hermano y dos compañeros de su natal Artemisa. Desde El Cotorro fueron directamente en auto a la Embajada de Guatemala, pero el jefe de la sede diplomática no se encontraba. Después de dos horas de espera, su hermano Eusebio, una doctora y los demás salieron en busca del embajador, y Severino quedó solo sentado en la parte exterior del inmueble.

"Afuera había un soldado de la tiranía custodiando a la embajada. Me preguntó que qué yo hacía allí. Bueno, yo vine a ver al embajador, porque tengo que cobrar unas cuentas. Y así fui evadiendo la cosa hasta que llegaron mi hermano y la doctora, quienes me comunicaron que el embajador demoraba, y que lo mejor era irse de allí, porque no se iba a resolver nada."

Se dirigieron al Nuncio Apostólico, el cual negó el asilo con el pretexto de que en aquel momento "no estaban matando a los asaltantes al Moncada, los cuales ya no tenían dificultades".

Hacia Costa Rica

Con su comitiva, Severino se personó en la Embajada de Uruguay, donde el embajador era un militar de alta graduación. Pidió que se le llevara algún documento que justificara que Severino era un perseguido, mas de todas formas permitió que el revolucionario se quedara en la sede, mientras sus acompañantes fueron a Artemisa a buscar las justificaciones.

"Trajeron diferentes órdenes de detención que la dictadura había dejado en mi casa y periódicos de la época, en los cuales se me mencionaba... Allí estuve tres días. El 3 de noviembre me dieron la salida. El embajador me dijo que Uruguay era un país muy lejano, y que el viaje costaba muy caro. Me recomendó una serie de países, y decidí ir a Costa Rica, porque hacia allí habían ido otros asaltantes del 26 de Julio, según me contó el embajador."

Severino Rosell detalla que como dinero, sólo poseía cien pesos que le dieron los revolucionarios en Santiago de Cuba, y que fue necesario hacer colectas y que su padre pidiera prestado a distintos comerciantes en Artemisa. De esa manera pudo reunir el dinero para marchar al exilio.

Por medio del embajador uruguayo, Severino conoció las direcciones de sus compañeros en Costa Rica. Ellos le habían escrito al diplomático varias veces en virtud de que por sus gestiones lograron abandonar a Cuba.

Despliegue de perseguidoras y caballitos

Rosell González sonríe al recordar:

"Ese día hubo un despliegue espectacular. Delante iban cinco o seis caballitos; detrás como tres perseguidoras. Y yo en el medio con el embajador en su máquina. El embajador y yo nos reíamos por la gran cantidad de esbirros puestos a nuestro servicio. Yo no sé por qué razón a mí me tenían como uno de los responsables del Movimiento, y aunque yo tenía cierta responsabilidad no era de los máximos dirigentes... Y cuando llegamos al aeropuerto fue igual: un cordón de policías. Allí, además, estaban muchos familiares y amigos míos de Artemisa que habían ido en unas dos guaguas alquiladas. El embajador me aconsejó: no le dé la mano a nadie. Siga detrás de mí. Él mismo me llevó hasta el avión."

El diplomático le comunicó a Severino que él iba a permanecer allí ante el temor de que los esbirros hicieran una trastada. Aconsejó a Rosell que no bajara de la nave por ningún concepto, mas el vuelo se realizó sin mayores problemas.

Somoza controlaba el paso por Managua

"El avión hizo una escala en Managua, Nicaragua. Somoza tenía control sobre todos los que por allí pasaban. Revisaron los documentos de los pasajeros y tomaron nombres y apellidos. Al llegar a Costa Rica localizamos a los compañeros, quienes vivían en casa de un cubano que era empresario de circos, quien, en tránsito por Costa Rica, decidió establecerse allí. Ese cubano era administrador de un importante teatro en Costa Rica. En fin, los compañeros me acogieron en su casa. Eran cinco asaltantes al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, entre ellos se encontraba Calixto García."

Pintor de brocha gorda

El cubano, administrador del teatro, le consiguió trabajo a Vero. La tarea fue pintar el inmueble. Severino siempre quiso ser pintor, pero la situación imperante en el país le impidió obtener una beca para estudiar dibujos. En Costa Rica, brocha gorda en mano, él mentalmente traía a colación sus sueños irrealizables.

"...era un trabajo difícil. Se trataba de un edificio de dos plantas. La tarea era peligrosa. Había que poner una escalera corta recostada en la baranda de la primera planta, en difícil posición, para pintar la segunda. Las pinté... y después las rejas. Luego me dieron las butacas de ma-

dera para lijarlas. Y así pasé unos meses ganando un salario aceptable: unos 600 colones que significaban 100 dólares mensuales en el cambio".

Desde Costa Rica, Vero hizo contactos con Jaime Costa Chávez y Gerardo Granados Lara, dos moncadistas que habían llegado a Honduras, en viaje desde Santiago de Cuba, en un barco de la maderera Babún (Granados y Costa posteriormente traicionaron a la Revolución. Pertenecen al subgrupo C-2).

Los revolucionarios asilados en Costa Rica recibían orientaciones, enviadas por Fidel desde la cárcel de Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud).

Conoce al Che en Costa Rica

Emocionado, Severino narra que "...fuimos uno de los primeros cubanos en conocer a Ernesto Che Guevara. Fue en ocasión de su último viaje por América Central. Hicimos contactos con el Che, cuando éste iba hacia Guatemala. Lo recuerdo, como si fuera ahora, con su mochila en la espalda. Él siempre andaba con su mochilita. Lo conocí por el movimiento de los demás compañeros en el hotel Palace, un lugar al que nosotros le llamábamos el 'Internacional', porque por allí pasaban todos los extranjeros que llegaban a Costa Rica".

Sin tregua, Severino prosigue:

"Yo tengo muchas fotografías tiradas por el Che, porque luego en México pusimos un estudio fotográfico en el propio apartamento donde estábamos. Trabajamos en los IV Juegos Panamericanos. Conservo fotos mías tiradas por el Che, donde yo aparezco con el sellito de reportero."

Con los revolucionarios nicaragüenses...

Vero Rosell cruza sus nervudos brazos y ...

"A fines de 1953 o principios de 1954, hicimos contactos, en Costa Rica, con el Movimiento Revolucionario de Nicaragua. Nos comprometimos a colaborar con ellos, con la condición de que si Nicaragua triunfaba primero, nos facilitarían barcos y aviones para nosotros venir a Cuba a tumbar a la dictadura, pero posteriormente discrepamos con los nicas. El que los dirigía era un venezolano casado con una nicaragüense. Y en ese café, el 'Internacional' había muchos infiltrados de Somoza. Se decía que en Costa Rica existían unos ochenta mil nicaragüenses debido a la situación de su país, pero entre esas gentes había infiltrados."

Severino cuenta que después que ya habían participado en varias reuniones con los jefes revolucionarios nicaragüenses, se decidió romper los acuerdos. "El Movimiento nuestro era discreto. Nadie debía saber quiénes éramos nosotros. Sin embargo, en el Palace, el café 'Internacional', se oía hablar de lo que íbamos a hacer nosotros. Y nosotros dijimos: ¿y esto qué cosa es? Aún no se sabe si la mujer del venezolano era chivata de Somoza... si infiltraba gentes..."

Mensaje desde México

Los primeros vínculos de los revolucionarios asilados en Costa Rica con los moncadistas y otros cubanos refugiados en México, se hicieron por medio de Esperanza Behemara, quien regularmente, casi todos los meses, viajaba a San José con mensajes. Esperanza era la esposa de Orlando Ventura Castro, quien después traicionó a la Revolución.

"Entonces se nos orientó que todos fuéramos para México, pero no teníamos dinero para el viaje. La situación de los compañeros era pésima. Allí, en Costa Rica, el jefe nuestro era Raúl Martínez Ararás, hermano de Mario, uno de los mártires del 26 de Julio. Después de la Revolución, Raúl traicionó a la Revolución. Se fue del país."

Calixto García y Severino Rosell lograron reunir unos pesos y se dirigieron a Honduras con la finalidad de continuar hacia México, desde donde les enviarían el pasaje, pero aún debían gestionar las visas.

Severino continúa:

"Estuvimos unos días allí con Gerardo Granados, asaltante al Moncada y luego traidor, quien trabajaba como locutor en una radioemisora de un cubano establecido en Honduras. Dormíamos en el suelo en la propia emisora, en un pequeño local. Calixto y yo íbamos todos los días a casa del embajador de México en Honduras a gestionar las visas para entrar a ese país. Tratamos de hacer buenas relaciones con el embajador para que nos diera la entrada en su país. Le decíamos que éramos turistas que andábamos por la América Central, y que íbamos a México, porque todo el mundo nos decía que México era muy lindo. Y cuando volvimos otra vez a ver al embajador, nos dijo que la visa mía estaba concedida, pero la de Calixto, no. Calixto, por ser negro, no podía ir, y tuvo que quedarse en Honduras con Gerardo Granados."

Raúl Roa resolvió la entrada de Calixto

Severino Rosell se alojó en Ciudad México con compañeros residentes en un apartamento de la calle Río de la Plata 218, donde fue recibido

con los brazos abiertos. Al lado de ellos residía el doctor Raúl Roa, quien también estaba exiliado. Rosell contó a Roa García lo sucedido a Calixto García. Roa hizo gestiones con el Ministro de Relaciones Exteriores de México, y como a los dos meses, Calixto pudo entrar en México.

"Nuestra estancia en México fue bastante bien al principio. Existía una cooperativa, en la cual todos los compañeros poníamos algún dinero. Allí estaba Carlos Bustillo, luego traidor, que recibía de su familia, unos cien dólares mensuales. Bustillo fue asaltante al Moncada. Era de Santa Fe, en La Habana, y ayudó mucho, pero después del triunfo de la Revolución se fue del país. Él era de una familia acomodada. También estaba Héctor de Armas, quien además de trabajar en la Compañía de Teléfonos en México, recibía dinero de su familia en Cuba... Y por medio de sus relaciones conseguí trabajo en la Compañía de Teléfonos, donde ganaba un buen salario en comparación con los que obtenían los obreros mexicanos, los cuales tenían sueldos muy bajos. Héctor de Armas también traicionó a la Revolución. Se fue de Cuba posteriormente."

Fidel dirigía desde la cárcel

Fidel Castro, desde la cárcel, orientó que los revolucionarios que se encontraban en diferentes países se concentraran en México, y desde Costa Rica; los primeros en trasladarse fueron Severino Rosell y Calixto García, pues, en México había un grupo pequeño.

"Melba Hernández era la que servía de enlace entre Fidel y nosotros... Y en eso mandan un cheque a México de 100 dólares, pero allí la Policía transformó el uno en siete. En vez de 100 eran 700 pesos. Cuando el cheque vuelve a Estados Unidos, viró que chiflaba. Y salen en nuestra búsqueda para detenernos. Nos tuvimos que perder Héctor de Armas, Calixto, yo y otros... Fue María Antonia la que consiguió el dinero, la diferencia de 600 pesos. Vendió unas joyas."

Se iba a asaltar el Presidio Modelo

Severino narra que Melba Hernández, en reuniones con los revolucionarios refugiados en México, subrayó que se asaltaría el Presidio Modelo, en Isla de Pinos, para poner en libertad a Fidel y a los demás compañeros presos.

"Carlos Gutiérrez Menoyo, que había participado en la guerra civil española, nos empezó a enseñar tácticas de la guerra de guerrilla en el propio edificio donde estábamos. En el edificio fuimos asaltados en

varias ocasiones por la Policía Federal de México. No nos dejaban vivir. Batista le mandaba 50 mil dólares mensuales al Jefe de la Policía mexicana para que nos reprimiera y nos tuviera en constante jaque."

En uno de esos registros detuvieron a Calixto García y a Severino Rosell, quienes se encontraban en tierras aztecas con visas turísticas, las cuales expiraban a los seis meses. Estuvieron dos días detenidos, y por nuevas gestiones de Raúl Roa, quien "era el paño de lágrimas de nosotros, conseguimos la residencia en el país".

Mensajes en los sellos de correos

Severino, hoy instructor y miembro del Comité Municipal del Partido en Artemisa, se acaricia ligeramente el mentón, y comenta:

"Como ya te dije, nosotros éramos dirigidos directamente por Fidel. Constantemente recibíamos cartas de Cuba a nombre de Bustillo, que era el jefe de los exiliados en México. A cada carta se le quitaba con mucho cuidado, el sello. Se juntaban todas las cartas y se leían las orientaciones escritas en los sellos, no sé si con limón o con qué rayo era... Y, además, como te dije, Melba fue en varias ocasiones."

Los de allá y los de aquí harían la acción

El relato de Vero es cada vez más rico en detalles:

"Nosotros teníamos una cooperativa, pero no sé porqué se rompió y tuvimos que seguir echando con la maleta bajo el brazo buscando donde meternos. Muchas noches tuvimos que dormir en el garaje del edificio en Río de la Plata, porque los serenos mexicanos nos querían tanto que nos permitían eso: dormir entre las máquinas de las gentes ricas. Y otras veces, nos dejaban dormir en un cuartico que ellos tenían. Ellos se quedaban despiertos en la carpeta, mientras nosotros dormíamos. Así estuvimos hasta mayo del 55 que llega la amnistía. Ya, en Cuba, habían entrado clandestinamente en una lancha, Orlando Ventura Castro y Raúl Martínez Ararás para coordinar con los que iban a apoyar aquí la operación para liberar a los compañeros presos."

Subraya que él iba a venir en la segunda lancha, pero no pudo, porque ésa venía muy llena; y en eso se produjo la amnistía política debido a la presión popular.

Una breve pausa y Severino prosigue su valioso testimonio:

"Después de la amnistía, Fidel nos mandó a buscar, porque la Revolución había que hacerla en Cuba. Yo vine con Carlos Bustillo. Tan pronto llegamos caímos presos. Nos salvó el hecho de que Bustillo tenía un hermano en el SIM. Nos querían sonar duro. Parece que ellos

sabían algo, porque llegamos aproximadamente a las 10 de la mañana al aeropuerto, el cual estaba lleno de compañeros de Artemisa que habían ido en tres guaguas. Era el 25 de mayo, y los amigos nada más que pudieron vernos bajar del avión. Nos metieron casi todo el día en una oficina que el SIM¹² tenía allí."

Tras el regreso, Severino vivió clandestinamente en La Habana, Sancti Spiritus, Placetas, Cabaiguán, Camagüey y otros lugares.

La Peña de San Rafael 318¹³

En San Rafael 318 existía una casa de huéspedes que era un hervidero de juveniles inquietudes revolucionarias. Era un grupo de jóvenes provincianos acosados por la miseria imperante en el interior del país, y que se habían conseguido empleos baratos para ir subsistiendo en la capital de la República.

De esos jóvenes salieron combatientes para el Moncada, el "Granma", las montañas, la clandestinidad, y todavía hoy muchos de ellos luchan por la Revolución cumpliendo algunas de las difíciles tareas que plantea la edificación de la sociedad socialista.

Vamos a hablar con uno de aquellos jóvenes, que a pesar de sus 55 años de edad, de ellos 30 de lucha revolucionaria abnegada, todavía brioso, optimista, sonriente, movido por esa chispa criolla, capaz de ser tan práctico como Sancho, y tan soñador como El Quijote.

Reinaldo Benítez Nápoles, combatiente del Moncada, del "Granma" y la Sierra, salió un día de Bayamo, con adolescencia y desempleo auestas, a buscar un trabajo para ganar el pan en La Habana, y encontró algo más: una trinchera donde combatir para terminar con los males de aquella República.

"Sí, yo vivía en aquella casa de San Rafael 318, que estaba llena de jóvenes ortodoxos de todo el país, y el propio dueño de la casa era el primer entusiasta. De allí salieron tres a combatir al Moncada: Carlos González, Israel Tápanes y yo; y cuatro expedicionarios del 'Granma': Camilo Cienfuegos, quien aunque no paraba allí, iba asiduamente al encuentro con el padre, el cual almorzaba en ese lugar; los hermanos José y Mario Fuentes, y yo. Paralelamente otros muchos de la mencionada Peña lucharon en la clandestinidad y en la Sierra Maestra."

En la entrevista concedida al colega Rolando Castillo, Benítez expone:

"Yo trabajaba en el departamento de corte de El Encanto, donde el padre de Camilo Cienfuegos trabajaba de sastre. Él almorzaba allí en la casa de huéspedes nuestra, y por eso Camilo iba allí a verlo. Cuando eso, Camilo trabajaba como dependiente en la tienda El Arte. Y así, yendo a ver a su padre, se fue sumando a nuestra Peña, donde ya se hablaba de Fidel, el cual estuvo en la Universidad el 10 de marzo bus-

¹² Servicio de Inteligencia Militar.

¹³ Versión de la entrevista a Reinaldo Benítez Nápoles realizada por el colega Rolando Castillo del periódico *Sierra Maestra*, 14 de julio de 1983.

cando armas, que presentó un recurso contra el golpe, y que hablaba 'caliente' por radio.

"Y nos fuimos unos cuantos a Prado 109 a hablar con Fidel. Le planteamos nuestra inconformidad con la línea de Agramonte y otros dirigentes de la Ortodoxia, que estaban en otra cosa que no era la lucha armada, y que nosotros queríamos pelear."

Reinaldo Benítez refirió al periódico *Sierra Maestra*, órgano del Comité Provincial del Partido en Santiago de Cuba, que Fidel los pasó a Níco López, el que les orientó la formación de un grupo. Y formaron el grupo con los jóvenes de la casa de huéspedes, en su gran mayoría.

Después de explicar que el grupo fue constituido por 10, de los cuales sólo tres fueron seleccionados para la acción del 26 de Julio, y dar otros detalles del viaje desde La Habana a Santiago de Cuba, el veterano luchador dice:

"Como a las diez de la noche llegamos a Santiago, pero Gildo Fleites no encontraba el contacto, y tuvimos que sentarnos en la Plaza de Marte a esperar. Por el camino nos habíamos tomado algunas cervezas para dar la sensación que estábamos de fiesta. Y ahora por frente a la Plaza de Marte pasa una conga, nos metimos en ella, y nos divertimos un rato al compás de la conga.

"Gildo encontró el contacto y nos llevó cerca de allí al hotel Rex. Él habló con Fidel y Abel, y al poco rato salimos en la máquina siguiendo a otra que creo era la de Fidel. Llegamos a la Granjita como a la dos de la mañana. Fidel habló, se distribuyeron las armas, nos pusimos los uniformes y entonces Fidel decidió que Tápanes, Carlos González y yo, fuéramos con él.

"Subimos a la máquina. En el asiento delantero iba Fidel manejando; a su lado, Pedro Miret; y junto a la puerta, yo. Detrás iban: Carlos González, Tápanes, Abelardo Crespo y Gustavo Arcos."

Posteriormente Benítez hablaría de los conocidos detalles que hicieron fracasar el factor sorpresa en el ataque al Moncada, y a renglón seguido manifestó:

"Saliedo rumbo a la Granjita, Fidel nos planteó salir a tirotear los cuarteles pequeños de los alrededores de Santiago, pero ya no teníamos parque para eso, y además, estábamos heridos dos combatientes: Abelardo Crespo y yo."

A pesar de estar herido, Reinaldo Benítez integró el grupo de 19 hombres, que con Fidel al frente subió las montañas con el propósito de proseguir la lucha, pero a los pocos días la situación se hizo crítica y tuvieron que dividirse en pequeños grupos, para tomar rumbos distintos y tratar de evadir el cerco de los guardias.

Benítez formó parte del primer grupo escindido, formado por seis asaltantes, de los cuales dos fueron protegidos en la finca La Dorotea, y los restantes: Jesús Montané, Rosendo Menéndez, Reinaldo Benítez e Israel Tápanes continuaron el descenso tratando de acercarse a la ciudad.

"Y fuimos a dar a un tejero casi a la orilla de la carretera, donde hicimos contactos con una familia de por allí, que nos permitió asearnos para luego tratar de tomar una guagua en la carretera... Pero Tápanes y yo nos metimos en el monte de nuevo, y nos ocultamos a orillas de un arroyo."

La exposición continuó con los pormenores de su detención junto a Tápanes, y luego:

"Nos metieron en la parte de atrás de una máquina, con un soldado. Y enseguida empezaron los insultos, nos decían que habíamos matado guardias que valían más que nosotros. Le dije a Tápanes que todo se acababa para nosotros, porque nos iban a matar; pero el guardia que iba a nuestro lado nos dijo bajito que no temiéramos que no nos iban a matar.

"Al llegar a la carretera de Siboney nos paró un oficial bajito y calvo, y les pidió a los guardias que nos llevaran rápido para Santiago.

"Ya cuando entramos en la ciudad me sentí mejor, porque simplemente lo mismo me daba morir que no morir. De nuevo la entrada al cuartel Moncada. Cuando llegamos, los guardias se arremolinaron junto a nosotros, que nos bajamos frente a un charco de sangre."

Los subieron por una escalera y fueron a dar a una azotea por la que empezaron a desfilar guardias profiriendo toda clase de insultos contra ellos, les decían barbaridades. Como estaban agotados se sentaron en el piso a soportar todos aquellos insultos.

"Hubo uno que me acorraló, y señalando para un lugar me dijo: Oye, ¿tú nos tirabas desde allí? Le dije que de ningún lugar. No creían en nadie. Allí estaban un sargento y dos más de guardia, y vinieron y se los llevaron. Ellos decían: 'no somos de aquí, no somos de aquí', y por la forma que los trataron parece que los iban a matar. Y eran de ellos mismos.

"Yo tenía una sed terrible, y ellos se asombraron porque fui para un vertedero asqueroso que había allí, y que ellos me lo ofrecieron cuando le pedí agua. Y no me quedó más remedio que tomar de aquella agua sucia.

"Luego trajeron a Montané arrastrado, decían que lo iban a castrar, lo metieron en un cuartico, pero no le hicieron nada, pero Vicente Chávez sí se asomó por la puerta y angustiado me hacía señas de que lo

habían torturado, y no lo vi más. Por fin vino a morir en la clandestinidad.”

En otra parte de la entrevista, Benítez declaró:

“Llegó el momento en que Lavastida, jefe del SIM, se dispuso a entrevistarme. Yo lo conocía a él de Camagüey, cuando era chulo, amigo de un dependiente amigo mío que se llamaba Pedrito, y que trabajamos juntos en La Norma, la mejor cafetería de Camagüey.

“Lavastida, el chulo, en su interrogatorio me preguntó por Fidel, y yo insistí en que estaba de fiesta cuando me sentí herido, y por la situación que se había presentado en la ciudad, decidí meterme en el monte.

“Al poco rato trajeron a Julito Díaz y después a Raúl Castro. Por allí circulaba el periódico *Ataja* que daba a Fidel por muerto. Le dije a Raúl que no era cierto, que yo lo había dejado vivo en el monte.

“Volvimos a la azotea y estábamos allí, Raúl, Julito Díaz, Tápanes y otros que no recuerdo. Comentábamos que nos iban a matar, porque así nos lo advertían ellos mismos, y entonces Raúl planteó que cuando eso fuera a suceder debíamos cantar el *Himno Nacional*. Al oscurecer nos quedamos todos dormidos.

“Ya tarde nos despertaron, nos separaron y entró un médico que me curó, y también nos retrataron. Y en un carro celular nos llevaron para el vivac, donde nos enteramos de la detención de Fidel. Allí estábamos en una celda llena de gente, donde había muchos, la mayoría nada tenían que ver con el asalto al Moncada.

“En el juicio me echaron 10 años. Salí con la amnistía y me fui a Camagüey a organizar el Movimiento 26 de Julio. Luego me incorporé al grupo en México, y vine como expedicionario del ‘Granma’.”

Sí, al “Granma” llevó Benítez, esta vez, a aquel dependiente de El Arte, que yendo a ver a su padre a la hora del almuerzo, en San Rafael 318, encontró en la peña ortodoxa una fuente mágica, que lo convirtió en un guerrillero gigante de leyenda, y en héroe eterno de la Patria: Camilo Cienfuegos.

Un ejemplo de solidaridad santiaguera¹⁴

La añeja tradición hospitalaria sentada por Santiago de Cuba ha podido trascender y perpetuarse en la historia, porque parte de un profundo sentimiento de solidaridad que jamás se ha detenido en el momento de compartir el pan, el calor del hogar, y ha desafiado el peligro al dar refugio al perseguido justo, al herido desamparado acompañado del cariño y el cuidado fraternal.

El 26 de julio de 1953, cuando frente a la posta tres Fidel ordenó la retirada de los asaltantes al Moncada, quedó abierta una de las más grandes y heroicas jornadas de solidaridad que recuerda la ciudad.

Y junto a los heridos en los hospitales y refugios, en los calabozos y prisiones junto a los prisioneros, y hasta en el propio cementerio, junto a los caídos, estuvo la solidaridad santiaguera desempeñando un importantísimo papel en defensa de los combatientes, tanto perseguidos como prisioneros, que impidió se doblara el número de víctimas reportado por la bárbara masacre.

Hablamos de esto, a propósito de una conversación que sostuvimos con el combatiente moncadista Orlando Galán Betancourt. Allí en la oficina de La Empresa Genética Avícola de Pie de Cría, que es donde trabaja, nos dijo que “ya estoy impaciente por llegar a Santiago en estos días del 26, y saludar con un abrazo fuerte a Ibraín, porque aunque no llevamos los mismos apellidos, es parte de lo mejor de mi familia”.

El otrora trabajador agrícola de Las Cañas, zona rural de Artemisa, municipio que en la actualidad pertenece a la provincia de La Habana, expuso una serie de detalles sobre la salida hacia Oriente en 1953:

“Éramos cinco los que veníamos en ese carro, que salió a media noche del Triángulo del Vedado. Sólo recuerdo que conocía a Generoso Llanes y a Marrero; a los otros no los conocía, eran de Pinar del Río, creo que estudiantes, y que estando en Catalina esperando un contacto con Fidel, montaron en una guagua y se fueron (los rajados resultaron ser Alfredo Hernández Álvarez y Félix Córdova Alonso, conocido por Felo).

“Cuando llegamos a Santiago, fuimos derecho a la Granjita, que yo me preguntaba cómo Marrero va a saber dónde está la Granjita siendo de noche. Pero me fijé que entró derecho donde había a la entrada

¹⁴ Versión de la entrevista a Orlando Galán Betancourt publicada en *Sierra Maestra* el 15 de julio de 1983, realizada por Rolando Castillo.

un bombillito rojo y otro azul, que estaban encendidos y se destacaban en la oscuridad de la noche a orillas de la carretera. ¡Esa era la contra-señal!

"...yo subí a una máquina donde iban nueve o diez combatientes, creo que el chofer era Ciro Redondo. Me situé en las inmediaciones de la posta tres a pelear con una pistola P-38. Cerca, Fidel peleaba y daba órdenes. Lo escuché cuando al ordenar la retirada dijo: "Cojan las máquinas y vayan para la Granjita". Monté en la primera que tuve cerca, también mi hermano Roberto. No recuerdo al chofer, pero sí que Benítez iba herido en una pierna.

"Cuando llegué a la Granjita no me fijé si Fidel estaba allí, pero sí había otros compañeros, entre ellos tres heridos: Abelardo Crespo, Marino Collazo y Reynaldo Benítez."

La mitad de los 40 hombres que regresaron a la Granjita decidieron tomar las montañas con Fidel para proseguir la lucha, mientras los heridos tratarían de escapar con la ayuda de compañeros sanos.

"Éramos veinte hombres los que salimos de allí, pero en el camino, subiendo el lomerío, el compañero Emilio Hernández se extravió... Al día siguiente oímos por la radio que había muerto en combate. Un campesino lo presenció todo y nos dijo que lo detuvieron delante de él, se lo llevaron para un lugar por allí, y que al poco rato sintió una descarga de fusiles, cerca de donde lo detuvieron. No caminaron casi nada con él.

"Benítez así mismo herido partió con nosotros. En el primer bohío que encontramos, ya arriba en la loma, tomamos café, que nos ofreció una viejecita negra, a la que Fidel le prestó mucha atención, porque tenía sus papeles que demostraban que había sido mensajera de Antonio Maceo y ahora ofrecía también su colaboración. Ella luego nos mandó su nieto para que nos sirviera de guía."

Las siguientes declaraciones de Orlando Galán versaron sobre los pormenores de la división del grupo de los 19 asaltantes, las razones que originaron la escisión y la solidaria ayuda recibida por Ricardo Santana, a él y su hermano Roberto en Casa Azul y Aguadores, al sur de Santiago de Cuba.

Los nombres de Ibraín Zamora Acuña, Plácida, madre de Ibraín, y los Galleguitos fueron pronunciados con cariño por el atacante al Moncada.

Entrevistado por el colega Rolando Castillo Montoya, en Ciudad de La Habana, Orlando Galán se refirió a la estancia de los tres mencionados moncadistas en las modestas viviendas de Ibraín y los Galleguitos, después de estar viviendo varios meses en el monte cercano pro-

tegidos por esas familias que le suministraban alimentos y evitaron que fueran asesinados por los esbirros batistianos.

Sobre él y su hermano Roberto dijo:

"Luego a nosotros, nos visitaba un tío político de La Habana que era rastrero, y daba viajes a Santiago, y nos mantenía informados sobre nuestra familia..."

"Santana, ayudado por la familia de Renato Guitart, logró regresar a La Habana y exiliarse en la Embajada de México posteriormente; entonces yo pasé para la casa de Ibraín.

"Ibraín era un hombre muy pobre, que sólo ganaba 35 pesos mensuales, y con ellos tenía que mantener a toda la familia. Por eso él se veía en la necesidad de matar, de vez en cuando, reses para vender la carne y defenderse en algo, pero eso era muy perseguido, pues le hacía la competencia a los grandes dueños del negocio de la carne.

"Santana nunca tuvo problemas allí. Se hacía pasar como familia de la casa, pero una mañana yo me vi apurado, porque llegaron los guardias a casa de Ibraín. Él no estaba allí y yo pensé que todo se iba a echar a perder, porque podían venir por nosotros, a llevarnos. En realidad andaban tras la carne clandestina, pero me sorprendieron; notaron que era extraño allí y uno de ellos, el jefe me dijo: ¿Quién es usted? Y yo le contesté rápido: me llamo Julio Planas, soy de Venta de Casanovas, y estoy por aquí haciendo carbón, y tragarón.

"Luego parecía que la cosa se iba a poner fea, porque encontraron una escopeta que Ibraín tenía detrás de la puerta para cazar a cada rato. La escopeta estaba amparada por la palabra de un guardia que iba allí a cazar, y no pasó nada.

"Con esto la cosa se puso mala por allí con la carne clandestina, y cuando Ibraín llegó le contamos. Él decidió esa misma tarde que nos fuéramos para casa de su madre, en carretera de Bacardí, por allá por San Pedrito, y nos fuimos todos.

"Allí en carretera de Bacardí número 99, Ibraín me puso un ventorrillito para vender viandas, cigarros, tabacos, fósforos, arroz, manteca, maíz, ron... Todo ese tiempo vivía con el nombre cambiado. A cada rato iba a visitar a Mario Lazo, que vivía también 'exiliado' en casa de los Atala Medina, hasta los primeros días del mes de mayo de 1955, que la presión popular obligó a Batista a dictar la amnistía que puso en libertad a los atacantes al Moncada. Y enseguida me fui para Artemisa."

Como vemos, este caso reitera que antes de que se produjera la gestión del Arzobispado y de las entidades cívicas de Santiago de Cuba, ya las capas más humildes de la ciudad habían frenado la masacre con la solidaridad.

Un cambio de 180 grados en la vida de un hombre¹⁹

"No debemos olvidar que nos encontramos a 30 años de los acontecimientos que hoy son objeto de esta entrevista. Cuando me incorporo al Movimiento lo hice porque consideraba que ese era mi deber, pero nunca pensando en que llegaría a formar parte, aunque muy modesta, de la historia de nuestra patria. Realicé las tareas que se me ordenaban, pero nunca dejando huellas de ellas. Sólo pensaba en tener éxito en su realización porque únicamente así el Movimiento podría materializar sus objetivos. Era tanta la entrega al Movimiento que nos olvidábamos de nosotros mismos, del papel que jugábamos. Por eso, tal vez, o porque nos estamos poniendo viejos, hemos olvidado muchas actividades que hoy podríamos calificar de trascendentes pero que, en aquella fecha, nos resultaban naturales.

"Cuando ocurre el golpe de Estado del diez de marzo yo era un negociante y también trabajaba como Inspector de Utilidades en el Ministerio de Hacienda. En realidad sólo pensaba en el negocio de mi laboratorio de productos farmacéuticos y además era contador, ejercía esta profesión. Se puede decir que en esa época yo contaba con determinados medios de vida y tenía ingresos que me permitían vivir, no podemos decir cómodamente, pero sí bien. Todos los ingresos que tenía los dedicaba fundamentalmente a desarrollar el negocio del laboratorio, inclusive sacrificando a mi familia —ya era casado y tenía 2 hijas— pensando precisamente en asegurarles el futuro.

"En aquellos momentos yo no pertenecía a ningún partido político. En realidad tenía un buen sentimiento de animadversión hacia la política imperante en Cuba. Recuerdo que la primera vez que tuve derecho a votar lo hice por Grau y sufrí una gran decepción. Recuerdo también los consejos de algunos de mis familiares y amigos de que me aprovechara de mi condición de Inspector del Ministerio de Hacienda para que hiciera negocios con los comerciantes e industriales a quienes inspeccionaba. Ésa era la 'honestidad' de aquellos tiempos: el robo de los fondos públicos, la 'botella', la falsa incineración de billetes, la entrega del carné electoral al más simple 'sargento' político para obtener el ingreso de un hijo al hospital, etcétera.

"En mi época de estudiante sí había participado en algunas luchas, aunque siendo sincero no lo hice con un sentido eminentemente poli-

tico, sino más bien como expresión de una especie de solidaridad estudiantil. Luchaba contra el nombramiento de profesores por decreto —llamados en aquella época 'profesores de dedo'— el saqueo de los fondos del presupuesto de Educación —el inciso "K"—, otros extraescolares, como el aumento del pasaje de los ómnibus, y en otras actividades estudiantiles. "Ellas, desde luego, dejaron en mí huellas."

Y añade Alcalde:

"Yo tenía algunas inquietudes desde el punto de vista político, pero no encontraba un camino certero para encauzar mis pensamientos.

"Recuerdo que desde niño tuve una gran admiración por Guiteras, especialmente por su posición antimperialista al nacionalizar los pulpos eléctrico y telefónico y no se me olvidaban muchos de los trabajos que había pasado mi padre en la época del machadato, quien con 5 hijos se quedó sin empleo.

"Puedo decir que, como parte de las inquietudes que tenía, me gustaba mucho conocer acerca del pensamiento y de la vida de nuestro maestro José Martí y por eso puedo reafirmar que era un martiano."

Víctor Pérez Galdós y Carmen Alfonso, de la Agencia de Información Nacional, indagaron sobre la reacción de Oscar Alcalde Valls ante el golpe de Estado de Batista:

"Me enteré del golpe porque vivo muy cerca del Palacio Presidencial y veía que están pasando los tanques y oigo tiros. Decidí asomarme primero al balcón de la casa y después traté de acercarme hasta Palacio. Regresé a mi casa y puse el radio para ver si estaba dando alguna información, pero no se decía nada.

"Entonces llamé por teléfono a quien en esa fecha era mi mejor amigo y compañero, Raúl Martínez Arará (traidor a la Revolución), y le dije: oye, aquí en Palacio está pasando algo y me señaló que fuera para la Universidad, de la que éramos estudiantes, que allí nos veríamos. Cuando llegué a la colina universitaria había en ese lugar una gran cantidad de gente y se estaban esperando unas armas que el presidente Prío había prometido enviar. Estuvimos allí como hasta las 3:00 p.m., pero no llegaron las armas ni pasó nada.

"Al irme de la Universidad compré un periódico de la tarde en el cual se reflejaba la noticia del regreso de Batista y del apoyo que le daban algunos politiqueros. Pero lo que más me decepcionó fue leer que la CTC, dirigida por el traidor a la clase obrera Eusebio Mujal, también secundaba el golpe y que Prío entregara el poder tan fácilmente.

"Entonces, totalmente desilusionado, me dije: ahora sí que ya esto se acabó, aquí no hay nada que hacer. Decidí irme para mi casa y seguir

¹⁹ Entrevista a Oscar Alcalde Valls aparecida en la revista *Bohemia*, 8 de julio de 1983.